



ISABELLA ABAD

AL RESCATE

DEL

Amor

FICCIÓN ROMÁNTICA

AL RESCATE
DEL AMOR

ISABELLA ABAD

Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografías de tapa: Linda Bucklin/Shutterstock.com y Nikola
Spasenoski/Shutterstock.com

©Reservados todos los derechos

**Prohibida su reproducción total o parcial sin la debida autorización
de la autora.**

JULIO, 2018

Para acceder a las novedades: <http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920>

PRÓLOGO.

Río de la Plata, 1843.

La noche es inmensa, profunda e insondable, apenas iluminada por el fragor de truenos, relámpagos y centellas que se descargan sobre el mar embravecido, cada vez más alterado.

La gran embarcación se sacude y salta sobre el oleaje con un crepitar de maderas, rodar de toneles y volar de cuerdas. Los hombres gritan y ajustan las velas intentando ganarle a la Naturaleza, que se muestra con toda su potencia destructiva.

El capitán sujeta el timón con fuerza, procurando mantener la ruta del viaje, aunque la fuerza terrible del viento cruzado no ayuda. La inquietud le gana cada vez más; estas aguas del sur son traicioneras y engañosas cuando están en calma y esconden trampas rocosas, más aún cuando se navega en tormenta y casi a ciegas.

De pronto, uno de los rayos viborea y zigzagueando veloz, impacta con mayúsculo estruendo sobre el palo mayor, desatando el fuego que envuelve desde arriba la embarcación, amén del impacto sonoro y físico en quienes estaban cerca. La situación se vuelve más y más desesperada, pues si bien la lluvia debería apagar las llamas, el viento las aviva. Los marineros se ven desesperados y asustados, como si vieran inevitable el desastre.

El capitán, en contra de su experiencia de hombre de mar, pero atendiendo a lo urgente de la situación, gira con pericia el timón para que la gran

embarcación se oriente a la costa. Está en juego la vida de sus hombres, la mercadería en bodega y además la integridad física de los misteriosos pasajeros y su carga secreta.

“Maldita la hora en que los acepté en mi barco. Esa mujer siempre me dio mala espina, no importa su evidente importancia y jerarquía”, pensó furibundo ahora, como si culparlos atemperara la situación. El instinto le había gritado que no había buen augurio ni buena suerte en una fémica en la nave y ahora se comprobaba que sus huesos y su olfato no fallaban.

La lluvia arreciaba y los hombres ateridos buscan refugio en los recovecos de cubierta. El agua que golpea como finas piedras también apaga el fuego y cuando todo parece volver a la calma relativa, un golpe seco y profundo mueve la nave y la hace chillar, herida sin duda desde su base. El capitán mueve sus brazos con desesperación; han golpeado rocas invisibles. La inspección inmediata con la mortecina luz de velas muestra la herida profunda y severa en la bodega, que se inunda sin freno. El casco está absolutamente comprometido, han encallado y no queda más que abandonar. El diagnóstico es claro y contundente y cualquier navegante que se precie y tenga experiencia sabe que no hay otra solución.

El colapso es rápido, aunque la agonía de la nave será más lenta. Inexorablemente, Nuestra Señora de la Caridad, barco navegando bajo bandera española, comienza a hundirse. El capitán grita entonces las instrucciones irremediables: los pequeños botes deberán salir a flote. Mas estos son pocos y frágiles y el terror desatado no colabora con las tareas de salvataje y abandono ordenado de la embarcación.

El primero al mando ladra órdenes a un lado y a otro, mientras los hombres corren por sus vidas sin escucharlo, buscando su lugar en los botes. No los culpa; como se ven las cosas, los primeros tendrán ventaja y no hay

aquí autoridad que valga. Cuando lo que está en juego es la vida, los hombres rompen el cepo de las jerarquías.

Con rapidez y conservando aún su sangre fría, consciente de sus responsabilidades, se dirige hacia el camarote principal, suyo por derecho, pero que debió ceder a su huésped, en un viaje que debía ser tranquilo y sin novedades y se ha vuelto una pesadilla.

Sin tiempo para protocolos, abre la puerta y visualiza a la mujer sentada, y al hombre de pie ante ella, al que inquiere a gritos. Este no sabe qué decir. Se les nota el terror y la incomprensión. Ella es una escocesa bastante bonita, pelirroja y con un bello vestido que más haría honores en una sala de fiesta que en el medio de la mar. Sostiene contra su pecho un cofre de madera noble con herrajes bruñidos, casi como si con él se le fuera la vida. Ambos lo miran con pavor, esperando su palabra y tal vez que él traiga la tranquilidad que la tormenta, los gritos y el ruido les ha quitado.

—¡Hay que desalojar el barco! —grita sin miramientos. No hay tiempo para protocolos ni cortesías.

—¡Nuestras cosas! — reacciona el hombre y mira con desconcierto a la muchacha.

La serie de cajones y cofres qué tanta queja generó en los marineros que debieron cargarlas, yacen en un rincón de la habitación.

—Es imposible salvarlas. Es su vida o sus posesiones— dice con aspereza.

En ese momento el navío vuelve a crujir, azotado por los vientos que retoman la fuerza y la nave gira hacia un costado derribando objetos y personas.

—No hay tiempo, deben salir ahora— grita el capitán y da la vuelta

dirigiéndose nuevamente afuera, enfilando hasta el último de los botes, al que desata de sus cuerdas.

La pareja lo sigue, ella aún abrazada del objeto, lo que lo hace resoplar indignado. ¿Qué demonios puede tener ahí que sea tan valioso como sus vidas?

—¡Deje eso, necesitará sus dos manos firmes para sostenerse! Nada importa más que la vida.

La ve volver corriendo y poner el cajón en su lugar, como si importara. Todo se perderá y no parece entenderlo. Vuelve corriendo hacia ellos y con torpeza sube al bote.

—Arriba— ordena el capitán al otro hombre, que parecía un fantasma incapaz de moverse y le tiende uno de los remos.

Ella se sienta en el medio del tembleque bote y se toma de los bordes con pánico reflejado en su mirada, aun cuando su cara parece inescrutable. La pequeña embarcación golpea con crudeza el mar al ser desenganchada de las cuerdas que la sostienen y es entonces que el brutal baile con las olas comienza.

Los dos hombres intentan manejar los remos y enterrarlos en aguas ominosas que parecen negro fango. Es como intentar dominar a tientas un caballo salvaje e imprevisible, aún para un hombre que ha vivido en el mar toda su vida.

Nada se ve alrededor, salvo la fugaz y tintineante luz del faro que aún lejano se convierte en codiciado destino. Apenas han logrado separarse una decena de metros de la nave madre cuando el colapso de esta enloquece aún más el mar, generando sacudones más intensos si cabe, lo que hace que el bote que los traslada gire sobre sí mismo y arroje al capitán y a la pareja al mar. El

primero logra sostenerse de las maderas y busca a su alrededor intentando auxiliar a los otros. Todo lo que ve es un remolino de faldas que se hunde sin remedio.

El Río de la Plata, un río ancho como mar al decir de sus navegantes, río —mar que separa al Uruguay de la Argentina, en el cono sur americano, se ha cobrado nuevas víctimas. Hombres y nave dormirán desde hoy en su lecho. La ignota condesa de Bedford, reciente y secreta integrante de la nobleza inglesa, ha venido a perecer en el fondo de un mar desconocido para muchos europeos. Con su muerte, apenas advertida más que para los íntimos y tal vez llorada en secreto por su amor, él mismo que la hizo partir, se abrirá un juego de poderes y traiciones que atravesará el tiempo y los espacios, signando desde entonces la vida de dos familias.

UNO.

Río de la Plata, 2017

Es un bello día y el sol brilla con fuerza en un cielo despejado, tan celeste como los ojos del hombre inclinado, que hace tareas de mantenimiento en el puerto de Montevideo esa tarde de octubre de 2017. En la cubierta del barco, Sebastián Cortés arrolla cuerdas y hace los nudos correspondientes para asegurar los botes salvavidas.

Una y otra vez, casi con manía, ordena y asegura los pequeños objetos, equipos y herramientas de ese barco que es su orgullo y tanto adora. Es el “Incitatus”, su caballo de los mares, una nave que hace honor a su nombre: impetuosa, tal cual era el caballo del romano Calígula, de dónde su dueño obtuvo el nombre. Es que para él la embarcación tiene vida, late y se mueve en sintonía con sus emociones. Es una tontería que sabe producto de su fijación con esa belleza producto de tantos sacrificios.

Sebastián es un hombre alto, de músculos marcados, más por el trabajo que por la actividad física sostenida. Calvo por elección y comodidad, los rayos del sol destacan la desnudez de su nuca. Su pecho, brazos y piernas morenos por la exposición al sol se aprecian con absoluta claridad, ya que sólo viste pantalones cortos descuidados y algo rotos, además de manchados por el aceite del motor.

Aparenta poco más de treinta años. “Un hombre atractivo”, piensa la joven que lo observa desde el muelle, en principio detenida a mitad de camino con

su portafolios y luego avanzando lentamente hacia él. Elvira Gamboa tiene en sus manos una tarea administrativa que no le gusta y que sólo ha aceptado por expreso ruego de su abuela.

No entiende aún que hace en este puerto y en este país tan lejano de su Europa, en un lugar que ni siquiera conocía en el mapa antes que se lo mencionaran. Suspira, en realidad sabe bien por qué está aquí: porque le es imposible negarse a algo cuando su abuela lo pide, esta una mujer determinada que siempre logra lo que quiere. Ella además la adora y haría lo que fuera por complacerla.

Sus ayudas de beneficencia y solidaridad recorren el mundo a través de su fundación, una Organización no Gubernamental que creó para sostener obras artísticas y brindar ayuda humanitaria. “Por lo menos es más de lo que hace la mayoría de los nobles ingleses a los que ella pertenece”, piensa despectivamente. Claro que Rosemary Kent, condesa de Bedford, o ex dado que el título lo tiene ahora su hijo, no es alguien que se pueda quedar quieta en un sillón a disfrutar de las mieles de la riqueza o de los títulos nobiliarios, afortunadamente. No la querría tanto si así fuera.

Elvira llegó en el jet privado de un amigo de su abuela el día anterior. Arribó a un pequeño y selecto aeropuerto cercano al famoso balneario de Punta del Este y pronto comprobó que las distancias eran cortas en este pequeño país. Aun cuando todavía siente el cansancio del viaje, le va gustando lo que ve. El lugar es hermoso, no exactamente el puerto en el que está ahora, sino las playas y las costas que recorrió en el auto alquilado. Kilómetros de arenas blancas bañadas por el Océano Atlántico y el Río de la Plata. Las aguas no tienen la claridad y la transparencia del Mediterráneo, pero su encanto es innegable.

Carraspea desde las maderas del muelle, buscando llamar la atención del

hombre, que parece muy inmerso en sus pensamientos. Alcanza ahora a ver mejor su perfil. Algo irregular, la nariz casi perfecta. Le hace recordar cuánto detesta la suya, un poco ganchuda. Tose por segunda vez y entonces él tuerce el rostro para observarla desde la transparencia de unos ojos increíbles. Hay cierta displicencia en la barba de días y la mueca de su boca le genera inmediata antipatía.

—¿Podría decirme usted si este es el barco que pertenece a Sebastián Cortés?—inquire ella con la voz un tanto más seca de lo que hubiera querido.

Se siente fuera de lugar y transpira debajo de su traje sastre. Esa tendencia a vestir demasiado formal le juega malas pasadas en ocasiones, como en este octubre caluroso en un puerto donde todos visten de labor.

—Pues sí. Este es el barco de Sebastián Cortés. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Necesito hablar con él— levantó la cabeza.

—Es eso lo que está haciendo ya, mujer—espetó con aspereza y cierta impaciencia, al parecer fastidiado por su interrupción.

La desconcertó. Había dado por supuesto que era un tripulante o marinero, no el dueño. Esperaba un hombre mayor. Su abuela le había comentado que el buscador de tesoros tenía mucha experiencia, por lo cual mentalmente lo había catalogado como cincuentón. Reaccionó y trató de proseguir.

—Bien. Es un placer, me presento, mi nombre es Elvira Gamboa y...

—Ajá—contestó el maleducado mientras se limpiaba las manos con un trapo aceitoso y se incorporaba mostrando la altura importante que lo caracterizaba.

La miraba como acicateándola a seguir o irse, como si su tiempo fuera oro y ella osara desperdiciarlo.

—He venido en nombre de mi abuela y de la ONG Compromiso y solidaridad.

Creyó percibir un brillo de interés ahora en su rostro un tanto imperturbable.

—Pase— le ordenó.

—¿Arriba? ¿Al barco dice, subir?

La miró con intolerancia

—Pues sí. ¿Dónde más?

Elvira detestaba los barcos, nunca se sentía bien en ellos. Además, no lo conocía, estaba solo y no sabía que esperar. No le daría gusto.

—Escuche, me enviaron a reunirme con usted y discutir las condiciones del contrato, así como firmarlo de estar en acuerdo. No voy a subir a su barco. No me siento cómoda.

—Nada le va a pasar—notó que retorció los ojos. No disimulaba nada—. ¿Me tiene miedo? ¿Me veo como un asesino?

—Eso no lo sé yo y tampoco me importa. No me gustan los barcos.

—Pues anda usted bien errada en este puerto.

—Estoy haciendo un favor.

Él la miraba con fastidio y finalmente se encogió de hombros y desapareció. Estuvo unos minutos parada sin saber qué hacer y cuando ya pensaba girar en redondo para retirarse y quejarse con amargura frente a su abuela por el mal rato que había pasado, él reapareció con una remera blanca y unos pantalones largos y en mejores condiciones que los previos. Bajó la escalerilla con celeridad y se puso a su lado.

—No tengo mucho tiempo. ¿Qué tiene para decirme?

— Pues yo tampoco tengo mucho tiempo, créame. Me encantaría estar en otro lugar y no aquí. Me gustaría sentarme y que los papeles tengan un apoyo, al menos.

Era un jactancioso irremediable, estaba claro. Con ese tono que parecía indicar que nada le interesaba que ella hubiera atravesado el océano para estar allí, tratándola como si sobrara. No era mujer de odios fáciles, pero este tonto se estaba ganando su antipatía.

—Cómo sea. Hay un pequeño café saliendo del puerto, podemos conversar ahí sí le parece.

—Está bien—contestó.

Apenas lo dijo él se movió y ella debió seguirlo tratando de acompasar sus pequeños pasos a sus zancadas, ya que caminaba como si mil demonios lo persiguieran. Casi sin aliento buscó no perderle pisada entre las grúas y barcos hasta que la salida del lugar la recibió y el cruce de calle le permitió a sentarse. Era un lugar sencillo pero acogedor: unas mesas afuera con sombrillas coloridas, bajo unos árboles que resguardaban del calor de la tarde.

—Dos cafés—ordenó él a la mesera que se acercó apenas sentados, sin preguntar ni darle tiempo siquiera a pedir algo más.

Hacía ya varias horas que no comía y su estómago se quejaba. Esperó sin hablar mientras él tamborileaba sobre la mesa, buscando apurar el trámite, pero no se inmutó. Cuando la muchacha les acercó los brebajes le preguntó qué podía traer que fuera de rápida hechura y sustancioso. La descripción de algo llamado “tostado” la tentó; los sándwiches calientes serían una buena base hasta la cena. Al girar encontró los ojos del hombre sobre sí.

—Usted paga lo suyo, ¿verdad?

La frase la molestó de inmediato, seca y altanera. ¿Se podía ser tan troglodita?

—Para su información y aunque no le debe interesar, he pasado más de veinte horas arriba de un avión, para luego viajar acá apenas descansando y comiendo lo mínimo. Aquí estoy como mensajera—se escuchó a sí misma y entonces prefirió callar. Nada le debía interesar a él—. Dejemos eso, seamos claros y concisos que parece que es lo que a usted le interesa. Tengo aquí el contrato con las condiciones establecidas para el negocio.

—Eso me dijeron. Me gustaría leerlo.

—Pensé que ya lo habían hecho. Supuse que solamente era el paso formal de la firma—lo miró con seriedad.

No tenía ningunas ganas de estar sentada al lado de ese hombre el tiempo que le llevara la lectura, aguardando como una empleada que el señor se dignara a completarla. Suspiró e hizo lo posible por contenerse. Esa impaciencia suya a veces le jugaba en contra.

—Oh, claro qué lo hice, pero me interesa qué no haya existido ninguna modificación y que todo haya quedado en acuerdo a las dos partes.

—Muy bien, aquí tiene—indicó mientras extraía de su portafolios de cuero sendas carpetas y extendía las mismas.

Él tomó una verificando que eran los originales y comenzó la parsimoniosa lectura que en principio la enervó, mas luego que el café y los tostados arribaron, no prestó mayor atención. Se concentró en mirar el movimiento del tránsito, un poco sorprendida por la variedad de los vehículos: bicicletas, motos, carros con caballos, amén de toda la gama de automóviles y camiones que traían su carga al puerto. Una variopinta mezcla de seres, hacia uno y otro

lado, ocupados cada uno en sus asuntos y vidas.

Comió con apetito lo que le pareció una delicia y miró de tanto en tanto al calvo que con el entrecejo fruncido pasaba una y otra hoja. “Demasiadas ínfulas tiene, considerando que se le está dando dinero para que pueda realizar su proyecto”, pensó para sí.

—Bien. Estoy de acuerdo, está bien. ¿Tiene un bolígrafo? — señaló finalmente.

Le extendió uno sin hablar, masticando como estaba el último trozo, algo atragantada. Observó como con trazo claro firmaba las correspondientes copias. Entonces se levantó y apenas con un gesto de su cabeza indicó que se marchaba.

—Espere un momento—casi gritó para detenerlo, con sorpresa por la brusquedad—. Tenemos que arreglar los detalles.

—¿No es lo que acabamos de hacer?

—Me refiero a la logística. Debo supervisar todo hasta que el encargado de acompañarlo en su expedición llegue.

—¿Y cuándo será eso?

La miraba con impaciencia

—Me indicaron que serán dos o tres días. No es mi gusto, pero lo voy a supervisar en la compra de equipamientos y en la elección de la tripulación.

—Ni hablar—señaló él fuerte y mirándola con fijeza.

—Yo...

—Usted tendrá todos los comprobantes, verá la tripulación si quiere, pero la elección ya está hecha y no está abierta a discusión. Esto no es una elección

de pasantes.

Se había sonrojado, un poco por la vehemencia que él había esbozado y otro poco por la falta de caballerosidad que demostraba en cada uno de sus pasos.

—Mire—él pareció concientizarse de la dureza de su trato—. Esto es algo muy específico, los hombres los elijo yo porque los conozco y sé su experiencia. ¿Usted que puede conocer de eso? Hace pocos minutos no quiso subir al barco porque le incomodaba, la cito textual—la miraba con desafío.

—Claramente, no sé nada—le respondió molesta y mirándolo a los ojos con absoluta frialdad—. Estoy haciendo un favor a mi abuela y lo haré hasta las últimas consecuencias, tal como me comprometí.

—¿Sabe usted siquiera que buscamos? —le inquirió con un gesto altivo.

—Sé que busca un barco hundido y que cree que tiene un tesoro.

—Este no es un juego de piratas y tesoros, señorita. Esta tarea no es como la pintan las películas.

—A mí me importa poco. No tengo esperanzas ni expectativas, ni sueño con piratas, por si usted lo cree. Es el dinero de mi familia el que se pondrá en juego y me parece lógico que haya supervisión de nuestra parte. Es muy simple.

—Me parece más que lógico. Y por ello esperaba alguien más idóneo.

—Descuide. Lo habrá en unos días. Mientras me tendrá que tolerar.

—Para que sepa, yo tengo ya comprometido todo lo necesario. Estaba esperando los arreglos formales para confirmarlo. Van a llegar a la zona de la exploración, no aquí.

Vaya, otra contrariedad. La tendría de aquí para allá, según parecía. Tomó

aire y lo miró, preguntando con educación.

—¿Dónde lo vuelvo a ver y cuándo, entonces?

Él la observó e hizo entonces un gesto de asentimiento.

—Deme unos días. Necesito resolver algunos asuntos y contactar a mi personal. La veré entonces en la costa del departamento Rocha. Si me da su número, le enviaré las coordenadas de la locación para que la ubique con exactitud y no haya ningún tipo de problemas.

Elvira buscó en su bolso y le costó encontrar su tarjeta. Cuando levantó la vista para entregarla, le inhibió un poco la intensidad de la mirada que la atravesaba. Él tomó el cartón con sus datos y se retiró con brusquedad.

“Imbécil”, pensó mientras se recostaba en su silla respirando con profundidad. Sólo pensar que iba a tener que pasar unos cuantos días cerca de ese energúmeno le ponía los pelos de punta. “Ni modo”, se dijo, “que el problema sea suyo. Yo haré lo que deba sin complicarme la existencia”.

Sebastián cruzó la calle corriendo y volvió al barco. Se sentía muy sorprendido de encontrarse con una mujer en representación de la ONG que le financiaría el sueño. Cada vez que mantuvo contacto con ellos fue personal, pero a través de testaferros y abogados. Había sido una gran emoción recibir el correo electrónico que le comunicaba la decisión de apoyarlo, amén de estipularle las condiciones bajo las cuales lo harían. Todas lógicas, por cierto, considerando que invertían sus capitales en la empresa de rescate y esto tenía posibilidades de fracaso.

Elvira, dijo llamarse. Tenía un acento gracioso, evidentemente español, y por sus comentarios pertenecía a la familia que gerenciaba la ONG. Una bonita castaña de boca algo grande, nariz un poquitín prominente que le daba carácter, con intensos ojos marrones que se iluminaban rápido cuando algo le

molestaba. De seguro una snob irremediable a la que debería soportar. Esperaba que no hablara demasiado y tratara de frenar los necesarios gastos.

DOS.

El lugar era de ensueño: un hotel cinco estrellas en un paisaje paradisíaco, de blancas arenas y unas playas majestuosas. Había escuchado hablar alguna vez de Punta del Este como un destino perfecto y comprobaba ahora la justicia de esa idea. Desde la enorme ventana observaba la península en toda su extensión y la Isla Gorriti enfrente, pequeña y verde.

Este era la perla de los balnearios de Uruguay y según muchos, también del Cono Sur americano. Un lugar de selectas mansiones y gustos caros que se recorría morosamente por las anchas avenidas y que tenía en su calle principal, Gorlero, la crema y nata de las marcas mundiales. Era el paraíso para ricos y pretenciosos, pero no perdía aún su encanto natural.

El recorrido desde Montevideo hasta ese lugar había sido precioso y muy disfrutable. Condujo con facilidad por una carretera panorámica y se detuvo varias veces a admirar sitios y aspirar el aire puro. Se parecían a unas vacaciones y hacía mucho que no tenía unas. Tomaría el rol asignado con calma y disfrutaría de los privilegios sin culpa. Uno de ellos era la posibilidad de alojarse en el mejor hotel del lugar y gozar de sus prestaciones.

Dio media vuelta para dejar detrás el paisaje y se dirigió al sofá, en el que se sentó con las piernas en posición de yoga mientras tomaba la taza de café y abría la carpeta en la que tenía algunas anotaciones. Una de ellas era una ficha que le había sido provista con datos de interés, algo bien típico de su abuela: ponerla en antecedentes. Había fotografías del barco rescatista, el Incitatus, así como de su dueño.

El nombre de la embarcación se le hacía familiar, le sonaba de algo y al no

recordarlo por sus medios, recurrió a Internet, que san Google mediante le arrojó inmediatos resultados. El caballo de Calígula, eso era. Recordaba algo de ese emperador romano de sus estudios secundarios y si la memoria no le fallaba, había sido despiadado y sanguinario. Lo comprobó ahora leyendo una enciclopedia en línea: la historia que relataba sobre como cuidaba aquel caballo hasta el absurdo, así como lo cruel de su proceder con sus súbditos la preocupó. ¿Sería ese hombre, el tal Sebastián, un loco que rendía culto a una figura tan oscura? “No”, pensó, “este hombre ni siquiera debe leer mucho. Se debe haber limitado a buscar un nombre sonoro y al ver que Incitatus significa impetuoso le debió parecer suficiente y ya está, le colocó la etiqueta a su barquito”. No daría vueltas a algo tan claro.

Siguió revisando la carpeta y una ficha personal del hombre llamó su atención. Treinta y seis años, decía. Parecía menos que eso en persona. La foto le hacía favor, un hombre muy interesante. Vivía solo y en Montevideo. Era buzo profesional y había sido surfista. Había trabajado más de ocho años con dos empresas dedicadas al rescate submarino en el Caribe. “Impresionante”.

Era argentino de origen, de la ciudad de Buenos Aires. Pocos datos más constaban. Tampoco es que le importara demasiado, lo básico era que cada parte cumpliera con lo que le correspondía y que ella mantuviera a su familia tranquila acerca de que la inversión se hacía con mesura. Eso hasta que llegara el encargado real. Se preguntó cuándo sería eso. No le habían dicho nada.

Su familia materna, de la cual su abuela era líder absoluta, era descendiente directa de los Kent del siglo XV y su estirpe hundía raíces en la historia de las familias de abolengo de Inglaterra. Una rama liderada con mano de hierro por aquella anciana sonriente y siempre muy compuesta que la había visitado en tantas ocasiones a su España natal, en la que ella vivía con sus padres.

Sus padres. Sonrió al pensar en ellos. Eran un matrimonio fantástico que condensaba en su unión las tradiciones de dos pueblos muy distintos. Gamboa Kent no eran apellidos tradicionales, pero tampoco lo era su vida. Una de aventuras, si se puede catalogar así a un infinito trajinar por ciudades y países en virtud de la tarea de diplomáticos que sus progenitores realizaban. Esto le había permitido conocer un sinfín de lugares maravillosos. Había sido un privilegio, pero también recordaba con dolor las veces que había logrado trabar amistades que prontamente hubo de romper debido a una mudanza.

Su abuela siempre había estado cerca, como referente ineludible de la rama materna, visitándola a pesar de que su padre no la soportaba y no le dejaba pasar una. A sus 32 años y con dos títulos tanto en relaciones internacionales como en psicología, Elvira se consideraba una deudora de cariño hacia la engañosamente frágil Rosemary Kent. Solo así podía justificar este viaje repentino al fin del mundo. O casi.

Cuando la había llamado para pedirle con su mejor tono que fuera su representante y por ende de la familia, la cara visible de la ONG que con tanta Caridad sostenía, le había extrañado un tanto. No era para nada tradicional que la empresa se dedicara a la búsqueda de tesoros y no dejó de comentarlo. La respuesta no se hizo esperar y le llamó la atención.

—Esto no es algo tradicional, es verdad. No es una tarea ordinaria, de lo contrario la hubiera encomendado a cualquier otro. Tengo... Tenemos, debo decir, y en esto incluyo a tu tío, especial interés en que las tareas de rescate del barco Nuestra Señora de la Caridad lo haga un hombre conocido como Sebastián Cortés. Es quien mejor ha presentado las cosas, el proyecto más completo.

—¿Desde cuándo dedicas tu atención a los barcos hundidos, abuela? —le dijo con cariño.

—Este no es cualquier barco, querida. Él representa un momento muy particular de nuestra familia en el pasado.

—¿A qué te refieres? — le preguntó con extrañeza.

Su abuela no solía vivir encerrada en el pasado o las tradiciones, pero las respetaba y valoraba. Miraba hacia delante y hacia atrás, en realidad, con una energía muchas veces compleja de contener.

—Tú sabes que el título nobiliario que ostenta la familia es muy antiguo. Es una responsabilidad y un orgullo para los Kent.

—Claro, abuela.

Sabía qué Rosemary adoraba ese título y hacía bruñir los escudos familiares con frecuencia, como si con ellos se jugara el prestigio y el honor. Pero era más liberal al respecto que preocupada. Su tío había sido el heredero del título de Conde de Bedford, sustituyendo a su malogrado abuelo, y en buenas manos estaba, ya que a él le encantaba.

—¿Y qué puede tener un viejo barco hundido hace tanto tiempo de interés para nosotros, abuela? No deben quedar más que maderos rotos.

—Hay objetos que perduran bajo el mar y más en las condiciones que fueron embalados. Una de las antiguas Kent pereció en la tormenta que lo precipitó al fondo. Joyas y otros elementos importantes de nuestra familia se perdieron entonces. Recuperarlos sería algo maravilloso.

No tenía idea de ello y le extrañó no haber escuchado nada antes; sobre todo en los cuentos que su abuela solía inventarle de niña, las noches que la visitaba.

—Lo entiendo. Pero tal vez pones demasiadas esperanzas en una tarea un tanto imposible.

—Mi querida, no hay nada imposible para la ambición de los hombres. Varios buscadores de tesoros ven con gran interés el valor de esos objetos. Por fortuna para nosotros, hemos detectado a uno de ellos y antes que se produzca una depredación, queremos participar, controlar y recuperar lo que se pueda.

—De seguro quién encare una tarea tan compleja querrá una recompensa acorde.

—Y la tendrá, sin duda, es lo lógico. En la medida que podamos rescatar lo que nos pertenece, será un paso importante.

—Debe ser un capital considerable el que hay que invertir.

—Es así, Elvira. Y créeme que no lo haríamos si no lo creyéramos de vital importancia.

Y con eso su abuela había cerrado la conversación y la había convencido de realizar el viaje. Le encantaba que a sus ochenta y tres años estuviera tan activa. Así que ella estaba dispuesta a destinar parte de su tiempo y a soportar a ese hombre en la medida que pudieran cumplirse parte de las expectativas de su querida abuela.

El sonido de su móvil le hizo abrir los ojos. Había dormitado. Sonrió al ver que la llamada era por Skype y era su abuela. Así como se obsesionada un poco con el pasado, era capaz de usar la tecnología como un juguete.

—Hola, abuela. ¡Qué lindo verte y escucharte!

Rosemary era una mujer muy elegante. Cualquiera que la viera diría que había envejecido muy bien. Siempre peinada, maquillada y vestida de diseñador. Le sonrió desde la pantalla.

—Mi querida, Elvira. ¿Cómo estás? ¿Te acomodaste bien? Estaba un poco preocupada por el lugar al que te hemos enviado, pero me han asegurado que es una maravilla.

—Sin dudas, abuela. Punta del Este es preciosa. Estoy disfrutando ahora.

—Eso me alegra y tranquiliza. ¿Pudiste contactar a ese hombre y la empresa?

—Sí, no te preocupes. Muy sencillo. Los contratos están ya firmados y los acuerdos establecidos.

—¿Qué te pareció?

Meditó su respuesta. No quería que fuera apresurada y dar una imagen de niña enfurruñada.

—Bien, un hombre parco, qué va a lo suyo.

—Esa gente aventurera suele ser así, práctica, concreta.

—Se resistió un poco a la idea de que le acompañara y estuviera atenta a los gastos. No sé si por mi condición de mujer o por el monitoreo en sí.

—Lógico. Estos hombres están acostumbrados a hacer las cosas como quieren. Es más que lógico que quién invierte quiera estar presente.

—Sin duda eso lo entendemos nosotros. Y a él le quedó clara mi posición. Nos encontraremos en dos días en las costas dónde va a comenzar la búsqueda. Al menos para que me detalle lo que ha hecho. Ya para entonces el encargado real habrá llegado, supongo.

Vio que enarcaba una ceja y el gesto le dio mala espina. Era el mismo que usaba cuando se excusaba en el pasado de ir a buscarla.

—¿Abuela? ¿Qué pasa?

—Ay, querida, sobre eso último. No hay buenas noticias. Quien iba a ejercer la tarea de control ha tenido un contratiempo importante y no podemos contar con él.

—¿Entonces? —señaló con gravedad.

Olía por dónde iba el asunto y no le gustaba.

—No tenemos a nadie dispuesto y libre. Es por ello... Apenas sé cómo decirlo... Necesitamos que te quedes más tiempo y hagas lo posible por controlar todo.

—Pero, abuela, tú sabes que no me gustan los barcos. Además, tengo asuntos por resolver en mi trabajo. Cuando me vine solicité una licencia especial de pocos días.

—Tienes toda la razón, lo sé. Mas no puedo evitar pedirte que lo hagas. Temo que todo se vaya por la borda si no hay nadie controlando. Y tengo tantas esperanzas de poder recuperar esas joyas...

Su tono lastimero y su cara de pesar le generaron el inevitable remordimiento y no pudo evitar barrer todos los argumentos lógicos, cosa que después lamentaría, como siempre que aceptaba dejar lo suyo de lado.

—Abuela, poco podré hacer... No entiendo nada y ...

—Tu mera presencia será garantía, nena. Eres inteligente y astuta, y solo eso se necesita. Ojos avizores que controlen cualquier desmán. Te prometo enviar ayuda ni bien pueda y si las cosas se ponen feas, porque notas agresividad, te retiras de inmediato. No creo que sea así, hice analizar el perfil de ese hombre y obtuvimos información de su trabajo anterior. Es malhumorado y solitario, pero no hay registros de violencia.

No había pensado en eso, en realidad, aunque no dejaba de ser una

tranquilidad.

—Tengo fe que todo será rápido y saldrá bien. Si nos atenemos a su plan, parece muy seguro y estudiado. De seguro las tareas de rescate serán rápidas. Yo tampoco te quiero mucho tiempo alejada de tus intereses y tus labores.

—No te preocupes, abuela—la tranquilizó ella ahora, que se había metido en el juego y veía que no había más remedio que apechugar—. También me ha picado un poquito el bicho de la curiosidad. Obtener esos objetos y joyas será maravilloso.

—Sin dudas. De ahí mi interés por el control. Esos buscadores de tesoros a veces son como piratas de la antigüedad. Pero ante todo tu seguridad.

—Tú tranquila. Yo vigilaré y marcaré los puntos que sean necesarios.

—Lo sé, eres parecida a mí en ese sentido: práctica, ejecutiva y decidida. ¡Eres un sol, mi querida! Sé que te pido mucho, no dudes que lo hago con justa causa. Un gran beso, mi querida.

—Adiós, abuela.

La noticia que la persona elegida para asesorar y controlar las tareas del Incitatus y su capitán no podría hacerse cargo de la función y que ella debería sustituirlo la fastidió en forma notable, aun cuando no lo hiciera ver frente a su abuela. Había encarado el largo viaje como algo necesario para una firma imprescindible que coronara un acuerdo beneficioso para la empresa. Ahora, de sopetón, debía dedicar su tiempo en las próximas tres o cuatro semanas a perseguir y controlar a un hombre que le parecía molesto, además de no tener idea del mundo náutico en el que se debía mover.

Le había dicho que no le gustaban los barcos y así era. Se mareaba cada vez que entraba en uno. Se preguntó como haría para sobrellevar los días siguientes. Tenía que subir a la embarcación, era imposible controlar sin

hacerlo. Dispuesta a hacer de tripas corazón ya que no parecía tener alternativa, se enfocó con practicidad en hacer el tiempo venidero lo más aprovechable posible. Agradecía haber heredado de su padre esa cualidad pues le impedía revolcarse en el lodo de la conmiseración y la impulsaba a resolver con rapidez los escollos que se le presentaban.

A medida que las horas pasaron, sintió ese retrogusto que solía acompañarla cada vez que se sentía manipulada. Adoraba a su abuela y sabía bien que manejaba sus relaciones y posesiones con mano de hierro. Pronto se le fue haciendo claro que esa persona de la que hablaba, que vendría a suplantarla, nunca había existido en realidad. Probablemente fue el argumento que sirvió para que ella estuviera aquí ahora y se encargara de lo que su abuela pretendía.

Le enojaba ser tan crédula y dejar que aquella manejara su vida de aquí para allá. Esas eran las actitudes que su padre siempre reprochaba acerca de Rosemary y ella poco atendía. De ahí derivaba, entre otras cosas, la enemistad inveterada entre ambos. También se debía a que los dos tenían personalidades fuertes y que habían chocado toda la vida. De hecho, el temperamento de su abuela solo podía ser atemperado por la dulzura de la madre de Elvira, su única hija, que toda la vida había arbitrado hábilmente entre los deseos inconmensurables y difíciles de torcer de Rosemary Kent y la inescrutable personalidad de su propio padre, el conde Steven, al que no había conocido pero que pintaban como el único capaz de doblegar el apasionado carácter de la anciana.

Trató de calmarse, y dado que no había más que seguir adelante pues había aceptado como una tonta, se propuso manejar las cosas con la mayor objetividad posible y cumplir con lo que era necesario para quedar libre. No podía negar que este proyecto en principio le generaba cierta curiosidad, si

bien era algo que la alejaba de sus propios intereses.

Luego estaba ese hombre que parecía difícil de lidiar. Suspiró. ¿Por qué diablos no podía estar tranquila, haciendo sus trabajos y escondida en el caparazón que armaba para evitar vincularse con el mundo, que solía ser fastidioso y en ocasiones doloroso? Más cuando no lo podía manejar. Resopló con ruido y se incorporó. “Nada de lamentos”, se dijo, “a lo hecho pecho y adelante”.

Sólo pensar que tendría que subir a cubierta la mareaba. Lo primero que haría mañana sería averiguar qué tipo de pastillas o elementos podría tomar para no pasar tirada en una butaca. Mal podría ser la que controlaba; podrían pasar con todo un tesoro por delante cuando estaba mareada y no le importaría. Pero si eso es lo que su abuela quería, ahí lo tendría. Ahora, solo tenía ganas de un masaje y buena sesión de relax.

TRES.

La siguiente mañana la encontró más positiva y lo primero que hizo fue buscar medicamento y ropa adecuada para lo que se venía. Recorrió varias tiendas y consiguió pantalones en gabardina de buena calidad con motivos náuticos, así como unos pares de zapatos bonitos y adecuados para el lugar donde tendría que desempeñar quien sabe qué tarea. Luego, ya tranquila, leyó un mail de Sebastián Cortés con los detalles financieros de las compras, así como la ubicación del barco.

La próxima vez que se encontró con él fue en la playa, en la zona de Rocha, para lo cual tuvo que conducir más de cien kms. Se perdió más de una vez, a pesar del GPS. Cuando por fin arribó, él la estaba esperando sentado en la arena, oteando el horizonte, en el cuál Elvira percibió la silueta del Incitatus. Se dirigió con decisión y lo llamó por su nombre, lo que lo hizo incorporarse.

—Buenos días—le extendió la mano y él dudó, pero la estrechó—. Tengo novedades.

La miró con extrañeza girando un tanto la cabeza en señal de incompreensión.

—Verás, la persona que vendría para sustituirme no lo hará. Seré yo.

—¿Qué serás tú? ¿Te refieres a que tú harás los controles de todo el proyecto? ¿De la búsqueda?

Parecía sordo, lo había dicho claro.

—Sí, eso dije.

—No sabemos cuánto tiempo llevará.

—Lo sé.

—Tú dijiste que no te gustaban los barcos.

Ahí estaba, se acordaba. Lo bueno era que algo de atención le prestaba, entonces.

—No me gustan. Pero ya tomé las precauciones necesarias.

—Yo no puedo encargarme de ti y tu situación. Apenas comiencen las tareas, estas requerirán mi total atención—espetó.

“No lo esperaba, míster simpatía”.

—No te preocupes. Lo tengo cubierto.

La miraba serio y no lograba leer que pensaba.

—El agua es cosa seria. No te quiero deambulando en mi cubierta y que te transformes en un fastidio.

—¡Es que tú sí que eres una dulzura! —no pudo evitar decirle con acidez—. Deja tu paternal preocupación, sé nadar, me pondré salvavidas y no haré más que observar.

“De seguro no me voy a poder ni parar de las náuseas que voy a tener. Buen Dios, ¿cómo era posible que la metieran en esos bailes?”.

—Quiero que haya un papel donde conste, bajo firma, y que sea una especie de seguro, que tu ONG sabe tu situación y se hace cargo de ti, pase lo que pase.

—Hecho.

—Y te ajustarás a las normas de la embarcación. No se bebe, no se conversa sin sentido, no se...

—Por lo que se va viendo, lo de conversar va más para ti—le dijo seria.

Le cortó el discurso al muy marrano.

—Deberás usar ropa adecuada para un barco.

—La tengo. Un vestido de noche precioso.

Su tono sarcástico le hizo enrojecer.

—Muy bien, damita. Si es así como se dan las cosas, lo acepto. Pero dejo constancia que me opongo y no por un tema de machismo o por deslindarme de controles. No es fácil estar horas en el mar, máxime cuando no se está habituado.

—Hago lo que tengo que hacer. Tú harás lo tuyo. Ni notarás que estoy.

—Veremos—le contestó—. Mañana, entonces, te espero en el muelle. Abordarás la nave y te iré mostrando lo que debas saber.

. Con la puntualidad que la caracterizaba lo esperó a las 7 am de la siguiente jornada. Esto la obligó a un desayuno frutal y temprano, pero ni loca lo hacía esperar. No le daría pie, ni un solo pretexto para que la criticara desde el inicio y luego afirmara que tenía razón desde el inicio.

Él se acercó diez minutos después, saliendo de las oficinas de la Prefectura y pasó a su lado haciendo un gesto, por lo que lo siguió. Bajó enseguida unos escalones y trepó con rapidez a una lancha con motor. Ella subió sintiendo que le temblaba todo, fingiendo soltura, gesto que perdió cuando él arrancó el motor apenas se sentaba. Se tomó del asiento y el borde y sintió el viento en su cara y los cabellos que se alborotaban. No hablaba y solo manejaba. “Por lo menos un Buenos días, maleducado”. ¿Qué creía, que las palabras se gastaban?

No parecía, sin embargo, que la economía de vocabulario fuera similar a la de recursos pues había visto en el detalle que le había enviado vía email los materiales adquiridos y sumaban una cifra increíble. Había silbado sólo de verla la noche anterior. pero supuso que todo era imprescindible: trajes de buzos, grúas, cuerdas, sueldos de personal adelantado más unas siglas que no alcanzaba a descifrar y se encargaría hoy de preguntar.

—Lindo día para comenzar las tareas. Eso es un buen augurio, supongo— esbozó el comienzo de un diálogo tratando de poner urbanidad en la relación entre ambos.

—Es un día espectacular y sin duda comparto la idea de una señal positiva — contestó.

—¿Eres de los que se mueven en base a los mensajes de la Naturaleza? — le dijo con cierta burla.

La miró con bastante seriedad contestando, a la par que maniobraba para dejar la lancha apareada al Incitatus:

—Te puedo asegurar que la Naturaleza habla. Y si no estamos atentos a sus mensajes, mal nos puede ir. Así que sí, soy un hombre de augurios, aunque le parezca absurdo a su mente.

La lancha ahora inmóvil se balanceaba y él aseguró la cuerda de sostén en uno de los lados del barco mayor. Luego trepó con agilidad por unos escalones de metal y ya en cubierta se asomó y le gritó:

—¿Qué esperas? ¿Una invitación? Debes subir.

Se incorporó tambaleante y tomándose de todo lo que pudo, subió sin mirar abajo. Por fortuna, no cayó al mar y conservó cierta dignidad, a pesar de la mirada sardónica que recibió.

—Bienvenida a mi barco. Puedes ubicarte donde quieras. Si deseas más estabilidad, en la zona de cabina y cuando estés en cubierta, aquel rincón te puede ser útil. Como ves, he instalado una mesa pequeña y una silla, están amuradas así que no tiene riesgos de que se muevan. Puedes atarte a ellas si te sientes con miedo—esto último fue un chiste bobo que lo hizo sonreír y también a ella.

Ganas no le faltarían, con seguridad.

—Lo único que te pido es que no molestes. Las tareas que hacemos son muy prácticas. Tal vez con los días te acostumbres y el aburrimiento te haga deambular, y eso en quien no tiene ninguna experiencia de navegación puede ser una complicación, además de una distracción. Las velas hay que darlas vueltas, te puedes enredar en las cuerdas, etc.

—No tengo intenciones de molestar.

—No digo que lo hagas ex profeso. No sabes cómo moverte en un barco, es lógico. Hay movimientos imprescindibles que pueden complicarse. Otra cosa, nada de tomar sol.

—¿Tomar sol? —elevó la voz porque no acreditaba—. ¿Qué crees, que vine de vacaciones? — se indignó.

—Tengamos la fiesta en paz, no estoy queriendo decir nada raro.

—Pues avísale a tu cerebro que tu boca se ha desmadrado. Me voy a sentar —dio la vuelta y enfiló hacia donde le había señalado, en la cubierta.

Sobre la mesa había un conjunto de libros, libretas con apuntes, el plano del barco, una serie de cuentas apuradas y una gran ilustración de que parecía ser el barco objetivo. Le gritó:

—¿Este es el barco, el tan mentado Nuestra Señora de la Caridad?

Eso le interesó y vino inmediatamente. Había cambiado la expresión y se notaba la pasión de sus ojos dulcificados por la emoción.

—Este es un barco extraordinario que tuvo un final anticipado—señaló mientras tocaba el mapa.

Ese hombre amaba el mar, no había ninguna duda.

—¿Qué tipo de barco era?

La verdad es que apenas sabía algo del mismo, muy poco.

—Era una goleta de comercio, construida en la primera mitad del siglo XIX. Una embarcación maravillosa de tres mástiles, con un velamen excepcional y unos aparejos muy avanzados para su época, que permitían la navegación por los océanos aprovechando los vientos.

No entendió gran parte de la explicación técnica, pero lo dejó seguir porque le interesaba ver esa faceta más cómoda y abierta de Sebastián.

—Como te digo, era española, pero hacía negocios con ingleses, franceses y otros tantos. Se dedicaba al tráfico comercial entre el continente europeo y América, sobre todo el Río de la Plata. Tenía mucha experiencia su capitán.

—Y a pesar de eso, náufrago— señaló ella.

—Mi estimada señorita, el mar es un padre tan acogedor como traicionero. Si uno no lo respeta y sobre todo no conoce sus trampas, puede ser el fin. Bajo la aparente calma de estas aguas se esconden un sinnúmero de rocas y bancos de arena que pueden hacer encallar cualquier barco de la actualidad. Eso sumado a una tormenta, puede ser el fin de cualquier embarcación y de cualquier capitán, no importa la experiencia que tenga. Estas costas han sido cementerio de barcos durante muchos siglos. Existen un sinnúmero de naves desde Rocha a Colonia, algunos esperando ser rescatados, todavía con sus tesoros

intactos.

—Eso te emociona, ¿verdad? La posibilidad de encontrar uno y enriquecerte con su botín.

—Puedes pensar que sólo es mera ambición. Pero para mí es la pasión la que guía. No soy un simple expoliador que busca destruir el pasado con el fin de quedarse con objetos de valor. Este, mi objetivo actual, no llevaba mucho dinero y sería imposible para mí acometer la tarea de rescate solo. De lo extraído, aspiro a que sea suficiente para mantener mi barco y sobrevivir de una manera sencilla. También me dirige la idea de encontrar objetos que puedan ser valorados y mostrados a los chicos del presente.

±

Había una emoción verdadera en esa expresión reconcentrada, tal parecía que cuando la pasión lo envolvía se asomaba su verdadera personalidad. Elvira no podía escapar a la costumbre de analizar a quien tenía enfrente. Su formación de psicóloga la hacía mirar gestos, expresiones, palabras dichas y no dichas. Y ahora al menos encontraba una faceta agradable en este maleducado.

—¿Qué crees tú que puedes encontrar intacto en ese navío que duerme bajo el mar hace tanto tiempo? No sé desde cuándo, en realidad.

—Fue en 1843 cuando todo ocurrió. Hay una historia muy trágica detrás. Pero no te quiero aburrir.

— No te preocupes, si lo haces te aviso— le señaló, alentando a continuar el relato.

Él iba dejando detrás su propia regla de hablar poco.

—En toda esta zona que comprende el actual Uruguay y Argentina había guerras, como siempre entre los bandos políticos de uno y otro lado del río. Federales y unitarios en Argentina, blancos y colorados en Uruguay. Pero también circulaban los ingleses y franceses en la región, buscando proteger sus intereses en estos nacientes enclaves comerciales y sobre todo el puerto de Montevideo, que era bien importante. Es el que nos vimos por primera vez.

—Sí, lo sé—esperaba que no fuera una de esas interminables lecciones de historia, no parecía del tipo de él.

—En ese año, el 1843, se había desatado una guerra muy fea por acá, que incluía movimientos de tropas con miles de soldados gauchos y no tanto, que se enfrentaban en batallas muy sangrientas, que te horrorizarían. Esto incluía también la guerra marítima y bloqueo de los puertos. Concretamente, por este río se paseaban las armadas franco—inglesa y las embarcaciones comerciales nutrían a los grupos amigos. Y eso era precisamente nuestro bonito objetivo hundido: una nave de comercio que traía productos para Montevideo, así como, aparentemente, algo de oro para la compra de armamentos y para sostener a la ciudad que estaba siendo asediada.

—Así que entonces no era una embarcación tan inocente—elucubró ella.

—Difícil saber quién tenía razón o derecho en esa época. Cada grupo se auto proclamaba el justo defensor de las normas, leyes y qué sé yo. La cierto es que una noche de junio, una tormenta tremenda se desató sobre el Atlántico y el Río de la Plata, justo en el momento en el que Nuestra Señora ingresaba a él.

—Me imagino que eso es bastante común en la navegación.

—Sí, sin dudas. El navío sorteaba como podía las aguas y entonces tuvieron la mala suerte de que un rayo impactara sobre el palo mayor,

provocando caída de las velas y distorsionando el curso. Luego, cuando todo parecía amainar, chocaron contra algo, tal vez rocas, y eso dañó irreversiblemente la nave, obligando al abandono y ocasionando que se hundiera.

—¿Cómo sabes tú esa historia? —le inquirió entonces Elvira, que lo veía convencido de lo que decía.

—Porque lo investigué. Conocí primero a alguien que sabía lo sucedido, aun cuando deformado por la transmisión oral. Me interesó y algo, una intuición, me hizo ver que había una historia interesante allí. Eso me llevó luego a buscar y conocer descendientes del naufragio y finalmente, a encontrar documentación fidedigna.

—¿Qué tipo de documentos? —no alcanzaba a hacerse una idea que podría haber de oficial en algo tan antiguo.

—En principio, están los registros con nombres de los marineros que penosamente alcanzaron la costa ese día. También las descripciones de los cuerpos y restos de la embarcación, como el velamen. Y lo más importante, los relatos en cartas y las memorias del capitán.

—¿El capitán no se hundió con su barco? Pensé que esa era la tradición.

—El capitán hizo todos los esfuerzos posibles, de acuerdo a su relato y el de los marineros. Pero eso no bastó.

—Así que toda la mercadería y esa supuesta ayuda económica en oro estaría ahí debajo—señaló ella el mar—. Eso es lo que tú esperas encontrar y recuperar.

—Así es. Ese es el proyecto que entregué a tu fundación con todos los detalles y características. Ellos lo evaluaron con seriedad, me imagino, y fue así que habilitaron la inversión necesaria.

—Onerosa, por lo que estuve mirando.

—Lo que se rescate lo compensaré, estoy seguro.

—Bien, así que tal vez monedas de oro. ¿Será un arcón, un cofre lleno de esas?

—Más otros objetos, incluso joyería. Algo que no está claro son las posesiones de una pareja inglesa que venía de incógnito. No tengo claro quiénes eran ni por qué venían, pero al parecer ella traía mucho equipaje.

No dijo nada de lo que sabía, no estaba segura si era lo correcto.

—El capitán no parecía demasiado seguro de quiénes eran y desconocía sus pertenencias, que al parecer cuidaban con mucho sigilo.

—Todo eso ha sido transmitido oralmente, debe haber mucha sumatoria de hechos, ya sabe cómo son los dimes y diretes—argumentó Elvira.

—Esto último está basado en información de primera mano del diario de vida del capitán. Y lo he leído de cabo a rabo.

—¿Estás en posesión de eso? —se asombró.

—No, pero pude consultarlo, así como un conjunto de cartas que constan en archivos de la Biblioteca nacional de este país. Eran de propiedad de la familia del capitán, quien luego de lo sucedido se afincó aquí. Ellos donaron todo a la Biblioteca, antes que quemarlo, me imagino.

—Así que has hecho una investigación en toda la regla.

Eso la sorprendió para bien, mostraba otras aristas de su personalidad. Tesón, estudio, responsabilidad y compromiso, así como un hambre importante por satisfacer sus sueños.

—Así es. Pero la única forma de comprobar la veracidad y poder hacerse

un panorama claro es la aventura. Sumergirnos e ir por todo, buscar y explorar.

—¿Qué pasa si todo eso son simples desvaríos de un hombre enloquecido por la pérdida de una posesión tan importante como un barco?

—Por eso esta es una aventura y un gran desafío, señorita. Toda inversión tiene sus riesgos.

—Espero, por tu bienestar económico, por el de mi abuela y por mi tiempo, que tengas éxito.

CUATRO.

Encontrar aquella carta había sido de una extraordinaria suerte; había llegado a ella por pura casualidad. Había deambulando varias semanas por la Biblioteca Nacional del Uruguay, buscando datos e información sobre naufragios, mas la cantidad de los mismos lo había abrumado. No sabía que pudiera haber tantos barcos sumergidos, de mayor o de menor valor, pero ahí estaban en el lecho del río, esperando que algún valiente y esforzado marino fuera por ellos.

La historia detrás del bergantín Nuestra Señora de la Caridad lo había asombrado y entristecido a partes iguales, especialmente cuando la conoció desde la carta de su capitán. Las palabras destilaban más que nada dolor por la pérdida, pero también tenía remordimientos.

Las leyó varias veces, luego las transcribió para posteriormente, como un poseso, buscar información en uno y otro lado. Más allá de que se sintió muchas veces fuera de lugar entre tantos ratones de biblioteca y que sin duda cuestionarían sus intenciones e intereses de saber para qué quería saber tanto, el afán de descubrir una pista y un dato trascendental lo empujaba.

Lo que sin duda más lo conmovió fue una de las páginas más sentidas del diario:

“Montevideo, 1846.

Una y otra vez vuelven a mi mente las imágenes de mi barco hundiéndose en la tempestad levantada en el Río de la Plata aquella noche de 1840. La pesadilla que sin duda abrumó mi destino. No he podido

recuperar mi voluntad de marino después de eso.

¡Tanto esfuerzo y tantos años hundidos con Nuestra Señora de la Caridad! Anhelos y ahorros de toda mi vida. El mejor vino de Burdeos, la platería fina para el comerciante Santos, el ajuar de bodas y las finas joyas para la futura señora de Rainieri, los auxilios para sostener Montevideo... Todo perdido en el fondo del mar.

¿Cómo responder ante tanto desasosiego? Más allá de que es un infortunio producto de la madre Naturaleza y contra esta no valen ruegos de los hombres, ¿qué pecados he pagado con este incruento hecho?

¿A qué volver a Europa cuando lo he perdido todo? No tengo nada que me llame o grite por mí, mis días de soledad en el mar sustituyeron cualquier familia o amistades. Mi barco era mi mundo y se ha perdido.

Pero sobre todo y por encima de mis lamentos, esa imagen terrible no abandona mis retinas. ¡Esa pobre muchacha! Tan joven con su misteriosa carga y equipaje. Vaya Dios a saber qué tesoro guardaba en ese pequeño cofre que no abandonaba ni a sol ni sombra.

A riesgo de ser considerado un pecador, debo confesar que la he culpado estos años por el infortunio de mi barco. Ya pesar de eso, no puedo más que sentir piedad por esa pobre alma ha venido a encontrar la muerte en las oscuras aguas de este río lejano. La desgraciada vivió un buen calvario, descubrir el engaño al que su compañero de infortunio la sometió. Fui involuntario cómplice en eso, mas esa parte me excede. Me alegra pensar que le di cierta esperanza al prometer devolverla a Europa. No hubo tiempo para ello.

No han sido pocos los que después se han preocupado por ella y aun así no sé su nombre. Intuyo que era de familia noble pues, aunque los enviados

que han escarbado en mi memoria buscando saber su destino y asegurarse de su muerte no me lo han afirmado, su lenguaje así me lo dice. Con esa mujer y su acompañante deben haber muerto varios secretos. Y para mi tristeza infinita, confieso que también pereció con ella mi carrera de marinero”.

La charla con Elvira le trajo a la mente todo lo que había pasado estos años, desde que encontró providencialmente la carta que ahora miraba. Hacía de eso ya tres años, durante los que había buscado más información y mendigado formas de financiamiento propias y ajenas, además de tentar a los gobiernos locales.

Incluso había explicado su intención a una de sus antiguas empresas empleadoras, buscando una asociación que sabía improbable. Bien poco interés tenía en esta zona, por supuesto, lo suyo eran las aguas del Caribe y cercanas al Atlántico español, donde los grandes tesoros estaban y dónde se jugaba en las grandes ligas. La añoranza que había sentido al principio de esas aventuras subacuáticas se había atenuado al recordar también los malos tragos.

Quería ser lo más libre e independiente posible, pero los dineros eran imprescindibles. Además del personal y la tecnología necesaria para ese tipo de aventuras era un escollo fundamental la deuda que pesaba sobre su barco, ese que dólar sobre dólar había logrado comprar y que tanto trabajo le estaba costando mantener. Era el puntal fundamental de sus sueños, con él contaba para recomponerse y para continuar siendo financieramente autónomo, aunque más no fuera para navegar y sentir el sol y el aire en su rostro.

Bien pronto la ansiedad lo había impulsado a la acción, en forma solitaria. Al principio apenas fueron exploraciones donde usó el magnetógrafo, que le permitió sondear el fondo del mar y hacer un mapeo primario del naufragio,

ubicado finalmente no lejos de la costa atlántica de Rocha, un departamento del Uruguay.

Si bien el desastre había comenzado en aguas más profundas, el navío en cuestión había sucumbido fruto de los vientos cruzados que lo arrojaron contra las piedras que lo habían llevado finalmente a pique. Las oscuras aguas serían difíciles de sondear, pero la tecnología más avanzada podía perfectamente trabajar en esas condiciones. Claro que implicaba gastos, pero él tenía la convicción y las pruebas que era una apuesta que tenía devolución.

Lo más difícil había sido chocar una y otra vez con paredes burocráticas gubernamentales que tenían que ver con desidia, abulia, así como los líos que los países tenían al reivindicar para sí las supuestas riquezas o “pecios” que pudieran tener los barcos. Se sumaban los distintos organismos que procuraban que el patrimonio subacuático no se dañara, la UNESCO, por ejemplo.

El tira y afloja con los sucesivos gobiernos del país en el que estaba no había sido poco: hacia atrás y hacia delante con los permisos. Un mes le decían que sí, al otro año que no. Le hacía hervir la sangre la estúpida concepción de que poner trabas era proteger, cuando ni siquiera sabían de qué se hablaba y tal vez nunca lo habrían averiguado si él no hubiera traído la información a colación.

Un rescate exitoso era una posibilidad latente que implicaba que el país se quedaba con una parte y por lo tanto podría invertirlo en lo que quisiera. ¿O no se necesitaban escuelas, hospitales, centros de atención? Los recursos podían estar a la mano y parecía ridículo no usarlos. Pero muchos desconfiaban de la figura del rescatista al que veían como un mero traficante y violador de tesoros.

Estaba casi a punto de abandonar y tirar la toalla cuando había surgido de

la nada aquella carta de la ONG a la que se abrazó como si fuera un salvavidas. Y aquí estaba, ya comenzando todo lo que había soñado y planificado. Poco importaba que estuviera ahora supervisado por esa modelito europea que era Elvira Gamboa. Él no tenía interés o intención de quedarse con lo que no era suyo y le daría exacta cuenta de lo que se lograra extraer, rogando que fuera lo suficiente para mantener su barco y para compensar la inversión. Eso atraería a otros inversionistas y potenciaría su actuar. Había tanto por buscar, tanto por rescatar, tanto por navegar.

CINCO.

Londres, 1843

Roger Kent, cuarto Conde de Bedford, estiró sus piernas y cruzó los brazos detrás de la nuca, procurando con ese movimiento aliviar los músculos en tensión. La preocupación se notaba en su entrecejo fruncido y en el nervioso tamborilear sobre el gran escritorio de la Biblioteca. Este lugar solía traerle paz y calma, pero en las circunstancias actuales nada podía darle tranquilidad.

Hace apenas dos días que arribó a la cómoda casa que posee en el condado de Bedford, un sitio esplendoroso en la campiña inglesa, lejos de la neblinosa Londres y de sus enredos políticos y manejos económicos y sociales. Es el año 1843 y el destino parece empeñarse en enfrentarlo a todo tipo de conflictos. Ha buscado refugio en los bosques y en el remanso del río, procurando reflexionar para tomar las decisiones más adecuadas para lo que será su vida futura. Su educación formal y rígida jamás lo preparó para afrontar las pasiones a las que su corazón lo precipitó, y menos aún para pagar el precio de las mismas.

Sabe que ha huido como un cobarde, dejando a su amante asustada y azorada, probablemente inmersa en un maremoto de emociones. Se reconoce culpable de no haber podido frenar sus impulsos y caer en brazos de esa bella y sensible mujer. Culpable por debilidad, por no poder evitar que su corazón grite más alto que su razón.

Él, un supuesto hombre de mundo y de la alta sociedad inglesa, obligado por nacimiento a una unión entre los suyos, se veía amarrado sin remedio, porque su alma así lo imponía, a una mujer fabulosa que jamás sería valorada de igual modo por sus iguales. El término amarrado no era justo, razonó; ella jamás le hizo sentir otra cosa que libertad y felicidad, experimentar los picos más altos de la alegría y el placer. Lo que era evidente y estrujaba sus pensamientos era que su familia nunca aceptaría esa relación.

Una parte de sí, la más cobarde, deseaba terminar el vínculo y permanecer fiel a las convenciones que tanto orden y seguridad brindaban. Abrazar la tranquilidad económica y social que el título y sus negociados y relaciones aportaban. Como había sido siempre. Otra versión de sí, la más alocada y aventurera, la que casi nunca se expresaba y solo se mostraba ante Kate, le empujaba a gritar a los cuatro vientos el amor que profesaba por esa joven, apenas diferenciable de los de su clase por sus ropas y su disponibilidad económica.

Claro que no era ningún tonto; reconocía que la buena posición era fundamental en la sociedad en la que vivía, una de apariencias y niveles. Una que imponía deberes, especialmente hacia los de abajo, los humildes; y que promovía derechos, más claramente establecidos para la clase media y la alta a la que él pertenecía. Romper los hilos de esa trama que tenía colocados a cada uno en un lugar, y más uno privilegiado, era una locura, algo insano. Le parecía escuchar a su padre diciendo esto.

Sin embargo, esta era también una sociedad donde los cambios se estaban dando a fuerza de golpes y de huelgas. Él mismo, como integrante de la Cámara de los Lores, posición que había heredado con su título, lo sabe. Los cada vez más constantes reclamos en masa, la unión de los trabajadores que poco a poco se reconocían como iguales y desprotegidos, iban obligando a

concederles algunos derechos políticos y sociales.

Los trabajadores de las fábricas organizaban huelgas en forma constante, buscando conseguir mejores condiciones de trabajo. Mujeres y niños habían obtenido ya la protección legal en el trabajo inhumano de las minas de carbón. Esto a desgano de los grandes nobles y por el empuje de los obreros que no soportaban más las diferencias tremendas que imponían los más encumbrados. El voto se había extendido y ahora abarcaba a una porción considerable de hombres con alguna renta, y con el sufragio les llegaba la posibilidad de incidir en la política y el gobierno.

Todas estas propuestas que implicaron mejoras las había acompañado Roger, reconociendo la justicia de los reclamos de los más débiles. La suya no era una posición condescendiente, pues si bien se enorgullecía de ser conservador en varios asuntos, había temas de naturaleza y humanidad que debían reconocerse.

Y, aun así, estaba claro que había entramados o destinos que no se debían romper. Lo había intentado por las buenas, había charlado con sus padres. Con su padre, buscando consejo. Con su madre, procurando que incidiera sobre el primero. Lo más raro era que fue su madre la más firme y dura al respecto, al contrario de lo que pudo pensar a priori.

—Roger—le dijo esa tarde que le confesó su amor por Kate—. ¿Quién es esa mujer de la que hablas? No está entre nuestras amistades.

—No. Su familia está en Escocia, son de origen noble, aunque las guerras fueron minando su posición.

Sentía la mirada acerada mientras le contaba.

—Es muy inteligente y bella, educada en los mejores lugares y ...

—No es de nuestro círculo. No te conviene.

—La conveniencia es algo maleable. En la posición en la que estamos podemos incidir y cambiar algunas rutinas.

—Mi querido. Eres tan encantadoramente ingenuo. ¿Crees de verdad que podemos cambiar una estructura que tiene siglos? ¿Qué lo hace necesario?

—La amo.

Sonaba débil y flojo, casi como la pataleta de un crío que se resiste a crecer y ver el mundo despojado.

—Tienes obligaciones. Como heredero del título, debes dar ejemplo de buenas costumbres y propender a estrechar relaciones con otros como nosotros.

—No encontraré a nadie que sea como ella.

—Encontrarás mejores, hijo. ¿Crees que si cada uno de nosotros cediéramos a nuestras pasiones juveniles, nuestra familia sería lo que es? Habríamos perecido ya hace mucho, despojados además de lo que nos hace especiales. Un título es más que un escudo de armas a pulir. Son relaciones, posesiones, dinero. Tal vez esto último sea lo que ha atraído a esa mujer hacia ti. No sería la primera vez.

—Kate no es así.

—¿En verdad? ¿La conoces tan bien?

No sería él quien daría detalles de la pasión que los consumía y la ternura que los conectaba. De lo feliz que se sentía acariciando su blanco cuerpo y enredando sus dedos en la larga cabellera pelirroja. De lo libre que era cuando sus brazos lo rodeaban y le recitaba antiguos poemas de amor. Nadie que no lo viviera lo podría entender.

—Roger, deja esas pamplinas ¿Te has acostado con ella y qué? ¿Crees

deberle algo? Una mujer que se entrega tan fácil no merece confianza. Y si tan loco te tiene, consérvala como amante. Siempre es bueno tener a alguien que caliente la cama y de salida a los apetitos que a menudo las damas inglesas no cumplen.

—¡Ella no es una cualquiera!

Escuchaba azorado hablar a su madre como si fuera un hombre y lo impactó.

—Te lo digo de una vez, tienes deberes. Compórtate y evita que Su Majestad ponga los ojos y oídos sobre tu conducta. El libertinaje escondido es una cosa, a la vista de todos y generando maledicciones, es otra. Bastaría una decisión de la Reina para que la otra rama de la familia recibiera el título. Eso no va a pasar, hijo, aunque tenga que eliminar a esa mujer.

Le atemorizó la amenaza en las palabras y se dio cuenta que su amor exponía a Kate. No dudó un minuto que su madre cumpliera sus palabras. Claro que tenía claro que sus primos ambicionaban de manera enfermiza el tratamiento especial que él tenía. Y que su madre defendería a capa y espada el mismo. “Tal vez si supiera que su amada estaba embarazada, tal vez, podría haber una oportunidad. O no.”—pensaba.

El dilema lo acuciaba y por ello se había alejado, para poder pensar y decidir. Se había asegurado de que estuviera segura y cómoda, rodeada de sirvientes y todo lo que necesitara. Sin duda lo extrañaría y se preguntaría si la había abandonado. Ella no era ninguna tonta y conocía sus inseguridades.

A veces maldecía el día que la había conocido. Aquella merienda algo distendida en casa de la familia Salisbury donde le fue presentada esa joven recién llegada de las tierras altas escocesas. Una de tantas primas lejanas que había sido invitada a pasar un tiempo con la familia y acompañar a las

adolescentes, casi como una chaperona. Una pariente pobre, a pesar de tener historia de nobleza entre sus ancestros.

Kate O'Connell había pasado a ser, a partir de esa tarde, la mujer de sus desvelos. Bastaron dos o tres coincidencias más en cenas y saraos para que no pudiera despegar sus ojos de su fina cintura, de su pechos prietos y esbozados por los vestidos que exhibían, de sus ojos claros y su cutis con pecas.

Tan inmediata y mutua fue la atracción que las visitas se hicieron frecuentes e intempestivas, poniendo a veces en aprietos a la familia Salisbury, que veía al Conde con respeto, pero también conocía a su madre y su intransigencia. Pronto se veían por fuera, procurando encuentros mientras paseaban, a escondidas y hurtadillas. Paseos inocentes, visitas a museos, caminatas por los parques.

El primer beso llegó casto y la repetición fue dotándolo de saber, de experiencia, de urgencia. La pasión los obligaba al abrazo, a la caricia, a la unión de alientos. Fue inevitable y a la vez maravilloso hacer el amor. Reconocía su insistencia, su acoso, su constante pedido ante la arrebolada mujer que lo miraba con un amor incommensurable. Probó de ella su néctar más dulce, y si bien sabía que no robó la flor de su inocencia, pues le fue entregada con pasión, la culpa de empujarla hacia la deshonestidad lo corroía.

¿Cómo podía siquiera pensar en su futuro cuando había comprometido el de ella? ¿Cómo podía pensar en una vida donde ella no estuviera? Ese hijo que crecía en su entraña era suyo, era fruto del amor. Era su heredero. ¿Qué hombre sería, qué nobleza habría en él si dejaba en la estacada a su amante en su trance más difícil? No estaba en él.

SEIS.

Londres, 2017.

Rosemary Kent apagó el ordenador y ordenó su cabello en un maquinal gesto de coquetería. No representaba la edad que tenía; la buena genética heredada, sumada a la vida sosegada y acomodada, como corresponde a una selecta integrante de la aristocracia inglesa, apenas habían hecho mella en su piel. Los cabellos aún negros dejaban entrever unas canas plateadas, que más parecían rasgos de alcurnia que de ancianidad.

Se encontraba sentada en su despacho, pequeño espacio personal en el que cuenta con su computadora, teléfono, agenda y archivos, complementado con un intercomunicador que la conecta con todo el resto de la mansión y en especial con la servidumbre, siempre atenta a sus solicitudes nunca excesivas, mas siempre perentorias.

En este caso se le antojaba un té, dulce néctar que le devolvería la energía que la avanzada hora de la tarde hacía necesaria. La conversación con su nieta la había puesto de buen humor. Saber que estaba bien y que había aceptado el inusual y pesado papel que le acababa de adjudicar, sin que se dibujara un rictus en su cara, la complacía sobremanera. Temió que se negara, hubiera estado su derecho. Ya suficiente había sido que viajara tan lejos abandonando sus actividades y obligaciones propias.

Rosemary sabía con mucha anticipación que nadie la suplantaría; de hecho, había implementado la jugada con el fin de que Elvira por fin

comenzara a hacerse cargo de su legado. La familia era pequeña y debía ser unida. Ella esperaba grandes cosas de su nieta predilecta. La lejanía en la que la habían criado, que la había hecho crecer a distancia suya, la había obligado a suplir su ausencia con visitas constantes a España o donde fuera que estuvieran trabajando sus padres. Por fortuna, la influencia de ese desdeñable yerno suyo, tan rebelde y poco avenido a reglas de etiqueta y normas, no habían opacado la inteligencia y buena disposición de su nieta. Esto lo consideraba clara herencia de su rama de la familia, los Kent.

La condesa adoraba a su hija Isabel, con el cariño lógico y natural que cualquier madre tiene por sus hijos, aun cuando reconocía lo lábil de su carácter influenciado. Esto se había hecho más que evidente en el amor que le profesaba a Federico Gamboa, hombre que se había cruzado en su camino y la había engatusado con facilidad. Durante años despotricó contra ese viaje de Isabel a Escocia, casi única expresión de rebeldía de su hija que la conectó con ese español explosivo y carismático, y por qué no decirlo, tan buen mozo.

Había perdido influencia sobre su hija a partir de ese momento. Esta abandonó su siempre racional actitud y se negó a regresar y abandonar al hombre, al que siguió como un cordero hasta su lugar de origen. No sabía si agradecer o no que él la hubiese aceptado a su lado; no hacerlo hubiese roto el frágil corazón de Isabel, mas al hacerlo fue perderla de la vida familiar.

Rosemary pensó durante muchos años que él era un simple advenedizo en busca de hacerse de dinero fácil y posición al lado de una descendiente noble, pero la independencia del hombre, su indiferencia y el hecho de que jamás le pidieron nada la fue convenciendo a lo largo de los años que él realmente amaba a su hija y posteriormente a su nieta. No tenía reparos en admitirlo ahora, por más que era bien claro que la antipatía era mutua.

Él no se cansaba de hacerle llegar indirectas, dar resoplidos, hacer malos

gestos y adoptar caprichosas actitudes cada vez que su suegra los visitaba y se dignaba durante algunas semanas a sufrir la falta de comodidades y atenciones. Pero ella no desistió, poco le importaban los pensamientos de ese troglodita y durante años regó la vida de su nieta de gestos y detalles, en forma personal o la distancia. Para su desilusión, él jamás aceptó visitar la antigua mansión de su mujer y ella, Isabel, no tuvo más idea que acompañar su deseo, como si desconociera la que había sido durante más de dos décadas su hogar y su refugio.

La gran Condesa tragó su orgullo en pos de la unidad y el bien familiar. Y aquí estaba la cosecha hoy: Elvira era una joven activa, inteligente, compenetrada en sus labores, con intereses variados, fina y bella, que además la adoraba. Por supuesto que el cariño era mutuo.

La decisión de pedirle que fuera su portavoz en esa misión en la que tanto se jugaba la familia fue toda suya, incluso en contra de la opinión de su hijo Travis, heredero del título nobiliario que la familia ostentaba hacía más de doscientos años. Recordaba punto por punto la conversación en la que él le había expresado sus dudas, cosa que no sucedía de habitual, pues él confiaba en su criterio.

—¿Estás loca, madre? Esta no es una tarea para una niña, nos jugamos muchas cosas, si la historia es como dicen...

—¿Aún crees que nada de eso existió, mi querido? Tan incrédulo como tu padre y por eso es necesario que la rama femenina esté siempre atenta. ¡Todos los Condes de Bedford han sido iguales, displicentes y confiados, creyendo que el título nobiliario que tanto les enorgullece se les concedió de aquí a la eternidad! Desconocen los pormenores de su origen, los intereses y ambiciones que lo rodean y a aquellos que harían lo que fuera con tal de obtener la riqueza y posición que este implica—le rezongó algo fastidiada.

—Esa es una historia tan vieja, madre, que siempre me pareció extraída de alguna leyenda local.

—Eso es porque tú lees muy poco, hijo—aprovechó a decirle—. No te has sumergido en las cartas y en los diarios familiares, esos en los que me he imbuido y que me hacen tener clara noción de que en el pasado se tejió una trama de amor, traiciones y desgracias que a la larga beneficiaron a nuestra rama familiar, pero nos generaron enemigos de cuidado.

—Como sea, madre, reconozco tu inteligencia y perspicacia, de ahí que haya aceptado esa loca aventura de la inversión en algo que puede ser una quimera.

—Ya me darás la razón, hijo. Lo único que podemos pedir ahora es que la tarea de rescate sea rápida, que no levante sospechas de ningún tipo y que lo que sea recuperado sea a nuestro favor y podamos de esa manera cerrar para siempre esa historia, y esos grises que suelen asustar a nuestro linaje.

—Te confieso que no avizoro de qué forma unas joyas antiguas, que deben haber sucumbido hace décadas, pueden sernos útiles. Mas no digo más. Solo que hubiera preferido que fuera alguno de nuestros hombres de confianza a nivel de números o incluso algún representante local el que controlara a ese buscador de tesoros. Vuelvo a repetir que no confío en Elvira, por más inteligente y astuta que creas que sea, no sabe nada de la ambición humana y les será muy fácil engañarla.

—Te equivocas, esa muchacha, tu sobrina por si lo olvidas, tiene nuestros genes. Es decidida, osada y no dudará en frenar lo que sea que no le parezca conveniente. Me profesa además un cariño especial y nada que me perjudique será permitido.

—No digo que no sea confiable, madre. Digo que es joven e inexpiente

para enfrentar a hombres que están acostumbrados a las trampas y subterfugios.

—Ella estará ahí para observar, controlar y darnos detalles. De haber algo que frenar, enviaremos otro tipo de personas. Es nuestra sangre y no puede haber nada de más de confianza que eso. Ella no sabe toda la verdad o todas las razones, apenas lo suficiente, para protegerla.

—Eso temía, que le hubieras contado toda la historia. Me alivia saber que no. Será nuestra sangre, pero también la de ese inútil de Gamboa—. Su hijo detestaba la liberalidad y autonomía de su cuñado—. Ese soñador hippie tendría mucho que decir y no precisamente a nuestro favor si se enterara de la verdad.

—Coincido en tu lectura de Federico. Pero confío más en Elvira y su buen criterio.

—Ojalá sea así, madre. Ojalá. Pero si en dos semanas no tenemos noticias favorables, procederemos de otra forma, eso sí te lo digo. No vamos a perder recursos inútilmente, en una empresa que puede llegar a ser simplemente un sueño. ¿Quién dice que los objetos que deseas no estén destruidos o sean tan inaccesibles que permanezcan en el fondo del mar para siempre?

—Eso es lo que tenemos que comprobar, es lo que nos dará tranquilidad absoluta. He verificado mucho acerca de la conservación de las joyas en baúles lacrados de madera, cómo eran los de ese momento. Es muy factible que, si estaban envueltos en buenos arcones, de madera dura, además de cueros, las joyas puedan haber sobrevivido. No perdemos más que un poco de dinero y ganamos en tranquilidad.

Había pasado un mes de esa conversación, y las cosas habían comenzado a rodar. De alguna manera coincidía con el fastidio de su hijo por la situación.

Era inconcebible qué más de ciento sesenta años después del torpe comportamiento de aquel cuarto Conde de Bedford tuvieran que preocuparse por recuperar elementos del pasado. No pretendía maldecirlo, recordaba qué había leído que había sido un hombre de bien. Sin embargo, ellos no estarían aquí y ahora en esa posición de no ser por su torpeza y su comportamiento. “En realidad”, sopesó tratando de ser justa, “directamente no estaríamos aquí”.

El infausto amor de Roger Bedford por una noble escocesa venida a menos, romance escondido y vivido a fuego durante meses, había dado como resultado el embarazo de la mujer y la intención del honorable Conde de resarcirla a través de un comportamiento caballeroso, pero tonto desde el punto de vista de la sociedad en la que habitaba. Esa decisión había precipitado la ira y maquinaciones de sus primos, que se consideraban en la segunda línea para el título y veía en ese amor el pretexto para demostrar la irresponsabilidad y pocos valores del Conde. Esa acusación, en una época donde los comportamientos se empezaban a evaluar con la lupa moralista de la reina Victoria, podía ser motivo de cambio en la línea de sucesión del título. Incluso podía ocasionar que la familia lo perdiera. La trágica historia había llevado a la muerte temprana de una mujer joven y la tristeza infinita del Conde. Esa era apenas parte de la historia.

SIETE.

Londres, 1843.

La joven que escondía sus rizos rojizos y su rostro bajo un sombrero, se arrebujó en su capa de lana, procurando evitar que el frío intenso de la tarde se conjugara con el que sentía en su interior, tan intenso que parecía aplastar su corazón. La congoja cerraba su garganta y las lágrimas empujaban en sus ojos. Sentada en un banco de madera en el jardín de la pequeña casa de campo, hacía caso omiso a las advertencias de su antigua nana, que procuraba evitar que su niña se enfermara y con ello se resintiera la posibilidad de amamantar al pequeño que dormía en la cesta.

Ella penaba de amor, tan sencillo como eso. Hacía casi tres meses que no veía a su amado y la perspectiva de hacerlo pronto era ínfima. Tal vez fue la angustia lo que hizo que el parto se adelantara dos meses o el deseo de vivir de la criatura que veía que su progenitora apenas se alimentaba. La cuestión es que la que sollozaba en soledad era la secreta esposa del conde de Bedford, condición adquirida tras una boda apurada y que apenas había tenido testigos, aunque tenía todo el valor legal necesario.

A ese instante de pura felicidad que ambos habían sentido, siguieron apurados trámites para su retirada a las zonas rurales, donde permanecería hasta dar a luz, lejos de las tramas del poder que enredaban a su amado. Intrigas políticas de familiares que buscaban quitarle su título y su lugar en el Parlamento, manejos en los cuales una relación clandestina como la de ellos serían alimento fundamental.

Él le había prometido que todo se arreglaría y que, ante la inevitable realidad consumada del matrimonio y el niño nacido, no habría rumores que no callaran ni tramas que no finalizaran. Pero ella tenía miedo. Las últimas misivas que había recibido le habían parecido frías y corteses, casi como si no la conociera, casi como si no fueran parte de la misma familia, casi como si no se hubieran amado. ¿Sería que la distancia había transformado a aquel hombre amable y dulce que la había cortejado y le había hecho conocer las mieles del romance y la pasión y había sembrado en su barriga la semilla de su estirpe, de la que tanto se había enorgullecido el comienzo?

Solo había sido el inicio de sus penurias y desventuras. Jamás pensó que el amor pudiera ser tan castigado, que el querer implicara tantos odios, que las ambiciones pudieran mover tanto. Ella no se fijó en el título ni en el dinero cuando se enamoró de él. Era un Conde y además la personificación de quién habían esperado durante tantos años. Se dejó seducir por sus palabras almibaradas y perdió poco a poco los límites que imponen la razón y las convenciones sociales.

Su propia familia era de origen noble en Escocia, aunque las vicisitudes de la religión y el control inglés la habían ido alejando de la Corte y sus vaivenes, aun cuando todavía perdurara en los círculos sociales. Así lo había conocido, en una de esas tantas tardes de té y esas noches de encuentros y de bailes de sociabilidad. Ella tenía sus pretendientes, vaya si los tenía. Era una mujer bella, de rasgos finos que traslucía en el tinte castaño colorado de sus cabellos, patente de sus orígenes en las tierras altas escocesas.

Todo había dejado atrás por abandonarse a la pasión de sus brazos. Y él se debatía por resistir los embates de su familia ortodoxa, que marcaba y pautaba las uniones familiares y casamenteras priorizando las relaciones entre la pretendida clase superior. Era claro que para ellos era un estorbo y jamás la

aceptarían.

Por ello su alegría fue tan intensa cuando él tomó la decisión de hacerla su esposa. Estaba encinta y el escarnio social parecía inevitable, pero él se comportó con honor. ¿Sería solo eso? ¿Dónde quedaba el amor? Luego de la boda, vivieron días de ternura, mas él se tuvo que ir y la dejó en una villa de campo en Bedford, donde ella había enflaquecido a la espera de su regreso. Sola como estaba, eligió retirarse a sus orígenes, a las tierras de Escocia. Allí había parido, en soledad, con dolor y alegría. No le había querido avisar. Decidió esperar a ver qué ocurría y proteger a su niño.

Elevó la barbilla con orgullo y las lágrimas que cruzaban sus mejillas fueron enjugadas con furia. No importaba qué pasara con ella, que la denostaran y arrastraran su nombre por el fango. Su hijo era lo importante. La decisión que había tomado era en su nombre, para evitarle cualquier pesar o desastre. Él era inocente y había venido a este mundo por sus acciones, brindándole con ello el amor más puro que había conocido jamás. Debía dejarlo aquí, al amparo de los suyos, donde estaría siempre protegido. Y regresar a esperar donde su amado la había alojado, dándole los últimos dos meses de gracia para que volviera a ella.

Tan dura como necesaria era su decisión. Se incorporó del banco y se dirigió al interior de la modesta vivienda, donde procedió a preparar sus cosas y llenó de consejos y advertencias a la mujer que cuidaría a su niño. La despedida de su bebé fue angustiada, pero era por poco tiempo. Tanto si volvía sola a quedarse con él para siempre allí o si retornaba como la triunfante Condesa de Bedford a llevarlo con su padre, a lo sumo serían semanas. No hubo necesidad de pedir que lo mimaran, sabía que lo harían como había sido con ella. Eso tranquilizaba su espíritu.

El traqueteo del vehículo que la transportaba de vuelta al condado de

Bedford, una sección lejana de él, la dejó agotada por días. Al menos no tenía quejas por el trato, la servían y atendían con esmero, como correspondía a las órdenes que se les había suministrado con claridad por el mismísimo Conde, amén del voto de silencio que les había sido solicitado.

Allí vio transcurrir los días. La soledad le pasaba factura y envenenaba su mente de posibilidades, trampas y desamores, instándola un instante a permanecer a la espera, otro a volver con los suyos. Un mes estuvo en esa situación. Solo las largas caminatas y sus bordados, así como la lectura, le hicieron más corto el proceso. Una mañana sintió el galope y corrió a la puerta, para encontrar en el jardín que un noble mozo desmontaba. Por un instante creyó que podría ser su amado, pero vana esperanza.

Él se acercó con respeto y quitó su sombrero. Era joven y buen mozo y ella recordaba haberlo visto junto Roger.

—Milady. Traigo novedades y noticias del Conde.

Lo hizo pasar con urgencia y solicitó atendieran su caballo y trajeran té. Sus manos temblaban cuando se acercó y se sentó en el sillón al frente.

—Dígame usted, ¿cuál es ese mensaje que me trae?

—Señora, le entrego esta misiva, de puño y letra de Roger Kent. Tengo también instrucciones, que cumpliré luego que usted lea la misma.

Le tendió un sobre que tenía el sello del Conde. Se retiró hacia una ventana donde abrió con expectativa para encontrar una misiva breve, pero de tal intensidad que la atravesó:

“Mi querida Kate, esposa mía:

Han sido meses muy duros, qué contarte a ti que los has padecido. Solo puedo agradecerte el amor y la paciencia, más aún en tu estado. Debo decir

que las cosas no han mejorado y mi temor por ti se hace mayor. Es por ello que debo pedirte que confíes en mi enviado para que te guíe. Él te llevará a puerto y con él te embarcarás a Francia. Sé que sonará alocado e imprevisto, pero es la única solución que encuentro. Allí, en tierra neutral y bajo la protección de mis amistades, podrás dar a luz tranquila y esperar mi llegada.

Este no es el adiós, mi vida, es apenas un hasta luego. No he podido más que fingir que no te quiero a mi lado. Las presiones son terribles, se juegan ambiciones cruzadas en mi familia y sabes que el título está en juego. Mis primos sólo esperan un paso en falso para que la rama materna pierda el mismo. Pero esto se resolverá pronto, cuando pueda hablar con la Reina y suplicar su merced.

Mi fiel sirviente te guiará y ese medallón que te envío es la confirmación de mi amor y que tú eres la elegida. Cuida esa joya así como el anillo que selló nuestra unión. Han estado en la familia desde que nos fue concedido el título y quién lo tiene, confirma la continuidad del legado. Más que nunca extraño tu presencia a mi lado y anhelo conocer a ese hijo, que seguro nos hará feliz y zanjará cualquier cuestión. Confío que no pasará más de unos meses para que así sea.

Roger”

Se sentó pesadamente en la butaca. Las palabras destilaban amor, mas el pedido era extremo. Irse, dejar el país, hasta quien sabe cuándo. Y entonces dejar su bebé. Tenía que decirle que ya había nacido, seguro las cosas cambiarían. Pronto razonó que solo lo expondría a esos enemigos que él mencionaba. Por donde la sopesara, la situación era complicada. Miró al hombre que esperaba, sentado con gallardía en el otro lado y fingiendo no ver nada. Tomó aire y se acercó.

—Tiene algo para mí—le dijo con brevedad.

Él asintió y sacó un pequeño bulto de su morral, que al abrir mostró un cofre, que le tendió para retirarse luego con prudencia, mientras ella habría el pequeño cerrojo y su corazón se conmovía al encontrar en el interior un pequeño retrato suyo. Ese era el medallón que Roger tanto había halagado, esa joya que teóricamente sólo se transmitía a aquellos que formaban parte de la familia. No podía ser sino la confirmación de su compromiso con ella, contra viento y marea. Se sintió mal por haber desconfiado y creído en su abandono. Después de todo eran esposos. Haría lo que él le pedía. Serían meses de dolor y angustia, pero no tenía opciones. Todo iría mejor con el tiempo, se dijo con fervor. Alistaría todo para el viaje.

OCHO.

Rocha, Uruguay, 2017

Sebastián se había mostrado más abierto y agradable, pero con rapidez había vuelto a su rol de antipático. Sea lo que fuere que pensara de este hombre, estaba ahora encargada de una tarea a su lado y debía atenerse a sus reglas, no importaba cuán locas o tontas le parecieran. Había que cumplir los objetivos planteados en el contrato y nada podría decir.

A excepción, claro, que se pasara de la raya. Ahí sí vería entonces quién era ella y todo su carácter. Era muy consciente de sus defectos y sus virtudes y el mal temperamento podía estar entre los primeros, aunque la excusa que siempre la salvaba era que los motivos que la enrabiaban eran malos entendidos o acciones guiadas por la mala fe.

Lo miró otra vez, dispuesta ahora a ignorar cualquier sarcasmo o tonteras y decidió ir por la parte profesional.

—Me interesa saber cada uno de los detalles del proyecto que llevas adelante. Espero que ambos estemos de acuerdo en esto y decidas dejar a un lado tu parquedad, al menos en lo que al trabajo se refiere.

—No tengas dudas que cualquier situación de incertidumbre que te acucie, la responderé con gusto. No tengo nada para esconder, soy muy claro en mis acuerdos.

—Muy bien.

—Sólo te pido una vez más que esa curiosidad tuya no implique que estorbes en las tareas. Estas implican concentración y mucha precisión

—Me interesa conocer la tripulación y el equipamiento, qué tal como consta en los recibos que me enviaste, son costosos y desconocidos para mí.

Notó que distendía el rostro y entendió que ese era el camino con él: hablar de cuestiones prácticas; eso era su elemento y se sentía cómodo. Un punto a su favor; comenzaba a entender cómo funcionaba su mente. Se sintió más segura mientras lo seguía. La condujo hacia la popa para mostrar el equipamiento.

—Estos instrumentos son muy costosos, como entenderás sólo los hemos alquilado a empresas más grandes que la nuestra.

Mientras hablaba acariciaba uno de los aparatos con una devoción difícil de entender en un hombre tan rudo.

—Y eso que estás tocando, por ejemplo, ¿qué es? ¿Qué función cumple?

—Cómo ves, tiene una serie de mangueras incorporadas—le señaló con arrogancia propia de un docente impaciente—. Es un sistema de absorción de los sedimentos, permite extraer el lodo y todos los elementos de desecho que cubren el barco o al menos la parte de este que nos interesa.

—Interesante. Pensé que solamente iban con palitas y movían lo que se les interponía.

Trataba de distender el ambiente, pero a ella misma le sonaron burlonas sus palabras. Él la miró con seriedad, como si en lo interno despotricara por su falta de seriedad.

—Estas son las cosas que me hacen creer que no entiendes nada lo que te enfrentas. No somos exploradores de playa que buscan conchas de mar.

—Está bien, está bien, me disculpo. No te enfades—levantó sus manos señalando otro de los aparatos—. ¿Qué es ese otro, a la izquierda? —musitó

buscando distraerlo para que se enfocara una vez.

—Esos son los sonares de barrido. Permiten fotografiar el suelo marino y por tanto tener una idea más clara de lo que se encuentra en el fondo. Es una de las herramientas que usé en principio y que me permitió guiarme hasta el lugar donde estaba el naufragio.

—Pensé que dijiste que era caro el alquiler—le sorprendía que contara con la máquina previo a los dineros de la ONG.

—Es uno de los aparatos que compré, el único, con el subsidio por el despido en la empresa que trabajaba anteriormente.

Su tono era escueto y algo cortante, lo que le hizo entender que no quería hablar de eso. Tal vez por ello le dio más curiosidad.

—¿Qué compañía era esa?

Sintió la mirada aviesa y acusadora sobre ella aun cuando se hizo la distraída. Le estaba empezando a agradar eso de pincharlo y ver como la molestia le crispaba la nariz y le hacía enarcar sus cejas.

—No quiero hablar de eso, no fue una buena experiencia.

—Pensé que dijiste que te encantaban el mar y las exploraciones.

—Es lo único que me encanta. Tratar con la gente, sus ambiciones y sus mentiras, no.

—Está bien, entiendo. No te pongas mal—era más que evidente que lo pasado había dejado una herida y tenía que ver con el trato personal. Tal vez eso justificaba en parte su acritud—. ¿Qué otra cosa tienes?

Él dio vuelta y caminó hacia otro de los artículos sobre cubierta, que estaba tapado con lonas. No pudo evitar que el ancho de su espalda y lo marcado de sus glúteos la hicieran tragar saliva. No era habitual en ella, pero

había algo poderoso y atrayente en ese hombre. Se fastidió consigo misma. “¿Que tienes, Elvira? ¿Te pasan factura tantas horas de vuelo o la falta de pareja? Estás en un destino paradisíaco, cambia tu habitual modo de encarar las cosas”. Se sabía demasiado severa consigo misma y ésta no era la ocasión en la que sería diferente.

—¿Vienes? —sintió que la llamaba y lo siguió—. Esto es un magnetómetro. Al lado tienes los dispositivos de iluminación submarina, los sistemas de cámara de vídeo están en esos maletines. Y aquí lo que más me enorgullece y me pone de buen humor, el equipo robótico de operación remota —su cara mostraba a las claras el gusto de un niño con un juguete predilecto.

—¿Qué es eso? —se sorprendió—. ¿Un robot?

—Fundamental en una tarea como la que encararemos. ¿Nunca te pusiste a pensar en lo difícil que puede ser moverse un barco de considerables dimensiones, incluso una parte de él? No podemos hacer todo a mano y pulmón humano; sería inabarcable y agotador. Meses de trabajo, todo lo cual puede ser compensado por estos aparatos. La tecnología del siglo XXI.

—Es que nunca me imaginé tanta máquina—dijo con sinceridad—. En mi mente eran los buzos moviendo objetos, tienes razón. Lamento si soy simplista.

—En cualquier mar, pero más aún en el Río de la Plata, esto es imprescindible. Piensa que estamos hablando de un mar con aguas mucho más oscuras, densas y difíciles de explorar que las del Caribe, por ejemplo.

—Sí, puedo verlo.

—Bucear aquí es como ir a tientes, por momentos es estar como ciego. Por lo tanto, los buzos y su ayuda acá arriba, en la nave, es fundamental. De ahí que la tripulación que he escogido sea la mejor y por ello se cotiza bien. La experiencia y la pericia se deben pagar. El equipamiento y en especial el robot

deben ser manejados con solvencia, y la información que se va obteniendo tiene que ser bien procesada. De alguna forma constituyen los ojos de los que vamos hacia el fondo—sostuvo.

—¿Tú te sumerges? —se sorprendió.

—Creo haberte dicho que era buzo.

—Sí, lo hiciste. Pero como eres el patrón pensé que dejarías la tarea para otros.

—De ningún modo. Amo la adrenalina de la búsqueda y la paz de las profundidades.

Su rostro se transformaba cuando miraba el mar. Esta era su pasión, ¿sería la única? Parecía un solitario. Y de acuerdo a sus estudios, las profesiones como esa, que no requerían tanto vínculo constante con los demás, eran propias de seres introvertidos.

—¿Por qué elegiste la búsqueda de ese barco? —le preguntó entonces.

—Ya te lo dije, me topé con él de casualidad, con su historia. Pero además es lo suficientemente pequeño como para no suscitar las ambiciones de las grandes empresas del ramo. Por tanto, es un proyecto abarcable para un emprendedor como yo.

Entendía eso, era práctico y consciente de sus limitaciones.

—Está bien— le comentó, procurando mostrar su empatía— comenzar con un proyecto modesto y...

—¿Modesto? ¿Eso es lo que opinas de esta tarea? — alzó altivo la nariz y entonces ella revoleó los ojos en señal de fastidio, que no pretendió esconder.

Era insoportable y difícil. Tan pronto parecía humano y cercano, como de repente decía algo que lo volvía a poner en su lugar de altanería. Entendía en

esos momentos la postura de su abuela, que solía comentar y sostener entre sus discursos habituales los modales poco adecuados y la falta de mundo de la gente de pocos recursos. Porque sin duda se veía que el origen de este hombre lo era, o eso suponía. Había algo sin pulir, aristas groseras, propias de quién no ha tenido un roce social adecuado.

De pronto, fue consciente del derrotero de sus ideas y le avergonzó encontrarse pensando de esta manera, pues si bien era la letanía común de su abuela y lo entendía dado a su posición social, ella se presumía liberal y anti prejuicios. Sabía que en eso se parecía más a su padre, que siempre desdeñaba la posición elitista de la Condesa de Bedford. La única explicación era que este hombre la sacaba y le hacía pensar y decir cosas que de ordinario no sostendría. Sin dudas eran esos problemas sin resolver que había dejado entrever los que lo hacían ir de una amabilidad corriente a una grosera contestación.

—Eres bastante difícil para dialogar— le dijo entonces mirándolo a los ojos.

Él elevó los hombros con condescendencia en un gesto que la enervó aún más.

—Es lo que hay. Me tendrás que tomar así.

—No tengo intención de tomarte de ninguna forma— sostuvo ella con altanería estudiada.

“Toma eso”, dijo mentalmente con júbilo al ver que él teñía sus mejillas de rubor y se avergonzaba, detalle que le encantó.

—Quiero conocer a la tripulación también.

—No me parece necesario, el que va a tratar con ellos soy yo y no quiero doble discurso o malas interpretaciones sobre el liderazgo.

—Está claro, cálmate, gran jefe. No tengo intenciones de involucrarme. Voy a estar aquí con ustedes varios días, me parece de orden que me presentes.

—Muy bien—gruñó mientras se ponía en movimiento.

El taconeo de ella detrás se escuchó por todo el barco y maldijo interiormente: los zapatos elegidos, que pensó adecuados y livianos, no cumplían los requerimientos aquí y la mirada torcida de él hacia los mismos se lo confirmó.

Llegaron al lugar donde los tres hombres estaban sentados, ordenando cuerdas y otros enseres. Se pusieron de pie de inmediato y sintió sus miradas evaluativas, a la vez que interrogantes. Era obvio que los habían estado observando, el barco no era tan grande.

—Señores, esta es la representante de la ONG que nos patrocina—obvió su nombre y pretendió seguir, pero ella interrumpió:

—Elvira Gamboa, mucho gusto. Los acompañaré mientras trabajan, no molestaré.

—Él es Paolo Montero—continuó él, cortando cualquier conato de diálogo al comenzar las presentaciones.

El mencionado era un hombre alto y muy flaco, de brazos largos y manos delicadas, con su cara muy blanca y salpicada de pecas, como correspondía un pelirrojo. El muchacho, pues no era más que eso, apenas sobrepasaría los veinte y tantos. Le sonrió con calidez y le tendió la mano de forma espontánea. Se ganó su simpatía y además le dio la bienvenida al barco, cosa que su capitán había dejado de lado.

—Paolo se encargará de los trabajos de inmersión a mi lado. A pesar de su juventud es un buzo profesional y muy requerido— dijo con seriedad Sebastián, tal vez por si ella dudara de la experiencia del joven. Ella sonrió y

asintió.

—Te gusta el mar— le comentó con una cálida sonrisa.

—Pues sí, señora. Apenas me enrolé en la Marina me asignaron esta tarea, la que desempeñé con mucho gusto. Luego pedí la baja, la disciplina era demasiada. Y aquí estoy ahora.

—Él es Mauro Márquez—continuó el capitán—. Es el encargado de manejar los sonares y las máquinas que acabas de ver. Su ayudante es Martín Estévanez.

Eran los dos hombres más opuestos que hubiera visto nunca. El primero, de estatura regular, cabello negro y algo largo que caía sobre uno de sus ojos, serio y algo desaliñado. No le gustó, tenía una mueca que pretendía ser sonrisa mas aparecía forzada y había un gesto casi subrepticio que le inspiró desconfianza. Se instó a no seguir sacando conclusiones apresuradas sin base alguna.

El segundo, por el otro lado, era un castaño muy guapo y encantador, con una sonrisa compradora y el gesto del que está acostumbrado a conquistar a todas. Fácil de interpretar, el típico galán, habituado a ganar con las damas. Fue el que extendió la mano y sostuvo la suya algunos segundos más de los necesarios, mientras con su mirada procuraba hacer su magia, esa que los distintos lugares de moda de cualquier ciudad sin duda arrasaba. Le sonrió de vuelta, no había misterio en él y la aburrían los hombres que hacían del amor un trofeo.

—Bien— sintió la voz ruda a su lado—. Si está satisfecha, puede quedarse en aquel rincón y dejarnos trabajar.

Había dejado de tutearla en presencia de los marinos y supuso que quería marcar distancia. Por Dios, parecía eternamente enojado. Se obligó a dobligar

el fastidio y tal como había prometido se quedó en uno de los rincones observando el trabajo. Luego de un tiempo comenzó a molestarle el rostro. Había olvidado la crema de protección y el sol y el viento empezaron a hacer de las suyas. Por la noche tendría la cara tirante como un cuero, pero ni se le ocurría pedirle a ese energúmeno siquiera agua. Debería proveerse mejor la jornada próxima.

NUEVE.

Sebastián no estaba de buen humor y era extraño, considerando que la aventura que tantos meses lo había tenido en vilo por fin comenzaba. Tanto buscar e investigar, comprometiendo sus ahorros y sus sueños al fin se concretaban. Todo se estaba dando tal cual lo había planeado, sólo esperaba que el resultado fuera igual a lo que imaginaba. De ser así, sanearía su vapuleada economía y pondría su empresa y su barco a salvo, propiciando nuevas aventuras como esta. Era menester trabajar y obtener réditos para su propia satisfacción y la de la empresa patrocinante, de la cual esa mujer era una muestra bien interesante.

Le llamaba la atención no sólo por su belleza. Esta era evidente y comenzaba a ser un distractor. El tonto de Paolo no dejaba de mirarla a hurtadillas y el eterno galán que era Martín, se pavoneaba en la cubierta atendiendo más a la testigo que a las máquinas que le involucraban.

—Señores—dijo con acidez y en tono algo despótico llamando la atención—. Están laburando cómo chicas, vamos a poner ritmo y a dejar los aparatos en marcha. Mañana comenzaremos a trabajar de firme, a buscar las pistas y establecer el área de trabajo y es imprescindible que lo hagamos desde las primeras horas.

— Así será, capitán—contestó Mauro con tono cuasi militar, cuadrándose en un gesto algo cómico que lo molestó.

—No me llames así—casi ladró.

—¿Por qué no? Acéptalo, ese es tu tratamiento ahora.

Tenía razón, por supuesto, pero sentía que le quedaba grande ese puesto. No quería ostentarlo entre aquellos que habían sido sus colegas y compañeros en otras aventuras. Dos horas intensas de movimiento de aparatos, mediciones y pruebas permitieron tener todo listo casi al caer el sol de una tarde espectacular. “Mañana”, pensó, “mañana comienza todo”. Miró a su costado y vio la cara aburrida y colorada de Elvira. “Típico de principiantes, no se ha puesto nada, ni una crema de protección solar”. Caminó hasta ella.

—Además de comprarte mejores zapatos vas a tener que untarte con protección solar—le espetó y ella lo miró como si supiera todo de memoria y no necesitara ninguna ayuda.

—Claro, lo tendré en cuenta.

“Petulante” pensaron ambos al unísono mientras sus ojos se taladraban.

—Esto va a ser divertido— señaló más lejos Mauro, en voz baja para los demás—Nuestro amigo no está acostumbrado a lidiar con mujeres importantes, y menos aún en un barco. Con el estrés que tiene encima, puede ser una bomba de tiempo.

—Ella es súper agradable—señaló Paolo.

—Es un bombón, está claro. Me encargaré de que se sienta cómoda y a gusto en este lugar—agregó Martín.

—Tú no harás nada si no quieres que Sebastián se enfurezca contigo. Concéntrate en el trabajo, sabes lo obsesivo que puede ser.

—Demasiado, no se divierte.

—Vamos, amigos, sabemos las dificultades por las que atraviesa. Se juega mucho en este emprendimiento. Hay que agradecer que nos haya llamado y nos proporcione trabajo— señaló Paolo.

El otro asintió pero Martín lo miró con cierta sorna.

—Lo de amigos está por verse. Y si no nos contrataba él, lo haría alguien más. Saben que hay mucha demanda para el trabajo profesional.

—Pues qué raro que no has conseguido otro mejor entonces— dijo el pelirrojo fingiendo inocencia, pues también tenía su veta irónica.

—Señores—se acercó Sebastián entonces, interrumpiendo chanzas—. Hemos hecho suficiente por hoy, todo está listo. Les pido encarecidamente, nada de juergas esta noche. Los quiero a tiro, al alba. Comenzaremos y serán días muy intensos. Quiero aprovechar todo el sol que podamos. Cuanto más trabajemos, más próximo estaremos a nuestros objetivos.

—¿Cuántos días calculan que puede llevar esto? —se escuchó detrás la voz de Elvira.

—No le puedo garantizar nada. Todo depende del estado del barco, de lo sepultado que esté, de no tener dificultades técnicas, del clima, de los imponderables. Si tiene compromisos no le garantizo que podamos ajustarnos a ellos.

Ella resopló fastidiada ante la respuesta provocativa, pero se limitó a darle vuelta la cara y de no ser gestos que la delatarían como una chiquilla maleducada, le hubiera sacado la lengua o mostrado el dedo mayor.

±

Sebastián sabía que eran los nervios y la ansiedad de lo inminente lo que le quitaba el sueño. Estaba acercándose por fin a la meta y sentía que lo que estuviera por venir o lograr, era fruto de sus esfuerzos de años. Era consciente que debía dormir, descansar: enfrentarse al mar exigía todos los sentidos en alerta. Mas era inútil. Suspiró y se levantó para recorrer el espacio del ancho living y abrir la heladera para sacar un refresco que luego desechó. Mejor

agua.

Se sentó desordenadamente sobre el sofá y dejó que el silencio de la noche lo arrullara. Este lugar tenía bastante magia. A través del ventanal se veía el cielo estrellado y podía sentir el batir de las olas que golpeaban en la playa cercana. Había elegido quedarse en una cabaña amplia de un complejo hotelero mediano, y más que cubría sus necesidades. No era de lujos excesivos, pero sí cómoda y alejada lo suficiente de los emprendimientos turísticos de los cuales entraba y salía gente exultante de sus vacaciones.

No le molestaba la soledad, por el contrario, la consideraba su amiga. Pocas veces se detenía a pensar que no había nada que realmente lo atara a muchos seres humanos. Sus relaciones eran esporádicas y cuando las generaba, no profundizaba en ellas. El temor a la ruptura o la posibilidad de que le dijeran que no, lo contenía. Después de todo, la experiencia le mostraba que las pocas veces que había abierto su corazón, se lo habían machacado.

Luego pensaba que eran exageraciones y qué bien había contribuido él a las rupturas con su apatía y desinterés real, siempre corriendo hacia un objetivo y un sueño lejano, en pos de la aventura, en busca de un nuevo reto. Esas cosas se cobraban su precio y aquí estaba, solo, él y su alma. “No es poca cosa”, les dijo a las estrellas, “me tengo a mí mismo. Por lo menos aún me tengo a mí mismo, aún me reconozco con mis principios y defectos”.

Todo iba bien y nada lo arruinaría, ni siquiera esa impertinente mujer metida ahora en el medio. ¿Es que en esa organización no tenía a alguien más adecuado al lugar y el momento, alguien más experiente? Parecía fuera de lugar toda ella, con su ropita y zapatos altos al tono, al margen de las cuestiones más básicas del mar. ¿A quién se le ocurría estar en la cubierta de un barco sin una adecuada protección solar? Por Dios.

Por otro lado, y eso lo fastidiaba, lo vencía la curiosidad por saber más de

ella. Nada mejor que Internet, decidió. Después de todo, quién no estaba ahí no existía, ¿no es lo que dicen?, y él, estaba claro, dormiría poco esa noche. Mejor si encontraba algo para hacer.

—Veamos—susurró mientras tomaba su ordenador y tecleaba—. Elvira Gamboa.

Lo primero que le aparecieron fueron perfiles de Facebook, que desechó al instante. Había varias, era imposible saber y no iba a perder tiempo chequeando. Lo único que le importaba era ver qué relación o conexión tenía con la ONG, que intereses podían correr por debajo.

— Aquí estás — exclamó mientras miraba fotos de la galería del buscador, que eran más rápidas.

En algunas aparecía, como miembro de un comité académico, en otras como asistente de relaciones interpersonales de una empresa web. En otras, se anexaba su título de psicóloga.

—¡Mierda! —despotricó.

Lo único que le faltaba, una de esas analistas del comportamiento. Lo molestaba, mejor dicho, le enfermaban esos matasanos con intenciones de aclarar pensamientos que solamente uno mismo podía saber. Con razón lo miraba tan fijo y observaba cada uno de sus movimientos. Entonces aparecieron las fotos que más lo desconcertaron: pasándolo en grande en galas de la nobleza europea. Al parecer se codeaba con los grandes.

Pues que no creyera que eso le iba a traer ventajas. En su barco mandaba él y no había vínculos sociales que valieran. Bien era verdad que ella nada había dicho ni había realizado ostentación, eso era un punto a su favor. “Actuaré como siempre y nada me va a mover, ni que me analice ni que me ponga titulitos por delante”.

DIEZ.

En viaje por mar, 1843

La inquietud y la incertidumbre carcomían a Kate. Habían transcurrido tantos días sin novedades y sin que lo prometido apareciera ante sus ojos. Esa tierra a la que ya desea llegar, Francia, será su refugio mientras su Roger resuelve las situaciones que lo separan, aunque de seguro parecerá una bonita prisión. Se obliga a confiar en que él está en procura de encontrar una solución que por fin los vuelva familia, y que debe focalizarse en su hijo. Él es primero, lo es desde que lo sintió en su vientre y cuando lo acarició, hace ya tantos soles que le duele.

Pensar que ha dejado a su pequeño bebé prácticamente abandonado al nacer le provoca náuseas. “No le has dejado, esto es algo temporal y en pos de su seguridad”, se tranquiliza mientras boquea por aire. Sabe que está bien cuidado, que la nodriza daría su propia vida por él y lo mimaría tanto o más que ella. Ha creído necesario el sacrificio de la lejanía y de la distancia, incluso mantenerlo en secreto a su amado Roger, para preservarlo. Han sido ocho meses confusos, de idas y venidas. Solo la certeza de su maternidad la ha mantenido firme.

Sacude su cabeza y enjuaga sus lágrimas, a la par que mira por el ojo de buey. El viaje le sigue provocando mareos y malestares. Todo parece retrasarse, nada parece ajustarse a los tiempos prometidos. Ni siquiera su pequeño fue puntual.

Mira afuera otra vez y trata de recomponerse, consciente que el sacrificio

es necesario, que la espera sólo redundará en el triunfo de su amor. Y a la vez, la duda la consume. Su compañero de viaje y guía ha demostrado ser un baluarte y la ha acompañado en silencio, actuando como bastón. Agradece que Roger lo haya enviado para que la ayude en esas tierras de Francia mientras espera las noticias del éxito. De seguro se encuentra ahora en el lugar que ha tomado cerca de la puerta de su camarote, como fiel centinela, cuidando y oteando el horizonte. Es un hombre difícil de desentrañar, parco pero amable y no ha descuidado detalle.

El frufú de sus enaguas y el taconeo nervioso la lleva hasta su tesoro, ese pequeño cofre testimonio del amor y del compromiso de su Roger. Y nuevamente la vida vuelve a sus pupilas al pensar que los escollos solo tienen por fin estar juntos. Acaricia el hermoso zafiro que destaca en el pesado medallón. No le importa su valor, lo que interesa es el compromiso que representa. Luego vuelve a sentirse ansiosa.

No sabe nada del mar ni de navegación, tiene claro que los vientos y la naturaleza juegan un papel fundamental en el viaje por mar. Mas necesita saber si falta mucho, desea estar segura en tierra, que aún desconocida será firme y podrá respirar el ansiado aire fresco. El mundo tambalea desde que se embarcó.

Recoge su larga cabellera y la esconde debajo de un manto con el que se envuelve para salir a cubierta. No lo hace de habitual, le disgustan las miradas lascivas que percibe aún a pesar de que el firme capitán reprime cualquier inconveniencia surgida de los toscos marineros. Está decidida a tomar el toro por las astas y conocer de primera mano cuánto falta.

El hombre se encuentra en su lugar, al lado del timón, con la mirada fija en el horizonte y si bien duda si ir a él o no, la ansiedad la empuja.

—¿Capitán? —le inquiere con timidez impropia de su naturaleza.

Lo regio del hombre y de su porte le imponen.

—¿Milady?

La mira con sorpresa e incómodo de encontrarla en un lugar fuera del reducto que debería ser el camarote. De todas maneras, se quita el sombrero y hace una reverencia. No ha olvidado los modales y sabe cómo comportarse frente a una dama. Una de indudable belleza, aunque cierta sombra en su rostro le quite brillo a la mirada.

—Capitán, estoy algo inquieta. Pensé que el viaje tomaría menos tiempo.

—Es habitual que la gente no acostumbrada al mar y a las travesías de los barcos, tenga esa sensación. Despreocúpese, todo va bien. Los vientos nos acompañan.

—Ha dado usted en el clavo con lo de la inexperiencia marinera. El bamboleo constante de la embarcación no me sienta bien. Había pensado que Francia se encontraba más cerca. Así me lo habían dicho, al menos.

La mirada de extrañeza y las cejas enarcadas del hombre le anunciaron lo peor, antes que sus palabras extrañadas la confrontaran

—¿Francia?

—Así es, claro. No recuerdo exactamente el puerto al que vamos, soy muy mala con los nombres.

—Señorita...—el desconcierto que continúa viendo en él hace que una sensación muy mala comience a gestarse en su estómago—. Este barco viaja a América y hemos cubierto buena parte del trayecto.

Si le hubiesen extraído toda la sangre en un instante no habría sentido el frío que se aposentó en su cuerpo.

—¿América? ¿América, dice usted? ¡Pero eso no es posible! Es un error,

es un error—grita ahora—. Mi prometido pagó para que me lleven a Francia y me irá a buscar allí cuando todos nuestros problemas se solucionen. Es el Conde de Bedford, es un hombre influyente. Si usted le dio su promesa y su palabra que me llevaría a puerto seguro y lo engañó, verá pronto las consecuencias

Lo había tomado de la camisa y lo sacudía con locura, a la par que lloraba. Él tomó sus antebrazos con dureza y lo obligó a mirarla.

—Milady—alzó la voz con toda la dignidad de la que fue capaz, conmocionado por esa explosión y sin entender nada—¿De qué promesa me habla usted? A mí se me pagó por llevarla sana y salva hasta el Río de la Plata. No pregunté por qué, ni me interesó. No conozco a ese Conde que menciona. Di por supuesto que todo estaba claro.

—Es un error—gritaba Kate—. Es evidente que nos hemos equivocado de barco. ¡Debe regresar!

La algarabía provocada era tal que había opacado los ruidos y labores de la nave; los hombres detenidos en sus funciones miraban la escena con curiosidad. El capitán reaccionó entonces con fuerza y gritó varias órdenes que obligaron a volver al trabajo, a la vez que se volvió hacia la mujer que se encontraba casi en estado de shock. Recién entonces arribó su acompañante que la tomó de la mano y trató de calmarla. Ella se sacudió como si fuera un áspid y le increpó ahora a él.

—El capitán me ha dicho que nos está llevando a América. Que le han pago para ello. ¿Usted lo sabe, está al tanto? Contésteme, dígame por favor que este es un gran error y que se equivocó de barco.

El capitán simplemente observaba y la cara del hombre se lo dijo todo. Esa pobre mujer había sido engañada, eso era evidente. Embarcada de la

manera más vil a un mundo que desconocía bajo una falsa promesa. ¡Quién sabe qué tramoyas, qué tribulaciones llevaban a este triste corolario! No podía menos que lamentar la situación y considerarse también utilizado. Se vio obligado a dejar clara su postura y sus acciones.

—Debe quedarle muy claro, Milady, que las tratativas del señor aquí presente fueron para llegar al Río de la Plata. Fue él quien vino a mí solicitando ayuda y traslado. Si hubo engaño, señorita, le corresponde a él hacerse cargo y desentrañarlo.

Entonces ella se precipitó sobre el presunto timador y con una fuerza impropia de una mujer, de seguro incitada por la furia y el dolor, lo golpeó con sus puños en el pecho hasta caer redonda, anonadada por el impacto de tener que asimilar un engaño tan atroz. El capitán la levantó con rapidez y la llevó en sus brazos, bajando las escaleras para acceder hasta su camarote, seguido muy de cerca por el hombre.

El principal de la nave estaba azorado y necesita, además de auxiliar a la joven, saber exactamente qué pasa. Es la autoridad allí y la situación se ha tornado muy grave. Debe controlarla a la vez que proteger a la más débil, no solo por su condición de mujer sino también por el engaño. Su espíritu algo tosco se siente además conmovido.

Ella reacciona al posarla en el lecho y se levanta de un salto, mirando hacia todos lados, tomando otra vez dimensión de su situación. Al percibir cerca a quien hasta hace pocos minutos consideraba su guía, enloquece y le grita:

—¡Quiero que te retires de mi camarote! Me has engañado. ¡Has engañado a Roger! Creí que eras mi protector, creí que estabas de nuestro lado. ¡Compruebo ahora qué eres mi enemigo! No te quiero ver, necesito estar sola.

La desesperación de sus gritos obligó a ambos hombres a salir y desistir de hacerla entrar en razones. Era necesario que procesara lo que estaba ocurriendo, dar instancia al pensamiento, que desahogara su furia, incredulidad y pesar a solas.

Apenas afuera del pequeño camarote, el capitán tomó al otro hombre por la chaqueta y lo elevó por los aires, enfurecido. Era inconcebible que él, un hombre de negocios, del mar, habituado a otro tipo de conflictos, estuviera atravesando por una situación de estas características. Debió haber hecho caso a su instinto y rechazar la propuesta que le hicieron a último minuto en el puerto de Inglaterra. Mas todo parecía sencillo, dinero fácil y bueno. Nada le hizo pensar que tanto drama podría esconderse en sus pasajeros. Y ahora la situación estallaba ante sus ojos.

—¡Por favor, déjeme explicar! —le suplicó el hombre.

Lo soltó con rabia y hasta con desprecio. Un hombre que engañaba de esa manera a una mujer, a una dama, no merecía más que desdén. Debía darle una explicación, una que verificara donde nacía la oscura trama.

—Dígame todo lo que sabe, no me oculte nada. Me ha hecho partícipe de su juego, uno que no entiendo y que es de una gravedad extrema.

—Sí, es verdad, mentí, mentí. La engañé en pos de su bien. Ella es una mujer obnubilada por el amor y no entiende que ha sido objeto de estafa moral. Lo que hice fue tratar de sacarla del nido de serpientes en el que estaba.

Él hablaba con ardor, defendiendo sus acciones con el convencimiento del que cree haber hecho el bien.

—¿De su bien, dice usted? ¡Esa mujer está desesperada! Ha roto usted su corazón y esperanzas, sin darle opción de elegir.

—Eso era inevitable, solo lo adelanté. Sus ilusiones estaban construidas sobre una burbuja, no quedaba más que se golpeará con la realidad. Su amor ciego y sordo por ese Conde, ese caballero arrogante como todos los de su clase, no le traería más que dolor y angustias. Me vi en la necesidad de tomar una decisión terrible, lo sé, pero lo he hecho por amor. Por el amor que siento hacia ella, sin esperanza, pero que me hace querer protegerla.

—Ha tomado usted una decisión que no le corresponde, por lo que puedo ver. ¿Con qué derecho?

—Si supiera el trasfondo de todo esto se daría cuenta de que lo que he realizado fue para su protección. No me juzgaría con tanta ligereza.

—Debo estar al tanto de todo. Exijo que se explique usted. Esto puede suscitar un escándalo internacional y puedo quedar en el medio. ¡Usted, con su engaño, me ha expuesto a que mi reputación quede en la nada, a que todos mis años de conducta ejemplar se vayan al lodo y a la posibilidad de ser acusado de la vil acción del rapto!

—Para nada quise eso. Ella es una dama pura, cuya única culpa ha sido caer en las garras de un hombre vil, al que entregó su cariño y amor. Un hombre con compromisos, que sabe perfectamente que su familia noble jamás aceptaría a una plebeya como ella. Le ha dado falsas esperanzas y expectativas, le ha hecho creer que la vida junto a ella es posible. Nada más falso. El Conde de Bedford, Roger Kent, hasta hace poco tiempo mi amigo admirado, ha confiado en mí para que la lleve a Francia. Le ha prometido que luego irá a buscarla, cuando todo se solucione. Mas, ¿qué solución puede haber? Sus relaciones, sus amistades, su propio título nobiliario sólo son posibles de mantener si los vínculos se dan entre los nobles. Al tiempo la olvidaría y ella perecería, y permanecería cual Penélope esperando a Ulises, en una eterna desesperanza.

El tono apasionado y duro con el que se expresaba era el de alguien que amaba y odiaba a la vez.

—Ha hecho usted suposiciones y ha tomado decisiones en base a sus propios sentimientos. ¡Ha quebrado la amistad que tenía con ese Conde al defraudarlo y ha roto la confianza que esta mujer depositó en usted!

—Todo parece gris ahora y el dolor es profundo. Asumo que durante un tiempo ella me verá como un maldito, como a un enemigo. Pero confío que con el tiempo llegará a la misma conclusión que yo y me agradecerá haberla salvado del oprobio.

—¡Discrepo absolutamente con su acción! Impropia de un caballero, de un hombre de bien. Si tenía esos temores y argumentos, debió haberlos expuestos ante los involucrados, con limpieza. Mas eligió engañar. Sus decisiones lo pintan de cuerpo y alma. ¡A partir de este momento, usted es un hombre no grato en esta nave! Le ordeno que permanezca en su camarote hasta el momento del arribo. No toleraré insubordinaciones ni tonterías y estará vigilado. ¡No tome mi palabra en vano! Mi total apoyo es para esa señora, que en este momento sufre lo indecible por su culpa.

Ordenó con aspereza a uno de los marineros cercanos que condujera al hombre hasta su lugar y volvió a la tarea. Todo era un enredo increíble, pero por fortuna en algunas semanas se resolvería. Llegarían al puerto de Montevideo en la región sur de América, él descargaría su mercadería y ofrecería a la mujer un lugar a la vuelta, si ella así lo disponía. Quería darle la oportunidad del regreso, hacerle ver que tenía una salida y que su pesar tenía solución. Le llevaría más tiempo del pensado, mas volvería a su país. Si el otro hombre se resistía, ya vería de dominarlo y entregarlo a las autoridades. Era lo que merecía un sinvergüenza de esa calaña.

ONCE.

Londres, 201

7

Sam O'Connell se acomodó en el sillón de cuero oscuro y saludó con un gesto de la cabeza al derrotado compañero de cartas que se retiraba cabizbajo. El club de caballeros estaba bastante concurrido a pesar de la hora temprana, situación que delataba a aquellos que tenían pocas responsabilidades a costas o muchos brazos a disposición.

Con un gesto de su dedo solicitó un nuevo whisky al encargado de la sala, un hombre casi invisible pero omnipresente que con la dignidad de un duque se lo alcanzó casi al instante. Observó con atención el líquido ambarino que tanto le gustaba, lo saboreó y pensó que, como siempre, estos ingleses sabían dónde y cómo conseguir buena mercadería. No se igualaba a uno de los excelentes escoceses, esos que él conoce bien, pero sin duda era muy bueno.

Sam es un hombre de mediana edad, al que la cintura engrosada por la buena vida de los últimos años y la calva incipiente hacen aparentar más de sus cincuenta y cinco. Tiene un gesto de inquietud, producto del nervio y ansiedad que le provoca estar inactivo o en un lugar donde no se siente cómodo del todo. Es el caso de este sitio, el más añejo y sofisticado lugar de sociabilidad de Londres, aún reducto exclusivo de hombres, a pesar que la igualdad de géneros ha hecho impacto en otros, que han abierto sus puertas a grandes empresarias.

Es difícil saber por qué insiste en concurrir a este lugar, sede del esnobismo de la rancia nobleza contra la que tanto despotricaba y la que tanto daño le hizo a su familia a lo largo de los siglos. Era probable que, en parte,

tuviera que ver con un sentido de logro, de trascendencia de la posición original que su familia ostentó durante décadas. Todo a su alrededor era muestra de poder y tradición: las maderas lustradas hasta brillar, las pinturas de artistas clásicos ingleses en las paredes que retrataban cacerías, fiestas mundanas, retratos de prohombres de la política y el quehacer social. Nada más lejos de su entorno propio.

Su mente discurrió por el pasado, como siempre que estaba aquí, pidiendo perdón a los ancestros por algo que podría catalogarse como altanería. En su justificación, se decía que la suya era también una actitud de búsqueda y espera, que apuntaba a resarcir la memoria de los suyos y a cobrar deudas que el pasado había dejado abiertas e impagas.

Chequeó su Rolex, otra de sus concesiones al lujo, esta por placer. Era la hora, sabía que en pocos minutos el Conde de Bedford estará aquí. “Ese hombre es tan predecible y exacto como un reloj”. Toda su arrogancia y charlatanería sosa lo era, aunque cualquiera con tino se cuidaría mucho de expresarlo, dada la posición de privilegio que ocupaba en la política.

En efecto, pocos minutos después Travis Kent ingresó y caminó por el recinto como si todo le perteneciera, hasta ubicarse en un sillón preferencial, reservado para los nobles. Cada uno de estos tontos tenía “su” lugar y en el club se preocupaban muy bien de cuidarlo y evitar las coincidencias incómodas. Si hubiera tanta sillas, sillones y butacas como Duques, Condes y Barones, sería imposible transitar por el ancho salón.

Observó al hombre ubicarse y no pudo evitar admirar su postura. Era alto y delgado, y se adivinaba fibroso debajo de sus elegante ropas. Vestido por alguno de los mejores sastres del país, impecable en su traje cruzado, con sus zapatos de cuero, su abrigo de la mejor lana de las tierras altas escocesas, que fue prolijamente sostenido y guardado por uno de los empleados de inmediato.

Todo lo denunciaba como un encumbrado, especialmente el tono de mando que no se eleva y apenas se mimetiza detrás de su sonrisa cortés. Inexpugnable, al parecer, sin fisuras.

Pero Sam O'Connell sabe que no lo es, conoce de primera mano las dificultades que han empezado a rondarlo. De hecho, él mismo ha contribuido a las mismas, se ha encargado de poner algunas trabas en los negocios del Conde. Incluso, con infinita paciencia y cuidado, ha logrado comprar varias de las más jugosas deudas de juego del noble, en teoría en manos de acreedores confiables. “No hay nadie menos confiable que un noble que desea recuperar su dinero. No hay nada que el dinero no compre, de hecho”, se decía, para luego realizar una inflexión con su propia familia. “La lealtad y el amor no se compran, pero poco saben estos hombres de eso”.

Opuesta a como se veía desde fuera, la economía de la familia Kent, otrora fuerte, tambaleaba bajo los efectos de una adicción que el orgulloso Conde no lograba controlar. Esta no era la primera falla en la línea de la familia noble, por supuesto. Toda compostura tiene su lugar de afloje, tal como solía decir Sam, “todo río tiene desagüe”. Pero era la primera vez en años de historia que la debilidad individual ponía en peligro una fortuna que databa de mucho. Ese hombre que leía ahora el periódico y que jamás lo había siquiera detectado, estaba en sus manos y no lo sabía.

El Conde no es una persona fácil y ningún burgués venido a más le interesa demasiado, de ahí que desconoce la figura vestida de negro y menos aún intuye lo que él está a punto de representar en su vida. Debajo de su tranquila apariencia, esa que Sam observa con falso desinterés, su mente calibra las dificultades del último tiempo. La empeñada actitud de su madre en gastar una parte de los recursos que le quedan en el rescate de ese barco hundido allá tan lejos ha quebrado el delicado equilibrio en el que se encuentran las

empresas. Vaya si trató de frenarla, pero el ímpetu de su progenitora es imposible de detener. Por otro lado, una actitud más enérgica de su parte habría levantado sospechas. Era raro, en realidad, que todavía no hubiera detectado lo que pasaba. Esto hablaba de la confianza que le tenía. Y la poca que merecía.

Si su madre supiera los desastres económicos que su conducción habían implicado para la familia no dudaría un minuto en hacerlo a un lado y tomar el control de las empresas y los ingresos que tenían por rentas de casas y tierras en el condado que les daba el título. Suspiró para sí y procuró que el líquido fuerte quemara su garganta y lo trajera a la realidad actual. El ambiente de tranquilidad del club lo distendía y le daba perspectiva.

“No hay nada que no tenga solución en este mundo de los negocios” se tranquiliza, “nada que un buen equilibrista no pueda sortear”. Y él se consideraba de los buenos; lo había hecho durante años. Tal vez por eso su condición se había profundizado y no reconocía los límites que la lógica impone. Apostar era una pulsión que no lograba controlar, casi como una droga que lo extasiaba y le hacía profundizar las apuestas, sucumbir ante la adrenalina y la embriaguez que le provoca el juego.

Sus fuentes de financiamiento habitual estaban algo saturadas, eso era todo. Solo debía considerar que existían otras opciones que aún no exploraba, que tal vez no haría en momentos de mayor tranquilidad o estabilidad. Detestaba la idea de tener que recurrir a esos toscos prestamistas, esas larvas que se alimentaban del pesar ajeno, mas no existía otra posibilidad de momento. “Solo será algo temporal. Ni bien recupere todo, lo devuelvo junto y ya. Tal vez incluso esa movida de mamá implique buenos réditos y traiga la buena suerte otra vez a la familia”.

Mira en derredor, buscando la figura que le habían recomendado. Debía

ser el hombre sentado cerca de la ventana que permitía entrar el sol a raudales. Vestido de negro, más parecía un cuervo. Los pocos cabellos colorados le indicaron su ascendencia. “¡Maldición! No solo un vil prestamista, además escocés. Este club se va al carajo” despotricó mentalmente. Hizo un gesto discreto y de inmediato el director de sala estuvo a su lado, recibiendo su solicitud y asintiendo. Lo vio alejarse y fingió indiferencia, saludando aquí y allá a los caballeros que empezaban a llegar.

—Señor... Conde...

Miró al empleado, que se notaba algo cortado.

—¿Sí?

—El señor O’Connell agradece la invitación. Dice estar muy cómodo donde está como para moverse y le invita a usted a aproximarse.

“¡Inaudito!” piensa con cólera creciente, la siente llegar a raudales por su garganta. “Es increíble, acabo de hacerle una concesión. ¿Qué se puede esperar de un plebeyo escocés más que rebeldía?” A pesar de la furia por el desaire, sonrío con comprensión y con su flema habitual comenta:

—No te preocupes—despidió con calma al hombre que lo atendía hacía tantos años y que con toda seguridad jamás había observado un desplante de estas características.

Es un club de señores, educados y de clase. Los odios y rencores más hondos se planteaban de manera solapada. Se guardaban las formas. Pedirle eso a alguien que era un probable advenedizo en el mundo de las altas esferas, era una quimera. Y como sea, lo necesitaba, se reprocha. Dejó transcurrir el tiempo mientras calculaba el próximo paso, pendiente del hacer del otro. Al cabo de una hora de falsa lectura, bebida y disfrute, dobló con parsimonia su periódico y se levantó, dirigiéndose a James Percival, con el cual intercambió

dos o tres chanzas sobre los resultados de la carrera de caballos pasada. Y luego se dirigió hacia su objetivo, considerando que al menos parte de su honor estaba salvado.

—¿Señor O'Connell?

El hombre levantó la vista y en apariencia se sorprendió de verlo ante sí. La verdad es que esperaba hace buen rato que el Conde se dignara a cambiar la dinámica que siempre envolvía sus relaciones. Meses de observación discreta le permitieron ver que prácticamente nunca se levantaba para iniciar un diálogo, sino que esperaba a los demás, casi como si de un rey se tratara.

—Conde Bedford—ahora sí se levanta y extiende la mano.

Es absurdo pretender que no lo conoce, es una figura de gran brillo y el empleado se lo señaló cuando le transmitió la invitación, como si eso fuera necesario. La recibió como un triunfo personal y enviar la respuesta que entiende debe haberle pegado en el hígado a ese hijo de perra pretencioso, le supo a gloria. Sin embargo, no quiere tentar a la suerte y hacer que recurra a otro. Sobran los genuflexos dispuestos a complacer a un noble, aun a uno cuasi arruinado como este.

—Un placer conocerlo. Por favor, siéntese—le indica el sillón a su lado.

—Gracias. Un maravilloso lugar para tomar el sol de la tarde.

—Sin dudas—contestó con una sonrisa algo tonta, comenzando a abonar el terreno de la confianza.

—¿Hace mucho que viene usted al club? Me disculpo si es así, recién hoy presté atención. Me gusta sociabilizar con los nuevos miembros, siempre se hace uno de nuevas ideas y conocimientos.

“Payaso, como si te importara algo más que tu tonto título y familia”,

pensó Sam mientras movía la cabeza como agradeciendo tamaño gesto de amabilidad de su parte.

—En verdad hace algunos meses que soy parte, pero no vengo a menudo. Mis negocios me sumergen mucho y viajo bastante.

—Interesante. ¿A qué se dedica, si se puede saber?

—Soy propietario de varias empresas, en general dedicadas a la producción y comercialización de buenas bebidas.

—¡No me diga que es usted quien nos provee de esos maravillosos licores que empalagan el paladar! —dijo con falsa algarabía el Conde, mientras pensaba que era probable que estuviera enfrente a un escocés productor de whisky con algo de iniciativa.

—No exactamente, pero debo decir que sus bebidas son de una calidad extraordinaria. Casi tan buenas como el whisky de mi familia, si me disculpa usted el orgullo.

—Claro, no olvidemos que es su fuerte.

—Uno de ellos—sonrió.

—Por supuesto. Buen negocio el de la bebida. ¿Es el único ramo en el que se mueve?

Averiguaba con moroso interés, tratando de rodear el asunto para poder llegar a él por casualidad.

—No, en realidad mis negocios son bastante variados. Tengo inversiones en el ramo de la construcción, los transportes y electrodomésticos—no mentía en esto—. Y siempre estoy a la búsqueda de algún área donde se pueda ganar. Sabe usted como es esto, capital que se queda quieto...

—No produce, sí señor, de acuerdo. Brindemos por eso.

Escanciaron dos vasos y los chocaron, mientras se medían.

—Tengo un amigo que está a la búsqueda de capitales para un proyecto. Puede ser una buena oportunidad—dijo como al pasar.

—¿En verdad? —Sam sonó enfático, para mostrar interés.

—Pues sí. El suyo es un interés científico, pero a la vez con altas probabilidades de rédito. No sé si será lo suyo, el riesgo—lo retaba con las palabras, buscando que sonaran a cebo.

—No hay ganancia sin peligro—contestó Sam con tranquilidad.

Le estaba sonando algo extraño y complicado el pedido que sabía se venía. El Conde necesitaba dinero como agua, lo tenía claro. ¿A qué venían esos rodeos? Ni para eso se bajaba del caballo.

—Está involucrado en el proceso de recuperación de un barco hundido lleno de tesoros. Un navío del siglo XIX que naufragó por el Río de la Plata. En realidad, mi amigo es un aventurero, pero no pierde pie en lo económico. Tiene ya el sostén de varios empresarios, yo entre ellos. Es que es algo casi seguro, lo ha estudiado bien y ha adelantado bastante.

Sam estaba desconcertado y cada vez más interesado. Para cualquier comerciante que se preciara, esto era de una ridiculez agobiante, pero no para él. De forma increíble y como si el mundo conspirara para beneficiarlo, el Conde pretendía enredarlo en un negociado que lo llevaba directo al pasado. Debía averiguar más.

—Es algo extraño. Un inglés interesado en tesoros hundidos. Negociantes detrás.

—No tan raro. La recuperación de un barco tiene mucho de inversión, pero no se hace sin seguridad de que existan réditos suficientes. Incluso luego de

dar el porcentaje correspondiente a los gobiernos, puede ser muy bueno. Entienda que mi amigo solo se interesa desde lo científico. Es un defensor del patrimonio submarino. Cada uno con sus locuras, ¿no cree?

—Sin duda. Sería más atractivo si la locación fuera el Caribe. He leído que hay muchos navíos de una riqueza sin igual allí.

—Pensé lo mismo y eso le manifesté. Él me dice que la falta de competencia es lo importante y en una escala más chica, los problemas son menores.

—Mmmm. ¿Y qué barco es ese? —esperaba la respuesta como si de aire se tratara.

—Nuestra Señora de algo. No lo registro bien, pero si le interesa, le puedo hacer llegar la información. Mi amigo estaría encantado y le garantizo que todos los involucrados confiamos en su instinto.

—Bien, me parece un asunto interesante—sacó su tarjeta de presentación, esa que tanto había evitado imprimir y que luego vio necesaria. Lo hacía ver más profesional—. Es factible que lo considere. Me gustan los barcos, pero poco sé de ellos. ¿Cuánto considera usted que puede ser una cifra que colabore?

—No tengo números claros en este momento. Lo consultaré y le hago saber —vaya si podía pensar en una cifra que lo sacara de aprietos inmediatos, pero iría con cautela—. Y con respecto a su desconocimiento del tema, le ofrezco encargarme personalmente de su inversión. Es algo que me gusta y entretiene.

—Será un placer. Mis papeles los suelo manejar personalmente, pero en este caso con gusto accederé a ceder la cifra necesaria para que usted la administre. Mis escribanos pueden redactar los documentos. Le agradezco y aprecio su interés.

Le daba herramientas para manejar el dinero, pero le recordaba que todo debía tener registro escrito.

—¡Excelente! Acuerdo de caballeros, entonces.

—Claro—extendió su mano para estrechar la del Conde, que se brindaba blanda y le desagradó de inmediato—. Apenas tenga los papeles con detalles, podremos pueden realizar los acuerdos.

Vio como el noble se retiraba, animado tal vez por la idea que lo había engañado y que había logrado quitarle un caramelo a un niño. No creía que lo fuera a esquilmar, pero sí que demoraría mucho en recuperar lo que “invertiría” en ese amigo que de seguro no existía. Y lo tendría agarrado de los testículos por otro lado, además de esas deudas antiguas que aquel creía olvidadas. Era gracioso, si se quiere. Casi una ingenuidad del Conde pensar que a los acreedores les importaba su figura. “Dinero, querido Conde, dinero. Eso es todo lo que importa”.

Lo que sí lo conmovió fue la mención de ese rescate. Había algo más que simple excusa o invención ahí, algo en relación a ese antiguo barco del que había escuchado hablar a sus abuelos y padre se gestaba. ¿Tal vez su venganza tardía tendría otro elemento para sumar? Que en el preciso momento que el Conde de Bedford se aproximaba a un O’Connell, más de ciento setenta años después de enviar a su antepasada a la muerte, ahora se volviera a hablar del barco que la había condenado, no podía ser más que una treta del destino.

DOCE.

Escocia, 1844.

Josh O'Connell se paseaba con impaciencia por el salón de medianas dimensiones y bien calefaccionado por el fuego que los generosos leños proporcionaban. Su pecho agitado por la respiración angustiada, las manos cruzadas en la espalda, la mirada atormentada. Tantos meses habían pasado y nada se sabía de su hija Kate. El clan todo estaba en alerta, pero la falta de noticias desesperaba a la familia.

No puede entender como su hija había actuado de manera tan desordenada y furtiva, sin confiar en él o su madre. Maldice la hora en la que aceptó la idea de dejarla ir hacia Inglaterra, maldice a los ingleses todos, cada vez que puede. Debió tener claro que algo le pasaría y le impresiona el silencio de los Salisbury, a los que creía de confianza. Ellos debieron ser el amparo y controlar a su niña. No ha habido siquiera una comunicación donde le plantearan que algo malo ocurría y eso lo desconcierta. No es normal, nada en esta situación lo es.

Miró al niño tambaleante que avanzaba por el piso de madera y luego se arrodillaba. Estaba practicando sus primeros pasitos. Sonríe. Es su nieto, la sangre de su Kate. Está sin madre, arrullado por el calor de los suyos, pero sin su progenitora, la que debería amamantarlo, protegerlo, criarlo. Había sido así desde su primer mes y ya suman once.

Puede entender que su niña confiara en la vieja nodriza, prácticamente una

segunda madre, que le confiara a su hijo. Él no le perdonaba a esa mujer que no haya dicho nada y que solo se acercara a ellos cuando las noticias de su niña desaparecieron. Era tarde para tomar las riendas. Vaya sorpresa la suya al encontrarse de golpe en su puerta con un bebé que lloraba y la noticia que era su nieto. ¿Cuándo había ocurrido todo eso? ¿Cómo había estado tan ciego, cómo había sido tan confiado? Ya no tenía sentido preguntarse todo eso. Estaban en la hora de la acción. De las respuestas necesarias.

El galope apresurado afuera y el siguiente abrir y cerrar la puerta de un golpe anunció la esperada llegada de sus hijos. Habían partido hacía semanas en busca de novedades, para saber de su hermana, para conocer sus pasos. Lo único que conocían a priori era que Kate había sido seducida y por lo que entendían, engañada por un hombre importante de la nobleza inglesa. La tonta de la nodriza ni siquiera recordaba bien su nombre. La nota que había recibido de Kate, escrita de forma apresurada, hablaba de que la esperara, que cuidara bien a su hijo que ella debía viajar a Francia por seguridad, pero que volvería. No lograban entender que podía hacer ella en ese país. Con qué sentido o con qué intenciones ir allí. No tenían ninguna familia allí, ningún contacto.

—Padre—señaló su hijo mayor, Derek—. Hemos viajado mucho y las noticias no son buenas.

El semblante de Ian también mostraba pesar y entonces temió lo peor. Su mujer, sentada en un costado al lado del fuego, se llevó las manos al pecho.

—Todo es muy enredado, muy retorcido—continuó—. Hemos recorrido todo lugar que supimos nuestra hermana estuvo. Por empezar, los Salisbury. Ellos lamentan profundamente lo que pasa, pero no pueden dar cuenta de mucho. Creían que Kate había vuelto con nosotros. Así se los manifestó ella misma hace algunos meses, que era requerida aquí, y les agradeció los cuidados en nuestro nombre y el suyo. Ellos lo consideraron repentino, aunque

no sospecharon nada extraño. La vieron feliz y decidida, agradecida con ellos.

La sorpresa fue evidente en la cara del patriarca. Su niña no era una mentirosa o una manipuladora. ¿A qué se debía todo eso?

—Por eso nunca habían comunicado nada, para esa familia las cosas habían seguido su curso. Lo que sí nos dijeron es que Kate se hizo muy amiga del Conde de Bedford, del noble Roger Kent. En confianza, Benjamín Salisbury me dijo que creía que él estaba enamorado de ella. No dejó de agasajarla y visitarla cada vez que pudo.

Un Conde inglés enredado en estos líos. Malditos nobles, esas ratas que no dudaban en tomar lo que quisieran como si todo les perteneciera. La ira comenzó a crecer en su interior.

—Sigue—ordenó.

—Visitamos el condado de Bedford y nos acercamos a la casa de campo, una mansión bien impresionante, padre. Tratamos de sonsacar información a alguno de los empleados y una mujer nos contó que el Conde tenía varias propiedades. Las recorrimos todas y en una, la más alejada, conversamos con un jardinero. Este nos confirmó que Kate había estado ahí, aunque se había marchado hacía buen tiempo, acompañada de un hombre, uno que era parte de los empleados del Conde en Londres. Ese jardinero conocía bien a ese muchacho y al saludarlo le comentó que venía a buscar a la mujer para llevarla en un viaje, cómo se lo había solicitado el Conde. Al parecer, le mencionó el Río de la Plata o algo similar, no estaba muy seguro. Sin embargo, nos acotó que, al otro día, cuando se iban en el carruaje escuchó que el hombre le decía a Kate algo de Francia. Lo cierto que era un viaje por mar. Eso lo confundió, pero no le dio mayor importancia. No conocía ninguno de los dos lugares.

—Las fechas aproximadas que nos citó nos sirvieron, padre— señaló Ian —. Fuimos al puerto de Liverpool...

—Continúa.

Sus hijos habían hecho un esfuerzo tremendo. El relato parecía corto pero el trajín había sido duro: los recorridos, las charlas, los datos contradictorios hablaban de días enteros de búsqueda. Adoraban a su hermana y como mastines se empeñaban en encontrarla.

—Fue complejo y enredado. No teníamos muchos datos y no suscitamos muchas simpatías. Todos los días entran y salen decenas de barcos. Luego de mucho preguntar, llegamos a la conclusión que nuestra hermana solo pudo haber partido en tres navíos que zarparon en esa fecha. Uno fue a Francia, es verdad. Mas hablamos con su capitán y con algunos de sus marineros. Jamás hubo una mujer a bordo. El otro barco mercante no estaba, se encontraba haciendo negocios por la costa de España. Y el último...—se hizo un silencio —. El tercero en verdad fue al Río de la Plata. Eso es en el hemisferio sur, en el continente de América. Era un bergantín llamado Nuestra Señora de la Caridad.

—¿Qué pasó con ese barco? Habla ya— gritó su madre.

—Naufragó—señaló en un susurro, y entonces el hombretón rompió en llanto.

—¿Naufragó? ¿Quieres decir que se hundió? —Josh no lograba que el hecho se hiciera evidente en su cabeza—. Pero no podemos estar seguro que Kate estuviera en él.

—Eso pensamos al comienzo, tuvimos esa esperanza. Buscamos, conversamos, preguntamos. Hasta que por fin encontramos a un marinero que nos dijo que hacía algunas semanas había recibido carta de un primo al que

creían desaparecido. Iba en ese barco y se salvó por poco. Apenas hubo algunos sobrevivientes. Él quedó en aquella zona, no quiso volver. El relato que le hizo fue desesperado y le habló de una mujer pelirroja. De hecho, la menciona como la culpable, casi como si hubiese sido una especie de maldición o maleficio sobre la nave. Sabes que supersticiosos son los marineros.

Josh se aproximó en silencio a la ventana tratando de procesar lo que implicaba la tremenda información que acababan de brindar sus hijos. Ellos mismos estaban demudados. El gorjeo del niño llamando la atención los trajo a todos otra vez a la realidad, mientras las lágrimas corrían por las mejillas y las enjugaban a manotazos. Su mujer tomó el bebé en brazos y lo acunó como si con su calor quisiera de alguna manera transmitirle un amor que ya no tenía destinatario. Su Kate estaba muerta, este niño crecería sin madre, sin conocer la dulzura de su niña, sin escuchar su voz cristalina. La tristeza, el desasosiego, fueron poco a poco mutando en furia, atroz y demoledora, buscando un objetivo sobre el que descargar.

—¿Qué hacía Kate en ese barco? ¿Hacia ese lugar desconocido? Ella jamás abandonaría a uno de los suyos, menos aún a su hijo. Sabemos cómo era de cariñosa y pegada al clan. La nodriza dijo que tenía temor de algo, que quería protegerlo. Pero que a la vez estaba enamorada.

—Todo apunta a ese hombre. Roger Kent es el nombre del Conde de Bedford. Él debe ser el culpable de toda la desgracia de Kate y por tanto la nuestra—dijo Ian.

—¿Por qué no pidió nuestra ayuda? —señaló muy bajo la madre, casi como si hablara consigo misma.

—Quizá no quiso acercarse a nosotros. ¿Temió que la dejáramos de lado, que la despreciáramos? —insinuó una respuesta Josh, con dolor.

—No creo que fuera eso, querido. Creo que confié tanto en su amor que pensé que podría solucionarlo.

—¡Ese hombre deberá rendir cuentas, tendrá que respondernos!

—Es el padre del niño—terció la mujer, apretando al bebé más contra su pecho—. ¿Y si viene por él, a llevarlo?

—Este niño es de nuestro clan, nuestra sangre. Jamás permitiremos que lo lleven sin más.

—Por lo que dicen también es el hijo de un Conde.

—¿Crees tú que si le interesara algo no habría venido ya por él?

—Algo más, padre. En la búsqueda nos topamos, con un hombre anciano, un trabajador de la propiedad rural del Conde. Él nos contó que su señor estaba muy enamorado, tanto que incluso se había casado en secreto con una mujer escocesa.

Se quedó sin palabras. Casamiento. Tal vez eso cambiaba algo las cosas. Un noble jamás osaría arriesgar su título, a menos que realmente la amara.

—Él dice haber presenciado la ceremonia, aunque fue en gran secreto. Ya sabes que en los condados pequeños eso no existe y con unos tragos encima todo se cuenta.

—Si ese casamiento existió, debe haber un registro en la parroquia del lugar.

—Lo buscamos. Nos colamos en la pequeña iglesia y mientras Derek entretenía al párroco, consulté los papeles. Si hubo algo, ya no está.

—Todo parece tan oscuro, tan confuso.

De nuevo Josh se paseó como una fiera atrapada; las ideas venían a su

mente sin orden ni concierto. No era hombre de planes ni de darle vuelta a las cosas. Se imponía el paso a la acción. ¿Qué más iban a esperar?

—Debemos confrontar a ese hombre. Debe responder directamente por nuestra hija, por este niño, por nuestra familia.

Sus hijos asintieron con energía. De ser por ellos, ya lo habrían hecho sin pensarlo. Pero el impulso se había contenido porque la última palabra era de su padre. Prepararse otra vez les llevó poco tiempo. Para Ian y Derek, era otra vez el periplo largo y agotador y lo harían sin queja. Los animaba el deseo de enfrentar a aquel que había traído desgracia al clan. La madre los miró partir con su nieto en brazos al que meció hasta dormirlo. Y entonces rompió en el llanto más amargo de toda su vida.

Varios días de viaje no calmaron el dolor y la rabia de los hombres. A medida que se acercaban a los dominios del Conde de Bedford, inquirieron más sobre él y su familia. Los datos hablaban de riqueza, de relaciones con el poder y la política. También de poca visibilidad.

—¿Cómo llegaremos a él, padre? No debe ser nada fácil. Si tiene algo para esconder, nos va a evitar.

—Puede hacerlo, sin dudas. Por un tiempo. Y nosotros tomaremos todo el que haga falta. Hasta que podamos confrontarlo y pedir explicaciones. La muerte de mi hija está en sus manos. Tenemos los motivos para acecharlo hasta el infierno, hasta encontrarlo.

Por delante tuvieron muchos días de montar y poco hablar, de escaso alimento y varios percances. Llegar al objetivo llevó más tiempo del que pensaban. En Londres solo comprobaron que el Conde no estaba concurriendo a sus tareas en el Parlamento y una averiguación en los bares cercanos les permitió saber que estaba de licencia. Supusieron que estaba en Bedford, en el

condado y hacia allí se encaminaron.

—Nada de contemplaciones—dijo el padre—. Vamos directo y exigiremos hablar con él.

El lugar era imponente, mucho más grande, cuidado, y poderoso que la modesta propiedad que ellos sostenían en Escocia. Eso no les impresionó. Avanzaron al trote por el gran camino cubierto de gravilla, circundado por robles añejos que hablaban del tiempo que el poder estaba en manos de los Kent.

Su llegada a caballo suscitó algunos movimientos de alarma y pronto se vieron rodeados por tres hombres con armas que protegían el lugar. El aspecto de los O'Connell, de por sí algo desordenado, se potenciaba por el cansancio, la suciedad del viaje y la fiereza de sus gestos. Sin duda se parecían más a bandidos mal encarados que a una familia herida.

Solicitaron hablar con el Conde y se les contestó que no estaba, además de que no recibía a desconocidos. Josh elevó entonces su tono y exigió a los gritos la presencia, mientras su caballo caracoleaba nervioso. La situación se hacía tensa y sus hijos pusieron sus manos en los cuchillos de sus cinturas, dispuestos a lo que fuera.

—¡Tenemos asuntos serios que tratar con ese Conde! Si de verdad es un hombre y no una vil y cobarde rata, que salga a rendir cuentas a los O'Connell.

—Ya le dije que no está. No haga las cosas peor. Esta es una casa decente y no admitimos...

Entonces una seca voz femenina, algo cascada pero no por ello menos autoritaria, detuvo a los hombres en el momento en que encañonaban a Josh y sus hijos.

—Déjenlo pasar. Sólo al mayor.

Josh O'Connell desmontó mientras se acomodaba las ropas y siguió a la mujer que había dicho eso, desde el vano de la espectacular puerta de madera labrada, para luego perderse en el interior de la mansión. Lo ampuloso de su vestido en finas telas no podía disimular lo escuálido de su porte. El cabello arreglado en un alto moño y las joyas de su cuello y manos le indicaron que estaba frente a una mujer de la nobleza.

—Pase— le ordenó sin miramientos mientras tomaba asiento en un sillón de brocado y madera fina—. No tengo mucho tiempo, diga lo que vino a contar a mi hijo.

—Se lo diré en forma personal. ¿Él necesita aun de su mediación, señora?

—¡No sea insolente! Estoy en una actitud condescendiente, de ahí que le he permitido ingresar. Se le informó que mi hijo no está y así es. Y debe quedarle claro que no atiende a mal encarados.

—Esperaré tanto como sea necesario para hablar con él—porfió, sin que la arrogante actitud de la inglesa hiciera mella en él.

—No lo hará. Él está en un viaje de varios meses y de todas formas usted sueña si cree que podrá acceder a él.

El tono de la mujer era helado y su cara expresaba el desprecio que sentía solo de verlo. Era una hembra despiadada, esto estaba claro. De esas que no dan tregua jamás ni permiten que nada se interponga en su camino.

—¡Él debe responder por lo que le ha hecho a mi hija! —su propio tono lo molestó, casi lastimero.

—¿Su hija?

—Kate O'Connell. Su hijo abusó de ella. Se aprovechó de su posición.

—Mi hijo es un hombre honorable, como corresponde a su lugar. No

necesita recurrir a atajos ni licencias para conseguir lo que quiere de las mujeres. Si algo le ha pasado a su hija, ella deberá responder por su propia conducta.

—¡Ella está muerta y eso es responsabilidad de su hijo!

Algo cambió ligeramente en la faz de la dama, una ligera sombra que tal vez implicaba contrariedad.

—No tengo idea de lo que habla.

—Su hijo abusó y engañó a mi Kate. Ella confió en él por amor. Tanto que no dudó en subir a un barco por indicación de su hijo, creyendo que la pondría a salvo. ¡Y terminó en las frías y lejanas aguas de un mar llamado Río de la Plata, que ella ni siquiera sabía que existía! ¡Separada de su familia y envuelta por el manto de la muerte! — Josh gritaba y lloraba la vez.

Nada de esto logró mover un ápice a esa bruja que lo miraba con crueldad.

—Nada de lo que usted dice es comprobable.

—¡Su hijo se casó con Kate! Eso se puede probar.

—¿En verdad? ¿Cómo? ¿Tiene papeles que lo demuestren?

Algo en ella, la inflexión de su voz, sus palabras exentas de sorpresa real, le hicieron ver que sabía que todo lo que él contaba era verdad. Pero también que los papeles ya no existían. Y entonces se dio cuenta que estaba frente a una mujer manipuladora y sin sentimientos, probable origen de la desaparición de cualquier rastro que vinculara al Conde con su amada niña.

—¡Usted! ¡Ustedes han conspirado para matar a mi hija! Para borrar todo.

—Sus gritos son molestos e imperdonables. Le pido que se retire y nunca más vuelva a este lugar. Lo he escuchado, ya es bastante. Nada real tienen ustedes en contra de mi hijo, nada podrían probar. Solo son suposiciones y

esbozos. Su hija debe haberse ido con cualquier otro. Lamento su muerte, por supuesto, pero es ajena a mi familia.

La calma volvió poco a poco a Josh, una fría y desapasionada, como si las palabras de la dura señora hubieran vaciado su cuerpo de sangre y furia. Entendió el juego y vio que nada obtendría allí, más de lo que ya había hecho. La confirmación que esta familia era la causante de la tragedia y el dolor que envolvía a los suyos. La raíz de un profundo desasosiego que lo acompañaría de ahí en más.

—Nada de lo que usted dice es creíble, señora—sentenció—. Lo veo en su cara y en su tono. Han cometido una afrenta, un delito terrible por el que deberán pagar.

—Le repito, todo son hipótesis de su mente alocada.

—¿En verdad? —tomó ahora las riendas de la conversación—. ¿También el hijo del Conde? ¿Ese bebé que apenas da pasos y es fruto de la maldita relación en la que su descendiente envolvió a la mía?

Observó la sorpresa en el rostro y la alarma.

—Así es. ¿Ignoraba eso, no es así? No puede borrar todas las huellas. Su sangre y la mía mezcladas—se regodeó en el rostro algo descompuesto de Sarah Kent—. Aunque el fruto de mi hija, de su vientre, no podría ser más querido para mí.

—¡Ese hijo puede ser de cualquiera!

—¡Qué poco conoce a una escocesa! —evitó la cólera, vio que la calma funcionaba mejor—. Si atendemos a los testigos que describen a mi hija en sus propiedades, de las relaciones con su hijo, es su nieto sin dudas. La genética dará cuenta de ello en el futuro.

Lo miraba razonando que hacer, y entonces se incorporó con lentitud, para acercarse a Josh, que en pie la esperó. Se midieron con furia y odio mutuo.

—Escúcheme bien, maldito escocés. Esta es la última vez que usted o cualquiera de los suyos se presenta aquí. Su hija está muerta, dice, y no tiene ninguna prueba fidedigna de nuestra relación con eso. Sería imposible conectarla con el Conde. No hay tribunal donde su acusación pueda tener andamio. ¿Testigos, dice? Nadie osará jamás ir contra la palabra de una familia noble, con raíces legendarias y Caridad ejemplar en la región. Déjeme prometerle además lo siguiente: si vuelvo a verlo en mis propiedades, si me entero que se acerca mi hijo, todo el peso de mis relaciones y de mi poder económico caerá sobre usted y su familia. Créame que puedo hacer mucho más si me lo propongo. Vuelva a su aldea, cuide a los hijos que le quedan y a ese nieto que me dice tiene y nos pretende adjudicar. Seguro habrá algún otro al que le puedan vender la idea.

Su voz sonaba tan amenazadora que incluso para Josh, un hombre curtido y entero, fue impactante. Sabía cuando se enfrentaba a algo que no podía controlar. Y esa señora lo era. Era suficiente. Nada iba a lograr aquí. Nada. Tal vez fue un iluso desde el comienzo, creer que un inglés sería alguien de bien. Su hija bien merecía toda la defensa que le pudiera dar y estaba dispuesto a proteger su memoria. Pero acá no podía hacer nada.

—Señora, es usted una culebra despreciable. Es probable que el tiempo se encargue de usted y de su familia, a la larga o a la corta. Le prometo algo y aunque para usted tal vez tenga poco valor, esto será así. No habrá descendencia O'Connell que desde ahora hasta el final de nuestros días no esté buscando el flanco débil de los Kent. Le aseguro que somos tan persistentes, tan insidiosos, tan implacables como el que más— se retiró con toda la dignidad que fue capaz, dejando a la mujer en el centro de la habitación.

En pocas zancadas alcanzó la puerta y de un salto montó en su caballo, haciendo un gesto a sus hijos que les indicó la retirada.

—¡Acá no hay nada qué hacer! —sentenció a los gritos—. Volvamos a Escocia.

A galope tendido salió de la propiedad buscando que el viento en la cara se llevara el odio frío que lo corroía. No sería posible. Este lo acompañaría hasta el fin de sus días.

En la mansión, Sarah Kent se sentó con lentitud, aflojada ahora las tensiones. Había sido duro, pero necesario. Esos mugrosos escoceses tenían que saber con quién se enfrentaban. Esperaba algo similar hacía tiempo, por ello alentó a Roger a viajar por Europa todos esos meses, con la excusa de olvidar su tristeza.

Ella sabía cuál era el origen de su dolor y se vio en la necesidad de cortar el asunto de raíz. Su hijo tan querido, era enclenque y dubitativo. Ese amor que dijo profesar a esa pelirroja había sido demoledor. Apenas por poco ella había podido incidir y torcer sus planes a último momento. El dinero, ese mal necesario, le sirvió para untar manos que hicieron que, en lugar de ir a Francia, la muchacha fuera trasladada al Río de la Plata. Sarah pretendió alejarla, que se olvidara todo. El destino se había encargado de lo demás. Casi podría decirse que la mano de Dios había actuado a su favor.

Lamentaba que las joyas de la familia se hubieran hundido con ella. Obtuvo esa confesión del Conde hacía pocas semanas cuando echó en falta el medallón y el anillo. Roger se los había dado a esa escocesa en prueba de su amor, así como había organizado el casamiento.

Desarticular esto último fue sencillo, tan simple como ir a la parroquia y

solicitar la ayuda del párroco, ese que siempre apreciaba su Caridad. Su poder e influencia eran notables. Había temido hasta entonces que la muchacha volviera y mostrara el anillo y medallón como prueba y encandilara de nuevo a su hijo. Eso estaba descartado ahora que sabía su muerte. Confiaba en que la dureza de sus palabras y la amenaza velada a la vida de esos escoceses y su familia limpiaran el horizonte de los Kent para siempre.

TRECE.

Río de la Plata, 2017

Elvira llegó por fin a su habitación y se tiró cuan larga era en la cama. Decir que estaba agotada era poco; las horas en el barco y al sol, además de manejar de vuelta al hotel, habían minado todas sus energías. Apenas si se sentía con fuerzas para tomar una ducha. Era imposible que pudiera sostener varios días esa rutina demoledora, alejada en forma radical de su vida sedentaria. La distancia entre su hotel y el lugar desde donde zarpaban para realizar las tareas de búsqueda era demasiada para recorrerla ida y vuelta todos los días.

Poco habituada a planificar cuestiones prácticas no lo había tenido en cuenta, ni se le había ocurrido tan a gustito estaba en ese hotel, y eso ahora le pasaba factura. De aquí en más tendría varios días que modificaban la cómoda rutina que había establecido durante varios años. Casi una aventura después de todo, no había imaginado tener que sortear su temor a los barcos de una manera tan poco tradicional.

Esto sería lo más cerca de la adrenalina que estaría por muchos años. O en toda su vida. No era la suya una de riesgos, para ser honesta. Estaba bien algo de estrés. “Eso, esa es la actitud, Elvira” se dijo. “Con confianza y optimismo. Lo vas a necesitar, ese pelado forzado no parece dispuesto a hacerte las cosas fáciles. ¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Le pegaban de chico? Tiene un mal humor y una seriedad preocupantes para su edad. ¿Falta amor en su vida?”.

Se preguntó si tendría alguna novia, amante o esposa. No es que resultara difícil imaginar a una mujer en esos brazos amplios. De seguro habría cola ante su puerta. “Yo misma, en otras circunstancias...Tú, ¿qué, Elvira? Tranquila, tranquiliza esas hormonas”. Sonrió divertida ante sus elucubraciones y monólogos internos y se incorporó para dirigirse a la ducha.

Si tuviera mas fuerzas tal vez tomaría un baño con sales, velas y vino. Pero eso de yacer horas en el agua no iba mucho con ella, para ser sincera. Prefería sentir el chorro golpeando fuerte en su espalda y frotarse con esponjas y algún gel cítrico, de esos que energizan. Desnuda ante el gran espejo, otro de los placeres del hotel, se observó con atención. El sol había dejado marcas en sus mejillas y en sus hombros; le ardían un poco. Mañana no podía olvidarse del protector.

Se miró con apreciación. ¿Se veía un poco más rellena o era impresión suya? Iba a tener que cortar con los chocolates, maldita sea. Su cintura pequeña contrastaba con las caderas anchas y una cola que no necesitaba prótesis de ningún tipo. Era uno de sus atractivos y contrastaba con sus pechos pequeños y firmes. Se tocó los muslos y pellizcó los mismos frunciendo el ceño al verlos algo flácidos. Hacía varios meses que había dejado los ejercicios y le costaba retomarlos.

Todo lo contrario de ese capitán que era pura fibra. Se adivinaba debajo de sus remeras y pantalones de jean. No es que a ella le gustaran precisamente los musculosos y los que gastaban horas en gimnasio, los metrosexuales no eran lo suyo. Ni los galanes a tiempo completo y por eso desechó de inmediato la posibilidad de poner sus ojos en el marinero que le había presentado hoy o de darle mucha ala. Demasiado pagado de sí mismo, con la actitud del que con un chistar tenía a una cohorte de mujeres a sus pies.

A ella le gustaba la emoción del romance y la conquista. Claro que no

desechaba un buen polvo y no tenía grandes problemas con el amor libre y circunstancial. Lo había hecho una o dos veces sin culpa; la libido necesita expresarse y a veces las tensiones se descargan con un buen juego sexual. Estaban lejos esos días, empero. Esas noches de música y alcohol de la universidad, de los amores rápidos y los días interminables. Desde que las responsabilidades habían tomado coto de su vida, esta había perdido algo de color. “O desde que perdiste interés en los hombres, fruto de ese desengaño estúpido con James”, le señaló la voz interna que la torturaba de tanto en tanto.

Otra vez ese idiota en su cabeza. Patán ruin y despreciable, había aparecido para ilusionarla y luego de lograrlo, con la conquista a sus pies, se había ido por desafíos más grandes. “Eso fuiste, Elvirita. Una apuesta. No lo olvides. No confíes demasiado y golpea primero, vidita. Pero no estás aquí para nada de eso” se recordó. “Atiende tu tarea, controla a ese cazador de tesoros marinos, logra lo que tu abuela quiere y pronto estarás libre y en casita”.

“¿Cómo le gustarán las mujeres?” discurrió una vez más su mente díscola mientras se frotaba. Apenas había visto que la mirara, una o dos veces sus ojos furtivos en su trasero como al pasar. “No le debo gustar, no debo ser su tipo.” No es que fuera gran problema, simplemente le daba curiosidad. Se esforzó por cambiar de idea y la parte pragmática apareció, instándola a pensar cómo solucionar el problema de la locomoción y acercamiento a la zona, de lo contrario serían todos los días interminables.

¿Dónde estará residiendo él? ¿Sería con los otros hombres? No creía eso, tenía toda la estampa del solitario que lame solo sus heridas o se refugia en su reducto. Mañana mismo le preguntaría, seguro podía darle algunas ideas o consejos para buscar un lugar más cerca. Él conocía la zona y ella era una absoluta extranjera sin noción alguna de cómo moverse o dónde ir. Sólo

pensar que la próxima jornada debería salir antes del amanecer para estar en hora la ponía de mal humor. Y no podía llegar tarde, estaba segura que ese hombre se iba sin ella.

“Tanta regla y tanta norma”, rezongó en voz alta. “¿Cómo serás cuando pierdes todo lastre y te abandonas a las sensaciones, capitán Sebastián? Me gustaría ver eso,” pensó con sorna, para luego increparse por prestarle demasiada atención a alguien que sólo le permitía estar cerca por obligación, con el que además no parecía tener nada en común.

Bien envuelta en una suave salida de baño que parecía ser de espuma de nube, encargó una cena liviana, qué le fue acercada con presteza. Estaba pasando divino, dudaba que otro lugar pudiera acercarse a este paraíso. Disfrutó un rato más mirando una de sus series de detectives favoritas en el televisor de más de cincuenta pulgadas y luego se quedó dormida. Agradeció al día siguiente haber tenido la precaución de colocar el reloj despertador. Lo escuchó a lo lejos y a los tumbos se aseó y desayunó, para luego tomar su auto y salir pitando a la costa atlántica.

Trató de sintonizar una emisora de radio que tuviera buena música y poca conversación. Las melodías, el paisaje y sus propios pensamientos fueron quitando el sueño de sus ojos y para cuando arribó, se sentía de buen humor, con las energías suficientes para un día largo. La tripulación esperaba, los tres sentados en los pilotes del puerto.

—Buenos días, señorita Elvira—la saludó el pelirrojo Paolo y ella le sonrió—. Hoy va a ser un día bien intenso. El capitán está en la oficina haciendo unos trámites y ya viene.

—¿Qué haremos hoy, que dices? —se sentó a su lado.

—Tenemos que establecer el perímetro de búsqueda con la mayor

precisión posible. Para ello usaremos algunas de esas máquinas que viste; después empezaremos las inmersiones.

—¿Crees que saquemos algo bueno hoy? —se interesó.

—Señorita, le aconsejo que no sé impaciente, esto es un proceso largo. Tenemos que ser muy cuidadosos. La seguridad de los buzos es fundamental— intervino Mauro.

—¿Qué peligros puede haber aquí? Cuénteme, no conozco nada. ¿Tiburones?

—Hay peligros más reales que esos—se escuchó la voz de Sebastián detrás.

Ella se dio la vuelta, saludándolo con un gesto.

—La confianza excesiva es uno, la ansiedad y el apuro. Bucear sin objetivo cierto y claro puede ser muy desesperanzador. Para que se haga una idea, es cómo ingresar a una habitación desconocida totalmente a oscuras.

—Lo entiendo, claro— aseguró intentando evitar la lección.

—Van a pasar varios días antes que podamos rescatar algo. Como le decían, paso a paso. Si leemos bien la información, si usamos bien las máquinas, si debajo del agua nos movemos acorde a lo que nos indican, tendremos éxito e iremos reflotando la carga de Nuestra Señora de la Caridad.

Vio la confianza en sus ojos y concordó que este era su tono más abierto y le sentaba bien. Lo hacía guapo, mucho.

—Muy bien, pues ustedes me dicen cómo colaboro en las tareas.

—Me parece que acordamos que se quedaría quieta en la silla, para evitar mareos y problemas.

—Estoy medicada—lo miró con suficiencia—. Y creo que agua o pan les pueda alcanzar. ¿Ustedes no comen? ¿No toman agua, no necesita nunca nada? —sostuvo casi con un gesto impertinencia.

—Si no se marea y hay que estar sosteniéndola o esquivando sus vómitos, estará bien.

Muy bien, el señor de los enojos estaba de vuelta. Decidida a no molestar o dar alguna excusa para ser amonestada, como un estudiante en presencia de un profesor tirano, al llegar al barco se ubicó lo más cómoda que pudo en la banqueta y comenzó a leer un libro. Por fortuna, había tenido la idea de llevar su Kindle. Desde que había descubierto ese maravilloso dispositivo para leer en formato digital, este iba siempre en su bolso, con miles de libros en una biblioteca virtual, a su disposición. Para sus momentos de ocio, viajes largos, o simplemente para yacer y viajar a esos mundos imaginarios que los libros trazaban.

Seleccionó una novela romántica, una lectura liviana y entretenida que le permitiera pasar un buen rato sin distraerse totalmente de la realidad. Era capaz de evadirse durante horas, lo había heredado de su madre, aunque el hábito no descendía de la rama materna, por cierto. Su abuela y su tío no cultivaban ese placer, eran más de lo audiovisual.

Cada tanto miraba tratando de percibir adelantos en las tareas, pero las posiciones de los hombres no variaban demasiado, inclinados sobre la máquina que tintineaba, mapas y cámaras. Cada cierto tiempo, tiraban cables al mar, luego boyas demarcadoras en un sitio, movían un poco la embarcación y la operación se repetía. El mar estaba en calma, eso era bueno para los trabajos y para su estómago. La temperatura era excelente y los rayos del sol se disfrutaban, ahora con buena protección. Hacia las 11:00 a.m. su estómago estaba empezando a rugir. Se preguntó si esos marineros no habían pensado

hacer una pausa.

—¡Señores! — llamó su atención—. ¿Les alcanzo algo? ¿Un refrigerio?

—Estamos bien—señaló Sebastián.

—Me encantaría un vaso de agua, bonita— pidió Martín con la mejor de sus sonrisas, ignorando a su jefe.

Se encaminó hacia la pequeña heladera, de la cual extrajo vasos y un botellón de agua y los llevó a los hombres que, Sebastián incluido, bebieron con bastante ansia.

—Tan entretenidos están que olvidan hidratarse— dijo, intentando generar algo de diálogo.

La verdad es que estaba un poco aburrida.

—Vamos muy bien, casi hemos marcado todas las posiciones. Los restos están aquí abajo, marcados por esas tres boyas, más la que podremos ahora a continuación—le contó Paolo.

—¡Pues qué bien! Entonces podrán hacer una pausa para almorzar.

—Si no te importa, seré yo quien marque el fin de la jornada—dijo Sebastián con acritud, haciendo ostentación de su cargo.

Lo miró de reojo. No podía ser más antipático.

—Por supuesto, no pretendí contrariar tus órdenes.

—Seguro que podemos hacer un pequeño descanso, cap. Hemos adelantado y algo de proteína y calorías nos vendrá bien—señaló Mauro, que evidentemente también tenía hambre.

—Está bien— dijo algo envarado.

Parecía tener un problema con el poder. Bueno, tal vez no tendría que ser

tan exagerada, pero estaba claro que no le gustaba que se metieran en asuntos que consideraba exclusivos. Se movió con diligencia ya que había sugerido el lapso y desplegó los sándwiches y las ensaladas como si fuera a tender una mesa, mas los hombres tomaron sus porciones y cada uno se fue a una parte de la nave, con excepción de Martín, que trató de generar conversación. Aquí sí fue bastante cortante. No quería darle ninguna expectativa, y tenía un asunto que resolver.

Se dirigió a Sebastián y se sentó a su lado. Mientras lo observaba comer a dos carrillos, le preguntó:

—Sebastián, me preguntaba si podrías ayudarme con el tema del alojamiento.

—¿A qué te refieres? — le inquirió con extrañeza.

—Yo no conozco la zona. Y cómo sabrás... Bien, no sé si te conté esto o no. Estoy quedándome en un hotel de Punta del Este.

—¿Me estás diciendo que tú te vienes todas las mañanas desde allí? — se asombró—. Son más de ciento cincuenta kilómetros. Eso es totalmente impráctico.

—Lo sé, por eso te lo estoy planteando. Quisiera que me sugirieras algún lugar por aquí cerca donde pueda permanecer por estos días.

Vio que pensaba y luego se empinaba un buen sorbo de agua. Demoró en contestar.

—El dinero no es problema. Te imaginas que corre por cuenta de la ONG y además cualquier sitio será más económico que el que estoy ahora.

—Sí, claro. No estaba pensando eso. Yo estoy en un complejo de cabañas bastante cerca. Muy lindas, no sé si hay disponibilidad. Pero hay otros como

ese por allí.

—Algo así necesito. ¿Podrías darme los datos?

Otra vez vio que su mente elucubraba y se enervó. Caramba, ¿qué inconveniente veía en darle una dirección o un teléfono? Era insufrible cuando se lo proponía.

—Te habrás dado cuenta que estamos en temporada alta y es difícil encontrar lugar, no puedo garantizarte que la haya en el lugar que te nombro.

—Lo entiendo, tú tranquilo, si me das los datos yo averiguo.

—Por otra parte...

Le pareció que daba vuelta a una idea qué tal vez no sabía cómo plantear. Estaba empezando a identificar sus gestos y sus expresiones.

—No sé cómo tomarás esto...

Lo alentó con un gesto a continuar, la desesperaban esos silencios.

—La cabaña en la que estoy es bastante grande y tiene dos habitaciones.

Dejó la frase inconclusa, como si la invitara a completarla.

—¿Me estás invitando a tu cabaña?

—No, no lo tomes así—exclamó.

Percibió que se apuraba y se atoraba y eso le divirtió.

—No es lo que piensas—se defendió luego.

—Pues claro que no, me imagino que no serás tan atrevido—le sonrió.

—Quiero decir que soy un hombre bastante espartano y si respetas mis espacios y no te inmiscuyes en mis cosas, te puedo auxiliar hasta que encuentres algo.

—¡Es excelente! — festejó.

Realmente le alegraba la propuesta, era una mujer práctica y no sobredimensionaba nada. Esta era una forma sencilla de salir del paso y sus años de Universidad la habían enseñado a compartir espacios.

—Pues hoy será entonces la última noche de mi hotel. Voy a disfrutar bien y mañana si te parece traigo mis cosas, que no son muchas. Compartimos gastos, te viene bien a ti y me viene bien a mí, gracias.

Contenta ahora por la sorpresiva y rápida solución a su problemilla, se ubicó a media sombra, dispuesta a observar y si era necesario dormir tranquila parte de la tarde. De seguro ni se enteraban, tan inmersos en sus tareas se encontraban otra vez. Se preguntó si realmente sería necesario que ella estuviera ahí todos los días, pero decidió que su abuela estaría más tranquila si lo hacía así. Entonces recordó algo y le dijo a viva voz:

—¡Sebastián! ¿No hay ningún control por parte del Estado a las actividades que estás realizando?

Él se acercó, asintiendo.

—Una de las condiciones es que estamos sujetos a inspecciones. Por eso todas las mañanas doy detalles de tareas en la Prefectura y aviso dónde nos vamos moviendo y qué actividades realizaremos. El día que ellos quieran, pueden venir. En algún momento tal vez nos acompañe un oficial o alguien derivado de la Comisión de Patrimonio nacional. Debemos estar siempre dispuestos a recibirlos y mostrarles lo que hacemos. Si fueran exhaustivos como tu ONG, estarían presentes siempre, pero la escasez de personal hace que corran un poco detrás de estas expediciones.

Sobre las 5 p.m. vio que comenzaba el proceso para el retorno, todos guardando los implementos, apagando las máquinas y cubriéndolas con lonas

por encima. Se alegró pues estaba cansada. Interpretó por la satisfacción visible en los rostros que iban por buen camino y por tanto cada día era uno menos para su propio retorno a Europa.

Cuando descendieron del barco, ella se dirigió a su automóvil luego de despedirse con calidez. Cuando estaba a punto de encender el vehículo, sintió un chistido. Era Martín que se acercaba con una sonrisa encantadora. Era interesante y lo sabía.

—Señorita Gamboa, debo decirle que nos encanta tenerla a bordo. Nos alegra la jornada— señaló con galantería.

Elvira sonrió y asintió.

—Cualquier día de estos me gustaría, ahora voy a hablar a título personal, invitarla a una bebida o un café.

—Será en otro momento, como dice— no quería ser grosera—. Me queda un largo trayecto y estoy cansada. Sin duda cuando el éxito corone esta aventura, podremos brindar—dijo y se despidió.

Alcanzó a ver que, a unos veinte metros, Sebastián los observaba con el entrecejo algo fruncido. ¿Qué estaría pensando ese amargado?

CATORCE.

Londres, 1849.

Roger Kent estuvo devastado por meses, desde que la realidad le estalló en la cara. Aún no podía creer como todo se había salido de estructura y control. La noticia de la desaparición inexplicable de Kate se había completado luego con el conocimiento del engaño, artero y vil, con su amigo, en el que había creído y en el que había confiado sin duda. Ambos habían huido juntos, sin mirar atrás.

No acertaba a saber qué ocurría las primeras semanas. Su plan había sido que su amigo lo contactara desde Francia, en donde ubicaría a Kate en un lugar seguro y la cuidaría hasta que el propio Roger fuera por ella. Superados los días de presiones de sus padres y más tranquilo el escenario político de Londres, la posibilidad de traerla de vuelta se hizo más factible. Quería además conocer a su hijo, con el que había empezado a soñar y para el que se comenzaba a preparar. La falta de novedades al comienzo, y luego la llegada de ellas en forma de retazos, le trazaron un panorama desolador.

Ante la imposibilidad de averiguar nada por sí mismo, contrató a un investigador que le recomendaron. Días de recorridas y averiguaciones, le habían traído la horrible verdad: Kate había huido, lo había engañado con malas artes y se había llevado lo mejor de sí junto a su amante. Juntos habían partido en un navío con rumbo desconocido. Ni rastros del embarazo que tanto lo había emocionado e inquietado. El detective le mencionó que varios testigos de fiar la habían visto feliz en el puerto, a los abrazos y besos con ese

que pensó era su amigo, además de su empleado fiel. Su desazón fue tremenda, casi tan honda como había sido su locura por ella.

Había jugado al amor y se vio miserablemente perdido en una maraña de sentimientos encontrados: dolor y esperanza, desasosiego, engaño. Sus intentos por solucionar la situación que su pasión por Kate O'Connell había desatado habían fracasado, no por falta de empeño sino por traición.

¿Cómo era posible que hubiera fingido tan bien? ¿Cómo se podía ser tan vil, tan artero? Ella lo había embaucado con la facilidad de aquel que vive para el engaño.

Había creído en su romance, había apostado a favor de esa escocesa y se vio en aquel momento obligado a pensar lo peor de ella. ¡Había arriesgado su posición, su título, su persona por ella! Le había entregado su corazón y su nombre al desposarla, así como las más simbólicas joyas de la familia.

¿Cómo podía haber sido tan crédulo? ¿Por qué no prestó adecuada atención a su entorno cuando este le remarcó lo que su madre con tanta sabiduría le señaló desde el principio? Él, tonto de capirote, lo había adjudicado a una burda expresión de clase, a prejuicios. Se creyó un moderno adalid de la igualdad y así le había ido.

Así como le tomó meses digerir la amarga verdad, jamás exteriorizó su desencanto y la ruptura de su corazón ante los otros. Tenía buena máscara y podía evitar hacerlo, pero a la interna sabía que se había expuesto ante Kate, desnudo de alma, y ella se había marchado, despreciándolo sin más. Le avergonzaba su debilidad, lo fácil que resultaba engañarlo. No era lo que correspondía a su posición. Luego de mucho tiempo de ostracismo y auto commiseración, se abocó a sus obligaciones políticas y a viajar por el continente, haciendo caso esta vez a la sugerencia de su madre. Esto resultó casi sanador de un modo extraño. Alivió y suturó heridas, que se tornaron

invisibles pero que dañaron su auto estima y la forma en que veía el mundo. Este se había tornado un lugar inhóspito, en el que no cabían los sentimientos.

Por aquí y allá en Europa, en contacto con lo más granado de la nobleza extranjera y disfrutando de los placeres de la vida, forzó a la imagen mental de la bella pelirroja a alojarse en su inconsciente, lacrando el acceso. Se esforzó día a día para pisar su recuerdo hasta que no fuera más que una sombra fugaz que lo atormentaba alguna que otra noche de alcohol. Amó con fervor el cuerpo de otras mujeres: cortesanas, desconocidas, jóvenes y maduras. Ahogó en el whisky la memoria de la tersura de aquella blanca piel de Kate, que fingió entregarse temblorosa por primera vez a un hombre.

El correr de los meses y luego el pasar de los años lo llevaron por los caminos tradicionales de todos los Kent. Los vínculos clásicos entre las familias implicaban trazar un casamiento de conveniencia con una mujer noble. De preferencia, una que apretara los lazos del poder. El querer era cosa de plebeyos, sostenía su madre, y le daba razón ahora. Por fortuna, su buena progenitora logró desarmar su alocado trámite de boda con Kate O'Connell, vaya a saber cómo, pero eso no era escollo.

La joven elegida, tarea que dejó a su progenitora, era una conocida heredera. Nada tenía que ver con aquella que había alborotado sus sueños y eso era lo bueno. Su compromiso fue simple, gris y correcto, dos familias que negociaban una entrega y dos seres que la aceptaban sin dudar.

Su boda fue enunciada con pompa y con todas las de la ley en el año 1845 y uno más tarde la descendencia comenzó a llegar. Ahora sí, seguro de su genética y en orden, vio nacer cuatro vástagos, dos varones y dos niñas. El conde de Bedford aseguraba el título para los suyos y la continuidad necesaria dentro de la nobleza.

La vida no volvería a tener colores estridentes ni sonidos de alegría o

pasión intensos, como aquellos en los que sus instintos se desbocaron. Pero tampoco tuvo dolores o desengaños, esos que producen callos y se enquistan. Vivir a media máquina le aseguró rutinas claras y mañanas previsibles. No aspiraba a más, ya no. Sin saberlo, con Kate O'Connell naufragó también la mejor parte de su vida.

QUINCE.

Río de la Plata, 2017.

Las olas golpeaban la playa con tranquilidad y la espuma del mar brillaba, visible porque la luz de la luna lo inundaba todo. Era una noche perfecta. Sebastián aspira profundamente mientras entrecierra sus ojos y le da un sorbo a su cerveza. Las cosas estaban rodando excelente, habían comenzado con buen pie y el primer día había sido más que satisfactorio.

No habían tenido dificultades para trazar el perímetro de búsqueda y ya estaba señalizada el área en la que la acción se concentraría. Mañana empezaría el trabajo de verdad, ese que le generaba adrenalina y a la vez un cierto escozor en la garganta. Bucear siempre le había provocado esa sensación de júbilo y miedo entremezclado. Le parecía como caer dentro de un mundo diferente, en que algunos sentidos dejaban de existir y la vista se tornaba vital. No había peligro de importancia en estas aguas, salvo la propia oscuridad.

Le parecía increíble haber sorteado con éxito la marea burocrática y los discursos negativos o exasperantes que aparecían una y otra vez. La gris sensación de que el mundo de independencia y autonomía económica que pretendía forjarse, sólo amarrado su barco, se podía derrumbar, había desaparecido y en su lugar la confianza había vuelto. Podía lograrlo. Tenía que hacer las cosas bien. No solo bien, sino excelente. Proceder con cautela y calma y rogar que el capitán del barco hundido hubiera dado cuenta exacta de lo que la bodega transportaba.

Lo primero al encontrarlo era analizar su estado y las opciones para trabajar en él. De encontrarse muy destruido, habría que ir con cuidado para no provocar un derrumbe que los dejara atrapados al pretender quitar la carga. Era menester revisar con cautela las maderas antes de meterse en su interior. Él no creía que se encontrara en muy buenas condiciones, por lo cual la opción de reflotarlo por el procedimiento de sellado era poco factible.

“Te apresuras. Paso a paso. Primero explorar, observar con atención, fotografiar”, se instó. Sabía que debía evitar ceder a su primer impulso submarino, que era entrar al barco por el primer agujero que se prestara a ello. Tenía que contenerse, cualquier paso en falso iría en contra de sus propios intereses y de su futuro.

Bostezó y meneó la cabeza. Como todas las noches de la última semana, el sueño se negaba a acudir. En este caso, no estaba tan mal. Sería casi un pecado perderse una noche como ésta. Apenas algunas voces aisladas llegaban de las cabañas más próximas. Este era un refugio para hombres solos o parejas en luna de miel; no había niños que gritaran. No es que estos le molestaran, apreciaba su naturalidad y ternura, pero lo prefería así ahora. La tranquilidad.

En ese preciso momento recordó que había ofrecido su casa a Elvira y se preguntó en qué estaba pensando. Esa mujer hablaba demasiado, esa boquita bella de labios tentadores no paraba. Todo parecía provocar su curiosidad y en todo asunto tenía algo que decir. Incluso en aquello de lo que no sabía nada. Empero, había algo atractivo en esa posición de sabelotodo.

La había observado a hurtadillas varias veces durante el día, casi sin poderlo evitar. La veía contenerse, estrujarse las manos, concentrarse de pronto durante mucho tiempo en la lectura. Le había hecho caso en torno a la ropa, ahora usaba un look más deportivo, cómodo y poco sugerente. Aunque resultaba difícil ocultar esas caderas y ese trasero redondo y parado qué fue

foco de las miradas de sus marineros cada vez que ella se incorporó a servirles agua. No lo hacía para insinuar, eso estaba claro, y de todas maneras distraía, era inevitable. Ni con una bolsa podría cubrirse tanta hermosura.

Sacudió su cabeza, algo contrariado. Le gustaba mucho, y eso era decir. Él no iba detrás de cualquier falda ni se obsesionaba con cualquier mujer. Había tenido pocas relaciones, intensas y profundas. Estaba bien convencido que en todas que había entregado lo mejor que pudo en cada momento y eso muchas veces no coincidió con lo que sus parejas querían. Era difícil desentrañar a las mujeres y sus deseos. Tal vez su mayor déficit era esa dificultad y la reconocía. Las descuidó tanto como las amó, a veces anteponiendo su trabajo; fue absorbente y a la vez displicente, al considerar que el amor podía compensar las enormes diferencias de carácter y de objetivos en la vida.

Su relación más intensa fue tres años atrás con Elsa, una mexicana alta, esbelta y morena, con unos ojazos negros que lo impresionaron de entrada y un cuerpo de infarto. La persiguió como sabueso durante semanas, a pesar de la política de la empresa que desestimulaba las relaciones entre sus empleados. Ella era oceanógrafa y él, uno más de los varios empleados que se dedicaban al buceo y al rescate en el Mar Caribe.

Recordar ahora las noches de calor y sexo que habían compartido lo sobrecogió y secó su garganta. Elsa era una mujer desinhibida, fresca, que disfrutaba de la pasión sin culpas ni vueltas. Se había enganchado mucho; él, al que no le gustaban las amarras y a pesar de que ella desde el principio puntualizó que era algo casual y libre. “Mi culpa”, pensó ahora. “Ella me dijo el suyo era un empleo de paso y el nuestro un amor de verano”. Sin embargo, él nunca lo creyó así; casi con vanidad, pensó que podría torcer su voluntad. Hasta que ella le anunció que se iba, dejándolo mal herido y estupefacto, en la situación de novio abandonado. “Amante”, se corrigió. Nunca fueron novios,

en verdad nunca compartieron una cita, un paseo romántico o intercambiaron regalos. La pasaron bien y él se enamoró, punto. “No volverá a pasar”, le prometió a la luna con una sonrisa. Luego, su mente volvió al presente.

“Elvira Gamboa, tendrás que acomodarte a este sitio rústico. Te puede resultar un lugar un poco incómodo comparado con tu hotel de cinco estrellas, pero no es un lugar permanente. Es un auxilio y ya”. Se lo había planteado casi sin pensarlo y luego se arrepintió. Sabía que en algunas ocasiones era grosero y antipático, mas las cosas tenían que mantenerse profesionales. O lo que más se acercara a ello. Aún le parecía extraño que la empresa que financiaba el rescate enviara a una persona que conocía tan poco del asunto. “Allá ellos”, sentenció.

±

Elvira se sintió más a gusto e interesada el segundo día. La actividad fue intensa y los movimientos más emocionantes. Los vio alistar los equipos y las cámaras. El cielo lucía hermoso y despejado; parecía que el clima acompañaba el emprendimiento.

Había empacado los pocos objetos que había traído y cerrado su estadía en el hotel. Apiló las cosas en el coche. Esa noche dormiría en la casa de Sebastián, al cual volvió a agradecer por su amabilidad. Él le respondió huraño y entonces temió que se hubiera arrepentido.

“Lo mato si me dice ahora que cambió de idea”, se preocupó. Entonces, al escuchar sus comentarios con los compañeros, se dio cuenta que lo que veía como apatía era expectativa y ansiedad por los trabajos que harían en el día. Casi se pareció a una arenga.

—Amigos, hoy comienza lo bueno. Con cuidado y con calma.

—¿Descenderemos? —inquirió Paolo.

—Así es. No te separes de mí, haremos el recorrido del perímetro juntos y trataremos de ubicar y fotografiar la embarcación desde distintos ángulos. Tenemos que ver en qué estado se encuentra, el daño y su localización para poder después analizar las mejores opciones.

Los demás asintieron y se repartieron tareas.

—¡Elvira! — sintió que le gritaba el joven pelirrojo y lo miró.

—Nos vamos a desvestir ahora, no seas pilla, no mires mi cuerpo escultural—él se divertía y la hizo sonreír.

—Voy a tratar de contenerme—le contestó con picardía—. Ese cuerpo moreno tuyo llama mucho la atención.

Su comentario arrancó las carcajadas de los otros hombres. Volvió la mirada a su libro y trató de permanecer aislada. Sin embargo, su mirada se dirigía hacia Sebastián a hurtadillas y por el rabillo, casi como si tuviera autonomía de su cerebro. Entendía que no había forma de ponerse los trajes a cubierto de miradas, ni era operativo o práctico. Agradeció tener los lentes negros y su gorra encasquetada, porque se decidió entonces a no privarse para nada de la visión.

El cuerpo fibroso y prieto de Sebastián quedó casi al desnudo con la excepción de un bóxer ajustado. Apreció las piernas, sus muslos que parecían tallados y que se ocultaron con rapidez por la pericia de años en la tarea de usar traje de buzo. Estaba de espaldas y le ofreció una clara visión de sus glúteos. El sofoco que le provocó pensar en lo lindo que sería darles un cachete casi la denuncia. Vio que completaba la vestimenta y metía sus brazos hasta que toda su maravilla física quedaba oculta o más bien sugerida.

“Todo lo que tiene de malhumorado y corto de palabras lo tiene de buenorro”, pensó. Agradecía poder disimular sus pensamientos. Siempre había

sido muy visual; sus amigas le decían que tenía una mente casi masculina en ese sentido. No podía evitar que le atrajeran los hombres arriesgados, valientes, saludables y deportivos. Sebastián Cortés era uno de ellos. “Trata de mantener tu indiferencia, vas a convivir con él, te va a hacer un favor y no necesitas jadear cada vez que lo ves. Compórtate de acuerdo con la imagen que él tiene de ti, nada más, y no como una mujerzuela”, se incentivó.

Normalmente no se autoflagelaba, no veía mal la atracción física. Pero aquí había un asunto de negocios de por medio y no quería enredar la situación. Se increpó por estar babeando como si él fuera un ejemplar. “Es que es un hombre muy atractivo”, se disculpó.

Ellos ya estaban en otros asuntos, dividiéndose tareas, dando instrucciones, indiferentes a sus pensamientos. A los pocos instantes, Sebastián y Paolo se tiraron por la borda, riéndose e instándose a una carrera submarina. Esto le provocó temor. Para ella, el agua era uno de los peligros más grandes y ellos ahí adentrándose, con anhelo antes que miedo.

Se incorporó y fue hasta Mauro, que era quien estaba manejando el scanner, recibiendo ya algunas imágenes. Ella lo único que percibía era oscuridad.

—¿No hay nada? — preguntó.

—Aún no— le contestó sin desviar la vista—. Es el agua y movimientos fugaces de peces. Van descendiendo con lentitud.

Unos minutos de silencio la hicieron dar vuelta para retirarse.

—¡Ahí está! —sintió entonces.

—¿Qué?

—Eso ahí. ¿No alcanza a ver una sombra más oscura?

Hizo un esfuerzo con su vista, aunque todo le parecía igual.

—¿Llega bien la imagen y el sonido? —escuchó la voz de Sebastián, algo metálica por los micrófonos.

—Lo veo bien—le contestó el técnico.

—La embarcación está de lado. Vamos a movernos procurando establecer puntos para poder medirla.

Ella solo percibía imágenes de un brazo que se movía, algunos objetos informes, y cuando la luz que llevaban iluminaba mejor, algo que parecían maderos. Volvió a su lugar. Más que curiosidad le provocaba cierto miedo. Parecía un inframundo, un portal hacia un lugar oscuro y tan gris. Y triste, después de todo, eran las imágenes de una tumba.

DIECISÉIS.

Estaba cansado, se notaba en su aspecto y en sus ojos, que parecían haber perdido brillo. Era evidente que el esfuerzo bajo el agua había sido importante. Habían sido más de dos horas de subir y bajar con pesados equipos y se imaginaba que moverse en las profundidades lidiando con ellos debía ser demoledor. Él le hizo entonces un gesto con la mano y le señaló el vehículo.

—Me sigues y te guío hasta dónde vivo— ella asintió.

Fueron apenas quince minutos por un camino que los alejaba de la carretera principal, poco iluminado, con muchas curvas y él iba como endemoniado adelante. Sin dudas deseando llegar; la obligó a manejar más apresurada de lo que acostumbraba e iba temerosa de encontrarse con algo delante o de chocar. Los autos pasaban en sentido contrario y aparecían de golpe, levantando cantos rodados, asustándola más de una vez al golpear contra el parabrisas.

Suspiró aliviada cuando vio que él ingresaba por una enorme arcada hecha en madera hacia una zona que se adivinaba más verde y en la que pronto pudo visualizar algunas casitas alejadas doscientos o trescientos metros unas de otras. Él estacionó y ella lo siguió. Descendió y tomó su bolso y su maleta. Observó que la miraba y asentía.

—Vas más liviana de lo que pensaba. Te imaginé con tres o cuatro bolsones.

—Para nada. Como te dije, jamás esperé tener que quedarme por acá.

—Está bien. Pasa.

Ingresó y le gustó de inmediato la calidez del lugar. Era una cabaña muy confortable y espaciosa. El enorme estar abarcaba un comedor amplio coronado por una mesa rústica y cuatro sillas. Al lado, un mostrador que separaba la parte de la cocina, provista con lo esencial. Más allá y separado por la elevación de un escalón, un living con dos sofás gigantes mullidos y un equipo de audio y televisión, grandes. La decoración colorida y con motivos marinos cortaba un poco la presencia de la madera.

—Allí tienes el baño—señaló una de las puertas—. Ahí mi habitación y allá en aquella puerta, la tuya.

—No sé cómo agradecerte.

—Nada, mujer. Compórtate, nada de gritos ni escándalos—le sonrió para atemperar las palabras—. Y por favor, trata de no monopolizar el baño. Ustedes las damas son bastante acaparadoras en ese sentido.

—No te preocupes me comportaré de acuerdo a lo que soy, un huésped temporario.

—Puedes higienizarte, instalarte, lo que gustes. Yo prepararé algo liviano de comer.

—No te preocupes por mí, soy muy frugal y me arreglo con algo sencillo.

—Me preocupo por mí— le sonrió—. Muero de hambre. Y ya que cocino para mí, puedo compartirlo, ¿no crees?

Era un argumento incontrastable. Ella había traído algún paquete de fideos y algo de queso y fruta. Lo sacó de las bolsas y buscó espacio en el refrigerador, mientras él la miraba hacer, recostado sobre la mesada.

—¿Tú pensabas sobrevivir sólo con eso? ¿Estás en alguna especie de

dieta?

Lo miró de soslayo.

—¿Piensas que la necesito?

—Las mujeres y sus susceptibilidades—bufó—. Lo digo por lo poco que pensabas comer.

Se encogió de hombros y se dirigió a la puerta que le había señalado. Era una habitación pequeña y muy bonita, con una cama que de inmediato probó. Muy cómoda. Miró por la ventana, pero sólo se veía la sombra de los árboles. Mañana temprano echaría un vistazo. Sacó su ropa y la ubicó en el coqueto mueblecito con cajones. Preparó su muda y se dirigió nuevamente a la puerta, desde donde preguntó.

—¿Tú te vas a bañar ahora?

Se sentía pegajosa y con olor a transpiración, a pesar de que había pasado sentada.

Entonces percibió que había hecho la pregunta al aire pues él no estaba. Debía estar en su habitación. Decidió ganarle de mano. Una ducha corta y estaría lista. Tomó su ropa y corrió presurosa al baño, abriendo con rapidez para encontrarse con él absolutamente desnudo, de espaldas y afeitándose.

La miró a través del espejo con sorpresa e indignación y ella de inmediato sintió que todos los colores del mundo se agolpaban en su cabeza.

—Perdón, perdón... Mil perdones—ensayó tartamudeando, sin saber qué otra cosa decir y tratando de evitar que sus ojos cobraran vida propia y corrieran libres del control de su cerebro. El trasero parado y la espalda musculosa la atraían como miel a una abeja.

—Pues cómo ves estoy ocupado—le sonrió con cierta perversidad, o al

menos eso le pareció.

Cerró con celeridad tratando de escapar de la vergüenza y perseguida por la perturbadora imagen. “Tonta, mil veces tonta”, se fustigó. Siempre con ese apresuramiento que le hacía meter la pata. Volvió a su habitación dispuesta a no salir por un buen rato, pero al cabo de unos minutos, cuando aún se recriminaba en todos los idiomas posibles su equivocación, el leve toque de la puerta la hizo asomarse. Él estaba delante.

—Mira, disculpa de nuevo, no suelo hacer estos papelones...

—Deja ya eso, Elvira. Sé que quisiste verme desnudo. Te entiendo, con un semental como yo es inevitable.

La miraba con sorna y ella tragó saliva con indignación.

—¡Estás muy equivocado, no suelo...!

—Estoy bromeando. Tienes el baño libre ahora.

Con renuencia tomó de nuevo su ropa y se internó en el sanitario, dispuesta a no demorar.

Al salir, vio que la mesa ya estaba tendida y muy bien dispuesta. Se acercó asombrada por su rapidez, en postura de hablar de intrascendencias que fueran limando el incómodo momento que había ocasionado.

—Eres todo un amo de casa.

Le sonrió y ella se sintió aliviada.

—Me muevo bien, estoy acostumbrado a organizar la comida y la tengo pronta, es solo dar los últimos toques. En este caso, no es muy elaborada, cómo ves.

A pesar de la modestia en sus palabras, había una tabla completa y variada

de fiambres y quesos, aceitunas, algunos potes con salsas variadas, granos, así como una apetitosa ensalada caprese.

—Pues se ve muy bien—recién entonces, frente al festín, notó que el hambre la agobiaba y tomó unos maníes.

—Sírvete, no seas tímida—le dijo burlón y sonriendo.

—Tengo hambre ahora—contestó sin amilanarse mientras tomaba una cucharilla y untaba una tostada con queso, a la que daba un mordiscón—. —Exquisito.

En verdad estaba muy bueno, de esos bocadillos que no acostumbraba a comer, suave, con algo similar a la mayonesa, pero más intensidad y personalidad en su sabor.

— Está riquísimo— dijo de nuevo, comiendo a dos carrillos.

—Tienes un poco de crema—le comentó él mientras se movía por la cocina y la miraba de costado

—¿Dónde?

Le señaló con un dedo la mejilla y ella se pasó la lengua.

—¿Ahora?

—Ya—le contestó él.

Sebastián se puso de espaldas a la mesa para lavar unos vasos y pensó qué seductora era, sin pose o propuesta. Además de atropellada. Con su cabello mojado, la camisa algo desprendida que mostraba el inicio de sus senos, su pantalón pijama y sus pantuflas, se veía encantadora. Comía sin traumas y con la naturalidad del que disfruta sin complejos. “Sería absurdo que los tuviera, tiene todo en su lugar y muy bien puesto”, razonó. Justo como le encantaban las mujeres. “No es un buen camino ir por esta línea de pensamiento”, se

incentivó.

—Dime, ¿cómo evalúas la exploración hoy? — la pregunta le alegró, pues implicaba poder conversar de temas serios.

Se sentó al frente y trató de seguirle el paso con la comida.

—Fue muy bueno. Cansador, pero muy bueno. Nos hicimos una buena idea de la nave y su estado.

—Estará deshecha, me imagino.

—Es frágil, difícil precisar cuánto. Yace sobre un costado y los lugares por donde se podría hacer el ingreso más fácil, están cubiertas de lodo.

—¿Y qué harán? ¿Un nuevo agujero?

La miró como si hubiera cometido una herejía.

—¿Has enloquecido? ¿Quieres que destruyamos esa nave?

—Bueno, no sé el procedimiento, tú dime—contestó molesta por el comentario.

—No podemos mover ni romper. Además de que es un requerimiento de preservación patrimonial, es algo de sentido común. Romper implica destruir el delicado equilibrio que esa nave tiene con su entorno submarino.

—¿Llamas entorno a estar hundida?

—Sí, cualquier objeto en el fondo, y más uno tan grande, se vuelve parte del paisaje, hogar de especies marinas. Habrá espacios anegados, puede haber algunos sellados. No lo sabremos hasta entrar. No vamos a mover ni a destruir.

—Sólo le van a sacar su tesoro— señaló con algo de burla.

—Pareces estar en desacuerdo.

—No, para nada. Lo digo simplemente para molestarte un poco.

Él continuó hablando sin prestarle atención a las chanzas.

—Mañana seguimos explorando; introduciremos algunos cables con cámaras adheridas, mini cámaras en realidad.

—Me parece estar en una película.

—Es procedimiento estándar—se encogió de hombros—. Aspiraremos la mayor parte de lodo que podamos, fotografiaremos, exploraremos con la imagen. Y cuando el barco esté lo más limpio y despojado posible, ahí ingresaremos.

—Leí el otro día por ahí que hay otro procedimiento que se puede intentar, refloatarlo.

Había buscado la información una de las noches en las que procuraba hacerse la idea de a qué se enfrentaba.

—Es un procedimiento factible en algunos casos. Sin embargo, esta nave está sobre un costado, con muchas aberturas por roturas menores. Nos llevaría mucho tiempo, necesitaríamos un poco más de equipamiento. Lo haremos como te explicaba, es más económico.

—¿Y es seguro?

—No haré nada que nos exponga, tanto a mí como a mi compañero.

Lo observó comer, la luz impactando en su calva y destacando sus ojos. Los brazos poderosos y parte del pecho estaban al aire gracias a la espantosa sudadera que tenía puesta. No pude evitar preguntarle, cambiando abruptamente el tema.

—¿Por qué usas eso tan feo? ¡Ese tipo de remeras deberían estar prohibidas!

—¿En serio? —se rio echando la cabeza hacia atrás—. Costumbre de gimnasio.

—¿Haces muchas pesas?

—Lo básico para mantenerme. Además, corro y hago flexiones, sentadillas y todo lo que te imagines.

—Sólo pensarlo me agota.

—¿Tú no haces nada? ¿No prácticas deportes?

—Lo hacía, pero no me muevo desde hace un tiempo.

—Te vas a poner floja.

—Estoy muy firme— le señaló con tono decidido y mirándolo a los ojos.

—Habría que ver—se burló.

—No cualquiera tiene permitido ver eso—contestó.

Se miraban con algo de desafío y luego retrocedieron a sus posiciones para seguir comiendo, comprendiendo que no era el mejor camino para seguir. La tensión que sentían al encarar temas más íntimos era demasiada. Promoverla implicaría costos en su relación profesional y ambos pretendían preservarla.

DIECISIETE.

Descansó muy bien, la cama era cómoda, de plaza y media y con suficiente abrigo, con un exquisito olor a lavanda que la retrotrajo a su hogar. A su madre le encantaba perfumar todo con ramitas de esa planta. Pensar en su niñez la hizo sentir bien, tenía tan buenos recuerdos de sus padres y ella.

Antes de acostarse habló con su abuela, apenas unos minutos pues aquella estaba en medio de una gala nocturna importante, aparentemente. Debía asegurar que sus contactos sociales asistieran y apoyaran una las inversiones de su hijo Travis, para asegurar buenos réditos. Siempre era así, pensó ella, la abuela sosteniendo y cuidando de ese tío suyo tan poco prolijo y menos dispuesto al trabajo. Tenía todo para potenciar sus negocios y siempre corría a que su madre usara sus influencias y don de gentes para salvarle el trasero. Era algo que pensaban ella y su padre y que su madre nunca decía en voz alta, aunque intuía que estaba de acuerdo con ellos.

Fue suficiente tiempo para contarle que estaba bien y mostrarse un tanto más animada que la última vez que habían charlado. Era probable que Rosemary hubiera quedado preocupada por su actitud algo brusca al enterarse de que quedaba sola en un lugar desconocido y encargada de un asunto tan importante. Quería mostrarse adulta y con capacidad para hacerse cargo de las cosas.

Al pasar y sin dar muchos detalles, le comentó que había cambiado su locación para acercarse a la zona donde se realizaba la búsqueda submarina, sobre lo cual le comentó que no midiera gastos a la hora de estar cómoda, era lo menos que podía asegurarle.

—Cúidate mucho, querida, sabes que confío en ti y nada merece que arriesgues tu integridad. Si es necesario, cuenta a ese hombre quién eres y ponlo en su lugar si se pasa de la raya.

—Así lo haré, abuela. No te preocupes, estoy aprendiendo a lidiarlo, creo que es como tú dices de esos “perros que sólo ladran y no muerden”.

—La mayoría lo son, querida Elvira—le contestó con una pícaro sonrisa en los labios.

Había dicho lo que pensaba de Sebastián. Parecía cascarrabias, adusto y serio, pero en el fondo...” ¿Qué, Elvira? No pretendas ir más allá de una relación profesional y objetiva”. Se tranquilizó, lo tenía muy claro y controlado. Podía ser tan profesional como se lo propusiera.

Salió aun con su pijama y su bata y le maravilló encontrar el café preparado, dispuesto con algo de pan y mermelada. Un gesto casi de intimidad. A él no se lo veía y entonces sintió ruido afuera, por lo que se asomó por la ventana. Lo vio con un lápiz en la oreja y unos papeles enfrente, sentado en el sillón hamaca de madera. La bata entreabierta dejaba ver su pecho y las piernas abiertas sobre los almohadones eran la imagen sexy de la reconcentración. Lo recorrió aprovechando su descuido y lejanía. Le gustaba lo que veía, le gustaba mucho. Suspiró y dio un buen sorbo al café, a ver si la cafeína despertaba sus neuronas y apagaba sus hormonas.

Se vistió con rapidez. Quería estar lista para cuando él ingresara y entonces no tuviera que esperarla. Fue como si adivinara su intención: casi al instante entró con apuro. Parecía que la hora se le había pasado mirando esos papeles.

—Buen día, Elvira. ¿Has dormido bien?

—Excelente, gracias. ¿Te has levantado muy temprano?

—Es mi costumbre, me gusta revisar y planificar mis asuntos y tareas a la mañana bien temprano, cuando estoy más despierto y más atento. Disculpa que te saque corriendo, pero ya es hora de salir. Espero que hayas desayunado.

—Sí, sí. Muy buen café, gracias.

—¿Nos vamos? —le inquirió mientras tomaba su maletín, se ponía su camisa y calzaba sus zapatos como si hablara con su pareja y no le importara que lo viera en cueros.

Bueno, en parte, se corrigió. Claro que ya lo veía cambiarse en el barco, así que...

—Sobre eso...—le contestó tratando de seguir el diálogo y apagar su monólogo interno—. Tal vez es mejor si va cada uno en su vehículo. Para que no haya maledicencias entre los muchachos.

—Eso es absurdo, vamos al mismo sitio —cortó—. A menos que tengas que hacer alguna diligencia luego.

—Pues no lo había pensado por eso. Aunque debo comprar elementos para cocinar.

—Ya lo haré yo o lo hacemos juntos posteriormente, si no te molesta. Ahorraremos tiempo. Y en relación a lo que puedan decir, ni te preocupes. ¿Crees que no te escucharon el otro día en el barco cuando me pedías dormir conmigo? —le sonrió con picardía por el juego de palabras—. Esos marineros son peor que mujeres en peluquería.

—Es que no quiero generar comentarios equivocados—insistió.

—¿Te preocupa mucho el qué dirán? —enarcó una ceja.

—No, no es eso—se defendió, viendo que quedaba en ridículo y como una pacata, sin serlo—. Está bien, tienes razón. ¿Vamos en mi vehículo? Me gusta

manejar.

—¿En ese autito de juguete? Ni pensarlo, no quiero que me vean llegar en una miniatura, pareceríamos la muñeca Barbie con Ken. Y manejo yo.

—Pensé que no te importaba lo que dijeran— fue el turno de ella de burlarse ahora.

—Mi vehículo es todo terreno, te puedo asegurar que, si llueve o hay mucho barro o arena, no nos quedaremos atascados. Es una cuestión de practicidad.

Cargó su bolso y lo siguió, algo enfurruñada. Él se estaba acostumbrado a mandar y ella a seguirlo. No era algo que duraría mucho.

La jornada fue mucho más intensa que la anterior. Se sucedieron los chapuzones, el análisis de imágenes, los intercambios de ideas. Se acercó y pudo ver qué discutían sobre el tema de los daños y la resistencia del casco del barco. La pantalla mostraba yaciendo de costado, como un gran gigante vencido, a la que debió ser una orgullosa goleta comercial de mediano porte.

—¿Qué van a hacer? —instó.

Pudo visualizar que habían traído un pedazo de madero y lo chequeaban.

—Hay un buen agujero en la parte inferior de la bodega— señaló el pelirrojo.

Miraban ahora la filmación que uno de los buzos había realizado mientras el otro alumbraba.

—Es una entrada bien despejada, puede sernos muy útil.

—No haremos nada hasta que estemos seguros que es el mejor lugar.

—Jefe, los otros lados son más pequeños. Este está más arriba y nos

evitaría entrar por debajo.

Sebastián asintió.

—Nos sumergiremos una vez más e introduciremos una de las cámaras adosada a un cable. Haremos la exploración a través de ella. Mientras tanto, ustedes evalúen esta madera.

Sin más charla, prepararon la minicámara y se tiraron una vez más al agua.

Mauro quedó con el trozo extraído y lo miró con atención, para luego deslizarse hacia uno de los lados. Lo siguió, curiosa y le inquirió:

—¿Qué hará para determinar su estado? ¿Algún análisis particular?

—Nada misterioso—le sonrió con algo de suficiencia, mientras lo golpeó contra una barra de metal, lo cual le hizo dar un salto atrás del susto.

Probó dos veces más para comprobar que permanecía fuerte. Tomó luego un martillo y le asestó varios golpes, y apenas sí se astilló.

—Muy tradicional y poco ortodoxo— le comentó Elvira algo cabreada por el susto.

—Es lo mejor. La idea es que los maderos del barco no deben tocarse ni manipularse, pero de tener que sujetar algo a ellos, hay que ver si resisten. Y esta es muy buena madera.

Todo esto le dijo mientras volvía a su lugar al lado de Martín, que daba ahora instrucciones y recibía novedades de cómo iban con el ingreso del cable y la cámara. Pronto comenzaron a recibir imágenes del interior. Elvira contuvo la respiración; era como atisbar una cámara secreta, algo largamente guardado y que había esperado por décadas a sus descubridores. Entendía la adrenalina que embargaba a estos hombres, que se veían satisfechos y claramente sacudidos por la emoción.

—Ahí, ahí mismo—dijo la orden—. No más cable.

Las imágenes mostraban bultos.

—Ahí está nuestro tesoro. Parece en bastante buen estado, algunas pocas cosas dispersas, algunas cajas abiertas, pero la mayoría parece permanecer intacta.

Vio la satisfacción en los rostros de los dos en cubierta. Los buzos regresaron al poco rato y subieron con rapidez, la expectación evidente en sus rostros. En la cara de Sebastián se apreciaba una semisonrisa, un gesto de contento algo contenido y medido, tal vez buscando no apresurarse y sacar falsas conclusiones. Pidió que le repitieran las imágenes grabadas.

—¿Cuánto cable fue el que usamos?

—Por lo menos diez metros— dijo el pelirrojo.

—Perfecto, eso es una distancia corta. Tenemos que ver el contenido y calcular.

—Son por lo menos veinte bultos los que vimos. No son muy grandes, el tema es el peso. ¿Qué piensas, traerlos enteros y abrirlos?

—Hay que probar. Si pudiéramos atarlos y engancharlos a la grúa sería más sencillo y nosotros solo seguiríamos de atrás custodiando el camino de cada uno de estos preciosos bebés hasta la superficie. Aunque al no saber el estado de las cajas tenemos que proceder con mucha cautela. Cuerdas, ganchos, redes y mucho, mucho cuidado.

—¿Lo harán ahora? — preguntó Elvira.

—No—señaló Sebastián—. Lo haremos mañana. Comenzaremos lentamente.

—Esperar hasta mañana— se lamentó ella.

—Créeme que el más ansioso soy yo, pero apurarnos es boicotear los esfuerzos. Estamos cansados, hemos buceado mucho hoy y tenemos que asegurarnos de que todo se haga con cuidado y preservando la vida siempre.

Le gustaba esa faceta en él, era evidente que hacía un esfuerzo por controlar sus ansias y eso lo mostraba humano con sus compañeros, priorizando lo que debía ser, la integridad física de todos antes que los objetos. No se dejaba cegar por la ambición o la ansiedad.

DIECIOCHO.

La vuelta a la cabaña fue animada, él estaba más conversador y sonriente, distendido. Sus rasgos se suavizaban y se hacía más cercano, sin perder ese hondo magnetismo que tenía.

—¿Estás feliz, no es así?

—¿Como no estarlo? Poco a poco vamos acercándonos al objetivo y hemos comprobado hoy que hay mucho material intacto.

—Sobre eso... ¿Qué valor pueden tener hoy en día esos objetos? ¿Estarán en malas condiciones?

—¡No seas ave de mal agüero, mujer! —dijo con énfasis en la voz, más que retándola, como en un ruego.

—Es una posibilidad— argumentó.

—Mira, tengo experiencia y esta me dice que es muy factible que existan objetos en excelentes condiciones. Lo vi varias veces mientras trabajaba en el Caribe.

Le encantaba que él le contara más sobre sí mismo.

—¿Tomaste muchos riesgos entonces?

—Esta es una profesión peligrosa, pero trabajar con los americanos implica hacerlo con la más alta tecnología, con personal idóneo, expediciones donde se buscan tesoros realmente grandes. No se corren riesgos inútiles.

—¿Dirías que los estás corriendo ahora? —arrugó el ceño.

—Estoy haciendo todo lo posible y lo que está en mis manos para que no ocurra nada que lamentar. Dejemos eso.

—No soy una bruja— se burló—. No te estoy echando maldiciones o algo así.

—No, mas a veces sólo por pensar en las cosas negativas, estas parecen presentarse.

Detuvo el vehículo de golpe frente a un local pequeño.

—Dijiste que necesitabas comprar algunas cosas. Este es el lugar ideal.

—¿En verdad? Parece bastante pequeño.

—Tiene todo lo que necesitas. No puede ser muy exigente, estamos en el medio de un paraíso natural. No es un centro comercial pero lo básico está.

Lo siguió y observó mientras se movía con agilidad entre las góndolas de productos, frutas y verduras, eligiendo pescado y cortes de carne. Vagó un poco por el local que no era demasiado grande, como bien le había dicho, y se dejó tentar por unas masas finas de dulce de leche, manjar que había probado y le encantó. Seleccionó además unas bebidas y un vino, pues decidió que la buena marcha de las cosas ameritaba un festejo y este iría por su cuenta. Luego fue por fiambre y pan.

—¿Qué haces? —le pregunto él detrás mientras esperaba su turno.

—Voy a comprar algunos embutidos y...

—Deja eso. No es sano y compré suficiente para los dos.

—No, te agradezco. Dijimos que cada uno con lo suyo y ya bastante haces con cederme una habitación.

—¿Quieres democracia de gastos? La tendrás: pagas la mitad y estamos al

día—le sonrió.

—Había olvidado que eres un tacaño—refunfuñó.

—¿Y eso?

—El primer día que nos vimos, me señalaste que me pagara el café y los sándwiches.

—Bueno, tengo mis momentos de antipatía. Estaba nervioso y ansioso entonces.

—Disculpas aceptadas.

—No son disculpas—terció.

—Las tomo como eso porque ya me di cuenta que te cuesta. Muy bien, acepto tu plan.

Dicho esto, tomó los paquetes y ambos salieron con las compras, como un matrimonio bien avenido”, pensó sonriendo internamente. Se dirigieron al vehículo y luego a la cabaña.

Él guardó todo en el refrigerador y al cabo de un rato le dijo que iba a correr unos kilómetros. Ella se asomó y le dijo sorprendida:

—¿No fue suficiente ejercicio el buceo? Te vas a cansar innecesariamente.

—Necesito estirar los músculos. Correr es otro tipo de desafío y desentume.

—Muy bien. Dispondré la cena para cuando vuelvas.

—Deja eso, Elvira si tú quieres realiza la ensalada. No te acerques a la carne. Es un corte excelente y sólo admite un buen asador— le guiño el ojo.

—¡Cocino muy bien!

—Sí, me imagino. Embutidos, quizás.

Mientras se bañaba pensó que él tenía una imagen de ella como una inútil, estaba claro. Pues se equivocaba. No era una cocinera gourmet, pero se defendía. Claro que el punto de las carnes o esas cosas que a los hombres les importaba tanto no era lo que estaba en su experiencia culinaria, mas sabía que podía desenvolverse si se lo proponía.

Estaba terminando de vestirse cuando recibió una llamada de su abuela.

—Elvira, ¡hola! Anoche no te presté la debida atención, querida. Fue una jornada de locos. Estábamos en una celebración de importancia que organicé un poco a las corridas. Tu tío, sabes como es. Está un tanto nervioso; hay algunos negocios que no han salido del todo bien y quiere resarcirse contactando potenciales clientes.

—No te preocupes, abuela.

—Me decías que estabas buscando dónde quedarte.

—Sí, pero ya lo resolví. El hotel era muy lejos, estoy en una cabaña ahora.

—¿Sola, en medio de la nada? —notó la preocupación.

—No, no, es un complejo, tranquila. Hoy fue un buen día, abuela. Los rescatistas han avanzado mucho en la exploración y lograron visualizar el interior de la nave.

—¿En verdad?

—Hay varios objetos, cajones en realidad, que parecen en buen estado y han de contener pertenencias importantes.

—¿Cajones de qué tipo, querida? —se interesó.

—Mercadería, objetos de comercio. En la bodega del barco. El capitán

dice que una vez recuperados, se valorarán muy bien.

—Eso está muy bien. ¿Sólo han explorado la bodega?

—Aparentemente sí. Es donde está lo que importa rescatar. No sé si mirarán otras partes del barco por las condiciones en las que pueda estar.

—Los objetos que nos interesan no deben estar en ese lugar, supongo. Nuestra antepasada jamás dejaría sus objetos personales en el mismo lugar donde viajaba la mercadería.

Esto era un razonamiento de sentido común, razonó Elvira.

—Debe estar en la zona de camarotes, muy probable. Ella era la única mujer en la nave. Imagino que el capitán le habrá cedido su camarote. Esto es un supuesto, claro—continuó razonando su abuela.

—Preguntaré y veré que se puede hacer. Ellos tienen cámara y usan largos cables. Supongo que pueden hacer una exploración más profunda.

—Eso es, mi querida. Tal vez sería buena idea plantearlo sin dar demasiados detalles.

—Abuela, no puedo lograr que exploren y pongan sus vidas en peligro si no les doy algún dato concreto que amerite la búsqueda—razonó.

—Tienes razón. Son dos joyas: un anillo y un medallón. Tienen un valor material importante, aunque más significativo es el valor sentimental para la familia. Casi podríamos decir qué es lo que más nos interesa de la exploración. Haríamos incluso una disminución del porcentaje que nos corresponde con tal de obtenerla.

—Eso puede ser un aliciente interesante—comentó.

—Claro que sí. A nosotros nos interesa más, sin perder dinero, por supuesto, recuperar esos objetos.

—Veré que se puede hacer, no te hagas ilusiones muy profundas.

Para cuando él retornó, sudoroso y cansado, ya tenía lista las guarniciones y unos elementos para picar antes, mientras esperaban por la carne, que fue condimentada y colocada en el horno luego que se duchara.

—Traje un buen vino—le señaló ella y lo fue a buscar.

Él observó la etiqueta y asintió:

—Un buen tannat tinto, ideal para la carne.

—Para que comencemos a celebrar por el éxito.

—¿Sabes qué? —le señaló—. No lo vamos a abrir.

—¿Por qué no? —se sorprendió.

—No lo tomes a mal, no es un desplante. No quiero adelantarme y que todo se derrumbe mañana.

Percibió la tensión y entendió. Los nervios lo debían comer por dentro a pesar de su tranquilidad externa.

—Perfecto. Será mañana, cuando de seguro las cosas van a mostrarte que tenías razón.

—Ojalá sea así. Venga, comamos y vayamos rápido a dormir. No me aguanto ni yo mismo y me voy a poner cada vez más insoportable, lo sé bien.

—Suerte que me anticipas. A comer y dormir, pues.

Así lo hicieron y ella pospuso la conversación que su abuela le pedía para cuando él pudiera sostenerla sin ansiedad.

DIECINUEVE.

Hoy era el día en que la verdad comenzaba a vislumbrarse y la aventura tendría rédito o caería en el descrédito. Este era el momento de mayor tensión, de mayor preocupación. Lo sintió levantado desde la madrugada, yendo y viniendo, hasta que le golpeó la puerta, más temprano que de costumbre, y la apuró para irse. Los otros también estaban ansiosos pues llegaron al poco rato.

La logística estaba decidida y era hora de instrumentarla. Grandes cuerdas y rieles comenzaron a desplegarse y las zambullidas se hicieron progresivamente más constantes. En una de ellas ingresaron al interior de la nave y tantearon las cajas.

—Quiero probar con una de ellas—se escuchó a bordo la voz de Sebastián a Paolo—. Vamos a tratar de rodearla con las cuerdas y subirla.

Elvira miraba el aparato que recepcionaba imágenes con atención extrema y percibió al cabo de minutos las evidentes dificultades que tenían para asegurar las cuerdas de manera eficiente a una madera que debía ser tan frágil como papel.

—¡Por un demonio! —se escuchó la voz de Sebastián—. Esto no va a funcionar. Debemos usar las redes.

Reaparecieron en la superficie a los pocos minutos y tomaron los elementos que sus compañeros ya estaban prestos a dar. Se sumergieron una vez más. Elvira no podía evitar sentir la ansiedad del que espera porque algo importante se produzca, sin poder hacer nada para acelerarlo. Se sentía

impotente y temerosa que algo saliera mal.

Al cabo de un buen tiempo, vio aparecer por la borda a los dos buzos que sostenían una caja de mediano tamaño, casi como si fuera una pesca atrapada en la red. La emoción la embargó y observó con expectación como todos cuidaban de subir el preciado tesoro arriba. Con dificultad, al fin lo tuvieron en cubierta. Los buzos se quitaron las máscaras y todos se arremolinaron. Los rostros mostraban la expectativa y la ansiedad por el contenido.

—Hay que abrirla— dijo ella con voz trémula.

—No tan rápido, tenemos que ser muy cuidadosos.

De seguro era el más interesado por lo que se jugaba cómo gestor del proyecto, lo dejaba entrever en el brillo de su mirada y el leve temblor en sus manos, mas la planificación lo ganaba

— Vamos a ordenarnos. Ordenemos la cubierta y tengamos todo listo para comenzar el registro. Lo haremos con cada uno de los objetos y cajas que rescatemos. Recuerden que es muy importante preservar el buen estado de los objetos y un apunte exhaustivo que me permita dar cuenta las autoridades, además de la señorita aquí presente y su empresa inversora. Una vez que sepamos que tiene esta, me comunicaré con Prefectura para hacer saber que comenzamos la extracción. Eso nos dejará tranquilos y en orden, por si desean enviar alguien a que inspeccione.

Con frenesí se ubicaron contenedores plásticos sobre unas lonas, anotadores, bolsas, todo lo que fuera necesario. Sebastián trajo una especie de pinza especial con la que procuró hacer palanca sobre la parte superior. Elvira sentía que los vellos se le paraban de los nervios, nunca pensó sentir tal expectativa. De alguna manera habían logrado imbirla del espíritu de la aventura marina.

Un suave “crack” anunció que la caja estaba abierta y pudo percibir un suspiro y el rictus de ansiedad en el capitán, que levantó la tapa e hizo un gesto de disgusto.

—¡Maldición, mil veces maldición! ¡Está roto!

Se levantó con ímpetu y se sobó el cabello. Los demás se acercaron, Elvira incluida, para observar una serie de platos y tazas o lo que quedaba de ellas. Era una delicada y ornamentada porcelana del siglo XIX.

—¡Qué pena! —susurró la mujer, sintiendo la desilusión de Sebastián como propia.

El pelirrojo tomó un pequeño cepillo y movió con total delicadeza los elementos, a la vez que el guapo fotografiaba.

—¡Capitán! —llamó la atención de Sebastián—. Esta es la parte superior, están embalados en dos tramos.

El mencionado volvió sobre sus pasos, recuperada la energía y ordenó que se pusieran guantes.

—Sólo tú y yo haremos el trabajo—ordenó—. Más manos sólo estropearán lo otro que pueda estar sano.

Retiraron todos los fragmentos y los ubicaron en la bolsa, dispuestos a dar cuenta absolutamente de todo lo que se encontrara, en las condiciones que estuviera. Luego retiraron la madera que oficiaba de separación entre los objetos y entonces aparecieron, perfectamente apilados y en condiciones muy buenas, el resto del juego de vajilla.

—Esto está mucho mejor.

El ánimo de todos mejoró ostensiblemente.

—¡Quién diría que íbamos a estar tan felices por unos platos y tazas! —

susurró Elvira.

—Pues en verdad es así, señorita. El valor que pueden alcanzar estos objetos en esas subastas que se realizan en el primer mundo es muy importante. Y renueva las esperanzas para el resto de la carga, ¿no lo cree?

—Esta es parte de la mercancía que sin duda iba para el nuevo matrimonio que el capitán mencionó en su carta—comentó Sebastián—. Esto también reafirma que no mentía y nos da la posibilidad de seguir buscando lo otro. Vamos, con cuidado embalemos todo, registremos y volvamos a la acción.

Eso hicieron. La atmósfera había cambiado, de trabajo rutinario había pasado a una urgencia contenida, todos concentrados, probablemente imaginando que el éxito estaba muy cerca. Eso la alegraba mucho, en especial por Sebastián. Este se había retirado a la cabina y lo vio manipular la radio, de seguro informando a las autoridades del hallazgo. Volvió apresurado.

—Vamos a volver ahora. Todavía tenemos luz y tiempo. Vimos cual es el mejor procedimiento de extracción, repitamos el proceso y tratemos de sacar dos o tres cajas más.

Todo el periplo se repitió, aunque esta vez involucró menos tiempo, habida cuenta que con cada vez se aumentaba la pericia. Mientras se producía el trabajo de fondo, arribó una lancha de Prefectura y dos individuos ascendieron al barco, siendo recibidos a la vez que se les explicaba en qué estaban y se les mostraba lo que estaban haciendo y habían rescatado.

El más bajo de los funcionarios se presentó como el encargado de controlar y se le explicó que el capitán estaba en el agua, en las tareas de rescate. Cuando este subió con una nueva caja, recibió las felicitaciones de rigor a la vez que intercambiaron algunos detalles técnicos, de los que Elvira entendió poco y nada. Sebastián la presentó entonces como la representante de

la ONG patrocinante y la miraron con mayor atención.

—Un placer, señorita. Estamos las tres patas intervinientes presentes. El principal encargado, el financista y el Estado—sonrió—. Todos interesados en que nos vaya bien de verdad.

—Es así— comentó Elvira, sin demasiado interés en conversar.

—Si le parece bien, procederemos ahora a abrir las cajas rescatadas, de manera de poder clasificar todo lo que se encuentre. No haremos más inmersiones por el día, pero hay por lo menos quince cajas más como estas.

—Muy interesante—señaló.

A él se le notaba también la tensión en el rostro.

— Sí, procuremos documentar todo con precisión y sin que nada se preste a recelos. Usted sabe bien como son esos arqueólogos y políticos.

Con absoluta parsimonia repitieron el proceso en una y otra caja y cada una de ellas trajo suspiros de satisfacción y éxtasis. Solo Sebastián se contenía de mostrar la felicidad que sin duda sentía. Si bien una parte de su trabajo se la llevaría el gobierno (ya le preguntaría cuánto), y otra era para la empresa de su abuela, su sueño, ese que le había descrito, comenzaba a volverse cada vez más real.

Tubos que contenían seda envuelta en plomo, cajas laqueadas que contenían vestimenta que parecían de origen chino por sus trazos, platería fina exquisitamente labrada, emergía del pasado.

—¡No puedo creer que algo tan frágil se pueda preservar tan bien! Es como asomarse a la moda y a las costumbres de otrora, viajar al pasado—suspiró la muchacha.

—La conservación es producto de la forma con la que cuidadosamente

embalaron todo. Los comerciantes de la época sabían que en ocasiones podía haber algún tipo de filtraciones de agua o situaciones complicadas en las bodegas y por eso procuraban que la mercadería estuviera resguardada. Cajas dentro de cajas de madera dura y sin putrefacción, cerrojos de metal, laca y encerado, todo eso colaboró.

El final de la jornada, marcada por los últimos rayos del sol, acariciaron el tesoro que comenzaba a aflorar del mar, ya distribuido y guardado con un cuidado y celo extraordinario y qué pasaría inmediatamente a las bodegas de la Prefectura. Eso le llamó la atención, había pensado que quedarían en el barco.

—¿Tú estás loca Elvira? ¿Responsabilizarnos de esta carga tan valiosa, dejarla en mi barco de noche? ¿Expuesta al robo, a la destrucción o a una situación inesperada? Ni que hablar, lo mejor que nos puede pasar es que el Estado se vaya haciendo cargo de cerca para evitar cualquier problema. Pero créeme que voy a estar detrás de esa carga como un mastín.

Tenía razón, por supuesto, mas eso implicaba un problema. ¿Cómo haría para quedarse con las joyas de su antepasada, si es que estas alguna vez aparecían? Había pensado que era más sencillo, pero vistos todos los pasos administrativos y jurídicos necesarios, esto quedaba de lado. Era factible que su abuela tampoco lo hubiera considerado. Se preguntó si tendría alguna documentación que acreditara la pertenencia del objeto o de los objetos a la familia. Algo que debía inquirir sin demoras.

Ya era noche cerrada cuando volvían a la cabaña. Él iba más callado que de costumbre, probablemente casi en shock.

—¿Sebastián? —llamó su atención.

Él la miró y sonrió.

—¿Estás satisfecho, verdad? Yo no entro en mi de gozo y apenas soy una espectadora.

—Tengo una mezcla de sensaciones algo extraña. Alegría intensa pero soterrada, la satisfacción de saber que tenía razón, el agotamiento por el trabajo, y cierta preocupación.

¿Y esto por qué?

—Ahora que las cosas están saliendo tan bien, me da cierto miedo que todo acabe de forma abrupta. Que algo se complique. Perder lo obtenido.

—Esto no puede ser. Tú has hecho las cosas en orden, siguiendo los pasos necesarios.

—Ojalá sea así, Elvira. Los gobiernos a veces son díscolos y pueden presionar o enlentecer las cosas.

—Ni siquiera lo pensemos. No permitas que nubes negativas enturbien lo que acaba de ocurrir. Ha comenzado el rescate de tu tesoro. Te felicito, tenías razón y me alegro mucho.

La miró con intensidad y asintió, mientras aceleraba.

—No veo la hora de llegar, darme un buen baño y tomarme una copa de vino a la salud de ese capitán que perdió su barco y que hoy recordamos.

—Te voy a acompañar sin dudar—acotó.

A medida que el tiempo pasaba, se sentía más y más involucrada con su proyecto, que ya se hacía realidad. Se sentía más implicada con él.

VEINTE.

Estaba cansada y decidió recostarse para recuperar energías. Esperaría que él se duchara para asediarlo con preguntas. Dormitó unos minutos y se despertó confundida. Pensó haber sentido un sonido. Se incorporó y recorrió la casa buscando a Sebastián, que no estaba por ningún lado.

Miró en el exterior y tampoco estaba en el porche. Volvió el refrigerador. Había muchos insumos y puso manos a la obra; tenía hambre y supuso que él también. Haría unos ricos fideos con una salsa al pesto. Seguro algo decente saldría con tan buenos ingredientes.

Otra vez sintió ruido y se asomó por la ventana de la cocina. Ladraban algunos perros un tanto más lejos y entonces vio una sombra que se acercaba desde la playa, que al comienzo la asustó. Entonces se percató que era Sebastián en traje de surfista portando la tabla correspondiente. Había ido a darse un chapuzón.

Tragó saliva al observarlo sin pudor, hasta con descaro, en el traje que traía desprendido y le cubría solamente las piernas y la pelvis. Lo ajustado del atuendo hacía notar lo cubierto. Dejaba además al desnudo sus bíceps y el pecho ancho y velludo que destilaban una masculinidad apremiante.

“Ay, Señor, Jesusito, qué bombonazo tengo al lado y yo con hambre de meses” pensó antes de pellizcarse, literalmente, para ajustarse a su rol. La estaba empezando a trastornar ese hombre tan sexy, provocándole pensamientos pecaminosos, atendiendo al vocabulario de su abuela y también innecesarios dada la cercanía que tenían. “No contamines la relación con tonterías, Elvira. ¡Alma enamoradiza, abandona este cuerpo!”

Él, ajeno a todo su diálogo interno, le sonrió mientras dejaba su tabla apoyada contra la pared externa.

—Elvira, no sabes que buena está esa agua.

Lo miró con indiferencia, como si estuviera acostumbrada a compartir espacio con hombres así todo el tiempo.

—Me inquieté cuando no te vi y luego me di un susto de muerte cuando apareciste de la playa.

—¿Te atemorizaste? Lo lamento, esto es muy desolado y quieto de noche. Te grité que me iba.

—Dormí por unos momentos. ¿También surfeas? Eres realmente un hombre de mar.

—Amo el mar en todas sus formas, su movimiento, las olas. Y surfear fue un pasatiempo en el que invertí horas y horas cuando adolescente.

—Otros van de noviecitas, de parranda corrida y no paran quietos a esa edad. Surfear es bastante solitario, me parece.

—No creas, los que compartimos esa pasión solemos unirnos en puntos específicos. Hay pocos lugares buenos donde uno lo pueda practicar y se generan amistades y camaraderías. Veo que estás cocinando—comentó asomando la nariz en la cacerola.

—Me tomé el atrevimiento de preparar algo con tus ingredientes.

Hizo un gesto de aprobación.

—Pues tiene muy buena pinta, veremos cómo está al gusto.

—Al menos lo habré intentado y de seguro estará comestible.

—Sin dudas. Esto no es como la carne, que se puede quemar y se arruina.

Por eso no te dejé hacerlo ayer: un asado tiene una ceremonia importante para que desprenda su gusto increíble.

—Te afloró el patriota rioplatense.

—Está comprobado. Esta región y sus praderas dan pasto a las vacas más sabrosas. Me cambio y vuelvo en un instante.

Mientras él retornaba, dispuso los platos y algunos vasos y copas. Las cosas iban muy bien y ameritaban la celebración postergada ayer. Descorchó el vino con pericia, recordando su vasta experiencia en esos menesteres. Siempre había preferido esa bebida a cualquier otra y eso era resultado que sus padres lo consumían con moderación y gusto. Nunca faltaba una copa de vino junto al agua, especialmente a la hora de la cena.

—Te has puesto muy cómoda— sintió a su lado y lo miró con una sonrisa.

—No dirás que no te atiendo. Comida lista, vino en su temperatura justa, la mesa preparada.

—Me refería a tu ropa— la miraba con apreciación.

Era una noche cálida y ella se había vestido con unos pantaloncitos cortos y una blusa sin mangas y escote algo profundo. De pronto se sintió inapropiada, casi provocadora. Desechó la idea, que probablemente partía de sus propios prejuicios más que los de él.

—Hace calor—contestó.

—Es una noche perfecta. En este momento siento que mi vida lo es.

Él se veía relajado, su cara más suave, su sonrisa más ancha. Estaba claro que eso de que le rodaran bien las cosas hacía que aflorara una personalidad más amable y sociable, menos melodramática tal vez.

—Te confieso que yo misma sentí una emoción difícil de explicar. Me

imagino lo emocionante que será para ti.

—Puro nervios estoy, con una ansiedad tremenda y a la vez abrumado por la responsabilidad de no arruinarlo, de no boicotear el momento más intenso de mi vida.

El diálogo transcurría mientras ella servía la pasta y él se levantó con galantería a ayudarla.

—¿Esto va más rápido de lo pensado o va todo de acuerdo al tiempo que pensaste?

—Vamos muy bien. El equipo ha sido muy cuidadoso y expeditivo, son profesionales. Además, no es un barco tan grande y por eso no hay demasiada dispersión de sus trozos. Pudimos focalizar en el área más limpia del casco y la entrada fue un éxito. Ojalá podamos seguir extrayendo con la misma facilidad las demás cajas.

—Hay de todo un poco y muy valioso.

—Eso se verá mejor cuando todo sea catalogado y puesto a disposición de los rematadores. Dependerá mucho del interés de los potenciales clientes. Siempre hay mucha demanda para este tipo de objetos que están avalados por su antigüedad y su belleza. Pero lo más importante son las monedas que aún no encontramos. Veremos.

—¡Cuánto habrá esperado aquella novia por esas esas telas y esa platería!

—Habría lamentado mucho la pérdida, aunque esa gente con tan buen pasar económico probablemente lo compensó en futuras expediciones. Lo terrible fue para quienes perecieron.

—Sobre eso y ya que lo traes a colación—No sabía bien cómo encarar el tema—. No te he dicho todo porque no teníamos confianza. Sabes que la dueña

de la ONG que ha solventado el operativo es mi abuela. Ella decidió financiar la empresa porque ese barco hundido tuvo relación con nuestra familia.

Sebastián la miró por atención y sorpresa, deteniendo su tenedor y recostándose hacia atrás.

—No tenía idea, no me imaginé nada. Eso explica tu presencia.

—Sí, es así. Mi abuela tiene un interés especial en este barco.

—¿Y eso por qué? — le inquirió.

—Al parecer y te cuento lo poco que sé, pues a mí también me tomó de sorpresa, una de las antepasadas de mi familia, de la rama materna, se hundió en este naufragio.

—Eso es algo muy raro, este era un barco de comercio, un bergantín de carga—entonces se tocó la cabeza, en gesto de recuerdo—. Aunque, si, es verdad, el capitán mencionó a una dama.

—Sí, bueno. Yo supongo que debía ser una excepcionalidad que una mujer europea viajara este tipo de barcos.

—No era lo más común, no tenía comodidades. Y si era una dama acostumbrada a pasar bien, podía ser agobiante.

No se le ocurría decirle que era una noble y que ella tenía contactos cercanos con un Conde, la miraría como un snob.

—Ella vino al Río de la Plata, no sé por y para qué, y su vida se vio cegada por este horrible accidente.

—Suena triste.

—Sin ninguna duda fue espantoso, morir así y tan lejos de los suyos, además. Me debo averiguar más sobre ella, en realidad. Lo haré cuando

vuelva. El asunto es que mi abuela desea recuperar algunos objetos que la acompañaban, especialmente algunas joyas.

Vio aun mayor atención y varias preguntas en su mirada.

—¿Qué tipo de objetos, en concreto?

—Ella me habló de un medallón y de un anillo. Este en especial es el que más le interesa. Era una joya de la familia que se transmitía de generación en generación. Esa mujer fue la última en tenerlo y por razones obvias el traspaso quedó trunco.

—¿Es seguro que lo tenía consigo?

—Tal vez. No lo sé. En concreto, mi abuela quiere hacer todo lo que se pueda para recuperarlos y volverlos al seno de la familia. Ella es super apegada a las tradiciones.

—Eso podría ser más que difícil, imposible.

—Eso supongo.

—Por lo que cuentas, si ella lo traía consigo, sería un objeto personal que jamás dejaría a la vista o alcance de nadie. Me imagino que estaría en alguno de los camarotes centrales, tal vez el de capitán. Los hombres de mar eran bastante caballerosos en ese momento. Pero, ¿qué tal si los llevaba puestos, por ejemplo? Jamás nos haríamos con ellos. Sería imposible de recuperar del fondo del mar.

—Si, entiendo perfecto. He visto los trabajos y lo costoso que es ver a una nariz de distancia en el mar.

—Otra cosa. Tú misma has visto que ha comenzado el control estatal sobre todo lo que se recupere. Te puedo asegurar que desde mañana y hasta que saquemos el último objeto del mar, no nos quitarán la vista de encima. Hasta

ahora íbamos todo muy light porque no tenían mucha confianza en mi trabajo. Al ver que hay elementos de valor y la mitad le corresponde al país, van a estar siempre presentes.

—¿Tanto así como la mitad? —se asombró—. Los trabajos y la contratación, los equipos, todo va por tu cuenta y la de la ONG.

—Fue la única manera de lograr que me dieran la habilitación. El gobierno ignoraba todo lo relativo a este barco y a otros muchos que están en el fondo del mar. Y paradójicamente, una vez que lo supieron, por mí, se comenzó a hablar de patrimonio y objetos a cuidar. ¡Ni idea tienen de lo que está y cómo, si no los saca alguien yacerían para siempre en total desconocimiento! —su voz se había elevado, molesto y al instante respiró y aflojó la cabeza—. Mas es así como funciona. No me quiero enroscar y enojar.

—Entonces...

—Hice todo lo que podía y lo que estaba a mi alcance para lograr la inversión de dinero que necesitaba. Eso significa que la mayor parte de este rescate y de este sueño se va para manos ajenas.

—Ups, eso es triste—se condolió con sinceridad.

—No tanto si pensamos que nunca sería posible hacerlo sin esas dos partes. Por lo que comenzamos a ver, vamos a quedar todos contentos con el resultado. Yo habré tenido razón, gano prestigio en mi tarea, salvo mi barco y quedo cómodo para futuras empresas. Volviendo al tema ¿Tu familia tiene algún modo de atestiguar que les pertenecen esas joyas, de aparecer? ¿Papeles, constancias de algún tipo?

—Lo ignoro. Como te dije, jamás había escuchado esa historia antes. Veré de averiguarlo. Y de ir preparando a la abuela para el desengaño.

—Me parece que va a ser lo más sensato.

Le sonrió ahora y decidió ir por otro lado, ya bastaba de hablar del barco y cosas muertas y feas.

—¿Qué opinas de esta cena?

—Bien, déjame decirlo así. Si saber cocinar fuera un elemento clave para casarte hoy día, creo que tendrías problemas.

—¡Deja eso, está muy bueno! La pasta es muy tierna y sabrosa.

Mientras terminaba de auto alabarse, él se atragantó e hizo gestos de ahogo, señalando desesperado su cuello. Ella saltó hacia el agua y con manos temblorosas se la acercó a la boca. Tosía apremiado y no parecía recuperarse, por lo cual comenzó a palmearle la espalda con fuerza y entonces se sacudió y protegió el rostro que era un poema risueño.

—Deja ya, mujer deja ya, le has echado toda la pimienta del mundo, eso es lo que me pasa—se incorporó tosiendo mientras ella lo miraba sorprendida.

—No es así, mi porción estaba muy buena.

—Pues evidentemente no la condimentaste uniforme. ¡Estoy prendido fuego!

—Lo lamento—se acercó preocupada y acarició la mejilla.

Él la miró con intenso brillo y ya no supo que más decirle. La conexión de sus ojos era tan fuerte y el momento tan intenso que no pasó un segundo y sus labios se unieron en un beso al unísono, imprevisto y suave que se volvió profundo y que los llevó a pegar sus cuerpos y abrazarse. Los labios de Sebastián picaban y entonces ella se soltó, para toser y rascar su nariz.

—¿Tenía que besarte para que te dieras cuenta que era real que te habías pasado con el picante? —le sonrió provocador.

—Esto es... Incómodo—contestó.

—¿Sí? Puede ser. Pero convengamos que no fue un beso robado—casi se defendió.

—Yo no estoy diciendo eso.

—Podríamos decir que fue un beso culinario y eso nos evitaría pensar en otras cosas.

“¿Un beso culinario? ¿Qué era eso? Había sido un ósculo mayúsculo, un chupón importante, de esos que te mueven el piso y te dejan flojita”, pensó. “Al que hay que poner límites para que se conserva la seriedad”, agregó.

Asintió mostrando que estaba de acuerdo, ya que eso saldaba el asunto. Volvieron a la mesa, ahora más callados, comieron en silencio y mirándose de tanto en tanto.

—Así que mañana a continuar—retomó ella la charla.

—En efecto.

Era claro que no era lo mismo. No se arrepentían del impulso que los unió, sin embargo, y a la interna saboreaban el gusto mutuo y la electricidad de la conexión. Había tenido gusto a poco. El problema era que expresarlo complicaba el buen vínculo y generaría tensiones. Así que, por esa noche, el vino quedó de lado y el diálogo perdió fuerza. No sabían cómo reaccionar o qué decir, pues estaba claro que cualquier frase mal construida los llevaría por caminos escabrosos.

Elvira se increpó luego por estar perdiendo el control. Era evidente qué él le gustaba como hacía mucho tiempo no le gustaba un hombre, tanto como para saltarse convenciones o conveniencias personales si fuera necesario. Se sabía carnal y eso a veces le complicaba todo. No le hubiera costado nada entregarse y disfrutar para luego lamentarse al otro día. Agradeció que él fuera tan caballero. O desinteresado, no sabía cuál de las dos palabras acertaban

más.

VEINTIUNO.

Su sueño estuvo plagado de imágenes y situaciones explícitas, algunas de las cuales la hicieron ruborizar al despertar, cosa que le costó más que lo habitual. Al mirar la hora dio un salto en el lecho, sin entender como todavía Sebastián no había golpeado la puerta. Se puso la bata con apuro y salió de la habitación, dispuesta a dar sus disculpas. Lo encontró mirando por la ventana con un gesto contrariado en su rostro.

—Disculpa, Sebastián no sé qué me pasó, me dormí. Me apronto enseguida y...

—No te apures—la miró—. Es un día muy ventoso y el mar está picado. Ya me comuniqué con Prefectura y no recomiendan navegar. No vamos a poder trabajar hoy. Sólo espero que esto no se extienda en el tiempo—rezongó.

Si bien entendió el disgusto dada la gran ansiedad que tenía la noche previa, a ella en secreto le alegró tener un respiro y pensar que hoy no estaría sobre el agua. Lo estaba tolerando mucho mejor de lo que había pensado; todavía sentía la sensación de inestabilidad, aunque casi nada de náuseas. Las pastillas que había comprado eran muy efectivas y le habían permitido encarar lo que siempre pensó un hándicap.

—No te preocupes—procuró calmarlo—. Han sido ciento setenta años de mareas y de tormentas. ¿Qué podría hacer un día más?

Él sonrió y afirmó.

—La ansiedad que lo gana a uno cuando está tan cerca. Tienes razón. Va a ser un día un poco aburrido, si quieres te llevo a conocer el lugar. Te hago una

recorrida turística, digamos.

—Claro que sí—contestó con entusiasmo.

Apenas podía creer tanta amabilidad; él había cambiado muchísimo. “O es su yo real, ¿quién dice que su verdadera faz es la que me mostró primero?”. Ella no era de creer en las primeras impresiones y aquí había un buen ejemplo.

—Eso sí, péinate y pasa por el agua porque esas ojeras tuyas me van a hacer quedar mal.

Resopló, aunque al observarse en el espejo coincidió en que estaba bastante desprolija. Se presentaba ante él con cero coquetería, se reprochó, casi como esos matrimonios a los cuales los años de intimidad les hacía mostrarse en sus facetas más íntimas y menos cuidadas. Se fastidió, no era eso lo que pasaba entre ellos. Por lo menos un poquito de dignidad estética, se fustigó.

Pues hala, que esperara entonces. Se practicó una limpieza facial, se cepilló el cabello hasta que sus ondas brillaron y se sintieron suaves al tacto. Se puso corrector facial y pintó sus labios, a la par que aplicaba un suave rubor. Le gustó el resultado y supo que la transformación impactaba cuando él la miró al salir de la habitación y asintió con gusto.

—Estás lista y compuesta, muy bien. Te llevaré a conocer lo mejor de la costa este de Uruguay. Si eres de las que les gusta la naturaleza en su esplendor, te va a gustar mucho.

—Me da placer estar en contacto con lo más puro de nuestro planeta. No tengo mucha oportunidad, he vivido en urbes pobladas y algo contaminadas. Por eso mis viajes siempre son a lugares más bien algo desolados o despojados de edificaciones.

—Entonces vamos a estar muy bien.

Se deslizaron con morosidad por la costa y le fue enseñando distintos sitios de interés: lagunas enormes, extensas playas, un pueblito encantador de pescadores artesanales, balnearios poco tocados por la civilización y a pesar de ser muy concurridos en temporada, mantenidos de una forma muy tradicional. Se divirtió mucho. Él podía ser encantador y cuando se disponía a conversar lo hacía con un nivel y un vocabulario muy especial. Eso le llamó la atención; por lo que había escuchado de sus antecedentes era más bien autodidacta y dedicado a las tareas del mar desde adolescente.

—Sabes mucho, te gusta.

—He aprendido al viajar y me encanta leer. Investigo mucho donde voy, las tradiciones de los lugares me interesan sobremanera. Hablando de esto, ven, te invito a comer el mejor y más característica menú marino de la zona.

Se detuvo en un pequeño parador playero, colorido aunque algo precario, con unas sillas y mesas de plástico y manteles de cuadros.

—¿Me vas a invitar a comer aquí?

—Este sitio es un secreto solo para entendidos—le aseguró—. No te guíes por las apariencias.

Lo siguió y vio como charlaba y reía con el encargado, un hombre algo obeso, de immaculado delantal. La señalaba y el regordete hacía un saludo y luego palmeaba a Sebastián en la espalda, quien sonreía. De seguro estaban convencidos que eran novios. “O amantes” fantaseó.

Volvió restregándose las manos y sonriendo.

—Verás ahora. La pesca ha sido muy buena y en este momento está en ejecución un plato celestial.

—Mmmm, veremos.

—Confía, no te defraudaré.

Al cabo de un tiempo que se le hizo brevísimo, ya que Sebastián le relató varias anécdotas, les trajeron un enorme plato con frutos del mar preparados: rabas, cangrejo, pulpo, conchas, acompañadas de limón y salsas varias.

Apenas probó, no paró de halagar y disfrutar, al punto de terminar comiendo con sus manos y chupándose los dedos. Levantó la vista y él la observaba fijo.

—Perdona mis modales, es que...

—Está buenísimo—acotó—. Te lo dije. Todo afrodisíaco, además—sugirió al pasar.

—No voy a poder ni moverme—se quejó—. Comí demasiado.

—Todo esto se digiere rápido. Pero es buen momento para una caminata. Te llevaré ahora a mi lugar favorito, uno que es casi un paraíso de verdad. Se encuentra protegido por ley y por lo tanto, no se puede ingresar con vehículos.

—¿Vamos a caminar?

—No seas haragana.

—Sí, lo sé, es que estoy demasiado acostumbrada al vehículo, pero me va a hacer excelente que la sangre corra—señaló.

Él condujo y estacionó el vehículo a los pocos kilómetros y la invitó a descender. Altas y blancas dunas por doquier, y no se veía a nadie alrededor.

—Esto es casi como un desierto —señaló—. Es maravilloso.

Era un día brillante, con el cielo despejado y el calor comenzaba a picar.

—Solo hay habilitación para los vehículos todoterrenos que no dañan el ecosistema de las dunas. Viejos camiones, otrora del Ejército Nacional, han

sido acondicionados para llevar la gente sentada en bancos, protegidos por sombrillas. Un poco precario, casi exótico y que constituye un colorido recuerdo para el que los usa—le explicó—. Es la manera que han encontrado para cuidar el lugar y a la vez aprovechar los ingresos de turismo.

—Me parece sumamente inteligente.

— Ven, vamos más hacia allá.

Elvira caminaba con torpeza, por lo que se quitó los zapatos y dobló sus pantalones. A la vez, él se quitó la camisa y sus pectorales afloraron, haciéndola suspirar, aunque disimulara.

—Es una pena no haber traído el traje de baño—dijo él.

—Es verdad. Se presta para un buen chapuzón y para disfrutar los rayos del sol.

—No va a ser porque no has tomado sol estos días a bordo de mi nave. Al comienzo, cuando te conocía poco, temí que te diera por llevarte la malla y te tendieras al sol—la desafió.

—Por favor, no soy tan desubicada—se defendió—. ¿En el mar, frente a desconocidos?

—Hubieras boicoteado todos mis esfuerzos. ¿Cómo los hacía trabajar a mis marineros? Asimismo, cubierta como vas, se hace complicado.

Parecía un reproche velado, aunque sonreía.

—He tratado de cubrirme cómo puedo. Aun así, mi cara está seca, roja y con manchas.

—Tu rostro sigue igual de espectacular—la piropeó.

—Eres muy amable, gracias. ¿Así galanteas a tus novias? —lo miró.

—No tengo—dijo mientras se adelantaba y levantaba los brazos para tomar aire.

—Dices que yo distraigo a tus hombres, pero a ti te gusta pavonearte.

—¿Tengo necesidad? Bastante me has mirado ya cuando me quito y pongo el traje.

—¿Qué dices? —se ruborizó.

—Vamos, te he visto observando mi cuerpo labrado a cincel— bromeó.

—¿Qué te crees tú? —se inclinó y le tiró con algo de arena

—Nada—señaló mientras esquivaba—. Solo bromeo. Seguro que en tu país debe haber muchos suspirando por ti.

—Pues si es así, no me han hecho saber nada.

—¿En verdad? Tontos ellos. Me da pensar que los europeos no saben apreciar debidamente sus bellezas y eso es cuasi pecado.

Decía esto mientras se adelantaba. Le alegró qué pensara de esa forma y la halagara.

—¿Qué te parece si tomamos sol? Aún sin trajes de baño. No hay nadie para criticarnos.

En verdad no se veía un alma a la redonda. Él no esperó su respuesta, lo vio quitarse el pantalón y quedar en ropa interior, un ajustado calzoncillo bóxer que no dejaba nada librado a la imaginación, todo lo existente, que parecía mucho, bien sugerido.

—¡Cómo te gusta exhibirte! —casi se quejó.

Ella trataba de no mirarlo y se lo hacía bien difícil.

—Me gusta lo natural, si no estuvieras aquí, estaría en cueros.

“Por mí no te contengas” casi le dice.

—¿Tú no te atreves? Eres muy estructurada—la retó.

Esto la sacó un poco y la hizo actuar. No le diría él que era una gallina. Se quitó su blusa y bajó los pantalones para quedar en ropa interior, un hermoso conjunto con puntillas que luego recordó era sumamente cavado. Ni modo, es que él lograba provocarla.

Él silbó y la miró sin censura, haciéndola sentir que la tomaba con los ojos. Esto le encantó y avergonzó al mismo tiempo. La hacía aparecer como una descarada. Miró hacia el costado y le señaló un trozo de playa más adelante.

—Vamos allí, si te parece.

—Las damas primero— dijo con una mueca pirata como sonrisa.

¡Descarado! Quería verle el trasero y no lo disimulaba. Pues no sé mostraría como una mojigata y se adelantó para tumbarse al sol.

—¿Elvira? — sintió la voz al lado—. Eres un monumento, mujer.

—No, no lo soy. Estoy algo gorda y...

—Estás re buena, tienes las medidas justas.

—Deja eso, me pones nerviosa innecesariamente, conversemos.

—Bueno, voy a mirar hacia otro lado, aunque no sé cuál de los dos panoramas me atrae más.

Se mostraba como un seductor nato y le gustaba. Ese era el asunto, le gustaba tanto como para olvidar sus prejuicios y sus planes de no mezclarse en relaciones pasajeras. Tenía el deseo en su garganta y veía que su voluntad cada vez se debilitaba más.

Hablaron de intrascendencias, retomaron el tema del barco, articularon frases variadas, pero ninguna podía hacerlos evadir la tensión sexual que se había establecido entre ellos. Se miraban de costado, aprovechando cualquier excusa. Era cuestión de tiempo que lo inevitable se produjera Y entonces él sugirió irse, levantándose y haciéndola sentir algo decepcionada. Tal vez su cabeza demasiado calenturienta la engañaba y el deseo era solo suyo. ¿O él sería gay? No, no, ese hombre miraba con hambre y no había forma de confundirse.

Se vistieron con rapidez y volvieron al vehículo para luego trasladarse a la casa. Habían disfrutado del paisaje, de la comida, de la conversación y la mutua compañía.

—No te puedes quejar, Elvira. Te ofrecí un paseo completo, los turistas pagan mucho por esto y ni siquiera cuentan con el placer de hacerlo conmigo.

—Eres vanidoso.

—Puede ser. Pero me parece que lo que he hecho por ti hoy amerita una devolución.

—¿Qué quieres, que te invite también? No conozco ningún lugar, pero si deseas lo hago.

—No—sentenció—. Planeo cobrarte de otro modo.

Las palabras la tomaron por sorpresa y la claridad de los ojos que avanzaban hacia ella mostraban casi voracidad, lo que hizo que su rostro se arrebolara. Había creído que el momento de tensión había pasado y esto le mostraba que él solo había pospuesto el deseo.

—Yo...

—Te doy apenas unos segundos para decirme que no. Hazlo de inmediato,

porque una vez que ponga las manos sobre ti, no tendré vuelta atrás. Deseo perderme en tu cuerpo, acariciarte y besarte como no lo han hecho nunca, hacerte el amor hasta que grites.

Dio un paso atrás, impactada por la intensidad de sus palabras, dichas en un susurro y en un tono ronco que anunciaba el deseo de ese hombre sobre ella. Su reacción lo hizo detener por lo que dio ahora un paso hacia delante y le respondió.

—Sí. Sí a lo que me propones.

—Eres una mujer despampanante y lo escondes. No lo puedo permitir.

Se acercó y le quitó con suavidad la blusa, lento. Lo dejó hacer, temblando de emoción. Estaban a unos centímetros, ella apenas cubierta, dejando que sus ojos resbalaran sobre su cuerpo como si quisieran devorarla. La abrazó y la atrajo hacia sí a la vez que desprendía su brassier para que sus senos quedaran expuestos, enhiestos y firmes.

—¡Tienes unas lolas espectaculares! Lo vi desde el principio aún debajo de esas bolsas que vistes.

Se separó y miró apreciativamente las mismas a la vez que las tomaba y las levantaba, para luego acariciar una de ellas y succionarle el pezón, provocando sensaciones increíbles. Ladeó su cabeza hacia atrás mientras gozaba y dejaba que él enredara su lengua en cada pezón alternativamente. Gemía sin pudor, él había descubierto desde el inicio una de sus zonas más erógenas.

—Eres muy expresiva, me gusta eso.

Trató de recomponerse, parecía una mujer fuera de sí.

—No me gusta jugar en desigualdad de condiciones—le comentó.

Desprendió su camisa y con rápidos movimientos la quitó, para acariciar los pectorales y los abdominales marcados. Era firme y duro.

—Muy bien, vamos a todo por el todo. ¿Nos quitamos el pantalón?

—Atrevida y osada. No voy a desoír tal invitación.

Desprendió su cinto sin dejar de mirarla, para luego dejar caer el jean y exponer su masculinidad en tensión.

—Tu turno, nena.

Ella se lo quitó con rapidez para quedar en su minúscula tanga. Parados frente a frente, apenas centímetros de tela los separaban de la desnudez total y ambos se comían con los ojos.

—Quita tu tanga.

—Quita tu primero tú calzoncillo.

—¿Crees que tengo algún drama con eso?

Sonrió y lo bajó para dejar expuesto el miembro viril y demostrar que estaba muy bien dotado.

—¿Aún es un sí? —le dijo.

—¿Crees que me voy a arrepentir ahora? ¿Qué verte así me va a asustar?

—Este pajarón provoca muchas sensaciones—bromeó con una guiñada, logrando distenderla.

—¿Y las recibe? —le señaló con picardía absoluta mientras le acariciaba con la yema de uno de sus dedos la pelvis.

—¡Eres bastante zorrita, Elvira! Me encanta— se adelantó y la tomó para llevarla en andas al sofá, donde la tendió y comenzó a acariciarla, suave y pausado, rozando sus muslos y caderas hasta que los dedos se volvieron

osados y circunvalaron la vulva, para provocar estragos de placer en el clítoris.

—¿Te gusta? ¿Lo hago bien?

No podía más que jadear y asentir con su cabeza. Entonces él volvió a su boca, exigiendo beber de sus labios. Elvira cerró sus ojos y lo besó con ternura y ardor a la vez, con ansias. Acarició su espalda y luego sus glúteos, para luego concentrarse en su miembro, al que rozó y frotó con extremo cuidado y suavidad. Sintió que él se estremecía de placer y aumentó el ritmo. Había perdido toda inhibición, quería entregarse y gozar y lograr que él también. Había pasión, ternura, deseo y urgencia dándose la mano en ambos amantes.

Él murmuraba su nombre y le decía cosas bonitas que la ponían aún más frenética.

—¡Nena bonita, eres una reina! ¡Así, así, goza, hermosa!

La separó de sí y la hizo dar vuelta para comenzar masajear su trasero a la vez que le acariciaba la vulva en un sube y baja enloquecedor. Ella lo enfrentó otra vez, trémula de deseo y pasión y se besaron con más fuerza, uniendo labios y lenguas en un espadeo interminable. Lo empujó para que se tendiera y se subió sobre él. Estaba tan lubricada y tan abierta que la unión fue inmediata y lo sintió pujar dentro de ella. Ambos rostros en éxtasis, sus miradas unidas, sus labios entreabiertos, los senos brincando.

El frenético baile sexual no hizo más que aumentar y así los gemidos que ambos lanzaban al aire para exteriorizar el placer más intenso. La lujuria los hizo terminar a la par casi gritando, para luego disminuir el ritmo y abrazarse en una caricia de mutuo gozo.

Los días y horas compartidas desde el inicio del rescate, las miradas

primero furtivas y luego llanas, el interés sin exteriorizarse, había ido acumulando fuerza y cuando lo contenido se desató, por mutua voluntad, todo fue una catarata de sensaciones y placeres. Y fue tan satisfactorio que no bastó una vez; al poco rato y sin mediar más que sonrisas pícaras y nuevas caricias, los cuerpos se buscaron nuevamente. La segunda vez fue más lenta, más disfrutada, menos impulsiva y con el mismo ardor.

—No hubiera imaginado que este cuento terminaría así—susurró él.

Ambos yacían desnudos en la cama, la ventana abierta y el aire salobre y cálido de la noche ingresando. Estaban en penumbras, iluminados apenas por la luz del living.

—¿Dices que no te habías imaginado hacerme el amor?

—Por supuesto que sí, mi querida. Soy humano, en mi mente tuve sexo contigo varias veces y debo decir que la realidad ha superado largamente a la ficción.

—Me haces avergonzar.

—No te imaginé tan pasional, calentona decimos por acá.

Ella le dio un empujón suave.

—Me encantan las damas estiradas que pierden todo prurito en la cama.

—Toda mujer que se siente inspirada y deseada y que a su vez desea a un hombre se comportaría así.

—No creas. Tu unes fineza con una adecuada dosis de procacidad que estimula. Eres una real hembra y eso me encanta. Tuve mis dudas y me preguntaba si llegaríamos a conectar.

—¿Estabas evaluando si me acostaría contigo?

—Hablo en general. Pero eso también.

—Traté de evitar sentirme atraída por ti.

—No es tarea fácil—le hizo un guiño—. ¿Y puedo preguntar por qué?

—Parecemos tan distintos, venimos de lugares tan diferentes Y ninguno de los dos tiene claro hacia dónde va.

—Yo tengo claro... Tenía claro dónde iba. Ahora, tú me haces replantearlo.

—No sé si eso es bueno. Yo tengo mi vida organizada en otro lado.

—¿Y estás satisfecha con ella?

La pregunta la descolocó y le hizo pensar. Tenía un trabajo, su familia. Nada que la atara de manera irreversible. Estaba cómoda y en terreno conocido en Europa. Nunca había pensado cambiar nada y eso era parte de su personalidad que tendía a conformarse.

—No sé si satisfecha es la palabra. Estaba bien.

—Ese verbo en pasado me da alguna esperanza.

Sonrió. Acarició su rostro.

—La pasamos muy bien.

—Más que eso. Y no me basta solo esta vez—asintió ella.

—Pues éste es un comienzo muy bueno. No necesitamos apresurar nada. Consideremos si queremos y nos merecemos algo más a medida que el tiempo pase.

—Es que no hay demasiado tiempo, justo por eso quise evitar el contacto.

—Pensemos esto como sólo sexo, por ahora, Elvira. El tiempo y nuestros

cuerpos y corazones dirán si se transforma en algo más.

—Bueno, si lo dices así es un poco feo. A nadie le gusta sentirse solo un polvo.

—Por supuesto que no, tengo planeado por lo menos quince o veinte revolcones más—señaló él y ella le pegó un pescozón.

—Mira, seamos serios. Creo que coincidirá que nos gustamos a morir. Tenemos una conexión increíble y eso acaba de verse.

Era absolutamente cierto, se habían complementado como si fueran una pareja antigua.

—Dejemos las cosas fluir, disfrutemos el tiempo que tengamos, demos rienda suelta a la pasión cada vez que surja y no permitamos que se interponga en nuestra relación profesional.

—Es lo mejor—asintió ella.

— Y cuando quieras o debas irte, consideraremos qué ha pasado con nosotros. Ahora, basta de cháchara y déjame disfrutarte y hacerte vibrar. No te atrevas a dejar de tocarme.

VEINTIDOS.

El día y la noche anterior fueron tan intensos, la sacudieron tanto en cuerpo y mente que le pareció vivir un sueño maravilloso. La distancia entre ambos había desaparecido y solo quedaba calor y pasión. Recién en la mañana recordó que debía contactarse con la abuela Rosemary, hacerle saber que su sueño se complicaba, qué sería muy difícil primero encontrar las joyas y de hacerlo, demostrar que le pertenecían.

Era muy engorroso no podía forzar a Sebastián y exigirle un esfuerzo que pusiera en riesgo su vida. Después de todo eran objetos; cualquier relación sentimental o sentido especial que pudieran tener para su familia, no era nada ante la vida humana. Cuanto antes la pusiera en antecedentes sería mejor, por lo que decidió comunicarse.

Que Rosemary estaba ansiosa fue evidente porque apenas si dio importancia a los saludos de rigor y pasó directamente al ataque.

—¿Charlaste con ese hombre? ¿Pudiste convencerlo?

— Abuela, estás muy inquieta por esto. Mira, sí, estuve conversando con Sebastián y él me ha explicado algunas cosas que no habíamos tenido en cuenta. En la ansiedad por obtener las joyas, hemos dejado de lado algunos aspectos importantes.

—¿A qué te refieres, Elvira? ¿Qué te ha dicho ese hombre? Que no intente convencerte de nada extraño, son dos objetos que para él no tienen valor alguno en comparación con el resto de lo que obtiene.

—No te sulfures, no se trata de eso.

—¿Y qué es entonces?

Rosemary trató de tranquilizarse y respirar. Se comportaba como una chiquilla ansiosa, en verdad tenía que reconocerlo.

—En principio, los objetos no están en la bodega, tal como lo pensábamos. Y ese es uno de los inconvenientes, la posición de la nave hace muy difícil acceder a los camarotes y sobre todo al principal, donde debe haber estado nuestra antepasada. Sería un riesgo bastante importante que los buzos intentaran entrar.

—¿No es eso lo que hacen? Se me ocurre que ese señor está muy cómodo con lo que ha obtenido y no piensa siquiera satisfacer un pedido pequeño.

—Esto no es pequeño, abuela.

Elvira trataba de sonar razonable mientras suspiraba internamente. Sabía cuán caprichosa podía ser su abuela cuando se tomaba algo entre ceja y ceja. Omitía consecuencias y riesgos que no fueran los propios. En ocasiones como estas es que entendía por qué su padre la tachaba de egoísta e individualista. También era verdad que estaba lejos y no sería justo pedirle que entendiera algo que ella solamente había comprendido o dimensionado por vivirlo en persona.

—Te voy a explicar mejor. Él me lo hizo ver con un esquema; fue muy claro y me dijo que haría lo posible, pero lo veía difícil. Eso para comenzar. También me explicó que tal vez esa mujer los llevara puesto, lo que haría imposible recuperarlo.

—Esas joyas no se usaban en lo diario. Eran solamente para exhibir en fiestas o eventos sociales.

—Bien, supongamos que fuera así. Incluso en la mejor de las situaciones, que es que las encuentren, hay un escollo. En este momento y desde que se

obtuvo la primera caja, hay un representante del gobierno uruguayo que está vigilando como un halcón cada uno de las cajas y objetos que se recolectan. Todo está siendo inventariado y va a pasar a control de la Aduana, de la Comisión de Patrimonio y del Gobierno. En algún momento se someterán a subasta. Es decir, si realmente esos objetos están y se obtienen, no sé si vamos a poder hacernos con ellos.

—¡Pero nos pertenecen, Elvira!

—¿Tenemos alguna forma de comprobarlo?

—Era el siglo XIX. Los joyeros no brindaban garantías—resopló.

—Ya sé, lo entiendo. Pero tal vez hay referencias, hay cuadros, retratos que representen a las antiguas Kent con esas joyas.

—Sí, eso existe. Esa puede ser una forma de demostrarlo—se animó ahora.

—Estamos contemplando la mejor de las opciones y en todos los casos, hazte la idea que llevaría mucho tiempo, recursos, presentación de oficios, de trámites.

—Realmente pensé que todo sería más sencillo—murmuró.

—Sí, yo también. Mas teníamos una perspectiva de los rescates submarinos que no se corresponde con la realidad. Hay mucho trámite burocrático y el hecho de que el país en el que estamos dio la autorización para la recuperación de una manera renuente, hace que espere obtener beneficios amplios y no va a facilitar ningún paso.

—Es una complicación. Dos objetos tan pequeños— se lamentó.

—Quería que lo supieras, cuanto antes mejor para que te fueras haciendo un panorama más amplio. Otra cosa, hay algo que me gustaría saber.

—Dime—señaló distraída ahora en las malas noticias.

—Esa mujer, esa antepasada nuestra que llevaba las joyas y murió en el naufragio. ¿Quién era realmente? ¿Qué hacía en este lugar?

No tenía sentido esconder la realidad. Elvira era su sangre y debía conocer de primera mano la situación. Esto no era ni siquiera una situación, apenas un chisme del pasado, con secuelas lamentables.

—No podríamos decir que era una Kent, no la llamemos antepasado.

—No entiendo—señaló con perplejidad—. Había entendido que esa mujer había sido alguien importante en la familia y por eso tenía esas joyas.

—Se llamaba Kate, ni siquiera recuerdo el apellido ahora. Tuvo un amorío con el cuarto Conde de Bedford, en ese momento Roger Kent. Era muy tonto, un cabeza de pájaro como la mayoría de los hombres de esta familia. No tuvo mejor idea que enamorarse de una escocesa arribista que lo convenció de casarse en secreto y a la que entregó con absoluto desparpajo, las joyas más caras de la familia, que solo podían ser usufructuadas por las legítimas mujeres Kent.

Todo lo que escuchaba ahora dibujaba una trama más intensa de lo que hubiera imaginado.

—¿Por qué estaba en ese barco? ¿El Conde murió entonces también?

—No, no fue así. Por fortuna, la madre de Roger actuó con iluminada rapidez y pudo desestructurar la trama que el clan de esa mujer había planeado. Logró separarlos, urdió un plan que la llevó sin saberlo al Río de la Plata, cuando ella creía que iba a Francia enviada por su amado, por un tiempo. La mala suerte para ella hizo que su embarcación se fuera al fondo del mar.

Sonaba realmente trágico y a Elvira la afectó que su abuela hablara con tanto desprecio y desapego de una muerte terrible. Hablaba de esa pareja como de unos meros trastes a los que se pudo desunir y tirar cada uno por su lado. Como si fueran muebles o monigotes. Con un destino terrible.

—A mí me suena que hubo un gran amor ahí—sentenció bajito.

—¿Amor? No lo sé, sin duda por parte de él lo hubo. Solo así se explica que haya actuado con tanta irresponsabilidad, olvidando sus deberes para con la familia.

—¿Y todo terminó ahí? A ella la alejaron, murió y él olvidó.

¡Qué triste, algo de ella gritaba y se rebelaba con la injusticia cometida! Esa mujer perdió todo lo que tenía, hasta su vida, por ese amor.

—Tengo entendido que le costó bastante. Pero rehízo su vida más adelante. Con alguien de su estirpe, con alguien digno. Sé por relatos que esa joven no tuvo la posibilidad de ser amada como debía. El tal Roger fue bastante frío con su descendencia, se entregó a la bebida y murió relativamente joven, al poco tiempo que su madre, en realidad. Al menos eso es lo que dicen las cartas y los diarios.

—Me gustaría mirar alguna vez esos documentos, abuela—pidió.

Algo de esa historia la requería y la llamaba.

—Sí, sí cuando tú quieras. No encontrarás nada más que lo que te acabo de relatar.

—Está bien. En poco tiempo más todo habrá terminado en el lugar del rescate y podré volver.

—Me imagino que estarás ansiosa, querida. Vuelvo a agradecerte y sea lo que sea, aunque no podamos obtener las joyas, al menos, compensaremos la

inversión. Eso tiene un poco preocupado a tu tío.

—Hasta donde sé, los objetos se van a valorizar muy bien. Y si obtiene el esperado cargamento de monedas de oro y plata, será aún mejor.

—No habrá sido en vano.

“Para nada”, pensó para sí. Conocer a Sebastián y convivir con él había sido premio y tesoro suficiente

VEINTITRÉS.

La conversación con su nieta dejó a Rosemary preocupada. Las imágenes que había trazado en su mente hacía algunos meses, en las cuales parecía que recuperar lo perdido hacía siglo y medio era cosa sencilla, sufrían ahora el acoso de la realidad. Ella había procedido de una manera que le pareció la adecuada, fomentando el proyecto para la extracción, evitando que alguien más se quedara con las joyas al poner alguien a chequear.

Pensó que sería suficiente con la presencia de su nieta, acostumbrada como estaba a tomar lo que deseaba sin mucho trámite. Mas ahora se percataba de lo difícil que sería sortear la marea burocrática que se cerraría sobre el tesoro que se empezaba a rescatar.

¡Estaba tan cerca de obtener los objetos que habían sido pertenencia de la familia hasta que fueron entregados sin vergüenza o consideración por Roger Kent! Esta contrariedad debía ser rodeada, pero no se le ocurría cómo, salvo lo que ya había hecho: pedirle a Elvira que hablara y demandara al capitán que estuviera al pendiente del rescate y que desde el primer momento remarcara, si los objetos aparecían, que eran propiedad de su familia. Que lo gritara, si fuera necesario, ante los representantes del gobierno. Entendía que era un pequeño país y de seguro una protesta oficial inglesa podría incentivarlos.

Luego razonó que ésta era una opción temeraria. Lo mejor era que nadie se enterara de que el anillo y el medallón no estaban en la familia o que se habían perdido. Sería difícil explicar cómo, eso levantaría más polvareda, chismes y sospechas, llevando al apellido al oprobio. Se imaginaba a esa arpía de Lady

Sarah Prescott riendo y tejiendo hipótesis de mala muerte. O, peor aún, la duquesa de York dejando caer el dato en las cenas reales. No, no, era impensable hacerlo oficial.

Como cada vez que una preocupación la hostigaba demasiado y no la podía sacar de su cabeza, caminó por la mansión y los jardines. Estos mismos canteros, que ahora se mostraban verdes y rotundos, habían presenciado a las antiguas damas Kent con sus atuendos, sus bellos vestidos y su joyería brillando a la luz de la luna o de las velas, pensó con ensoñación.

Amaba la tradición, aun cuando no al pasado como tal, salvo en lo que ambos se asociaban. No era de las que añoraban las incomodidades o falencias del ayer, excepto los hechos que marcaban hitos en la familia. Las luchas al lado de los monarcas, la cercanía con las damas de la realeza. Si algo reprochaba con furia a ese pasado era que hubiera conectado a Roger con una escocesa de poca monta. Ese había sido el hecho que había desencadenado el traspie de la familia. Desde entonces, las cosas no iban del todo bien, siempre al borde de la quiebra, asediados por acreedores y cuando sacaban cabeza, algunos de los machos alfa Kent se las arreglaba para meter la pata.

Siempre había considerado la pérdida de esas joyas como una ruptura de la continuidad de la nobleza, casi como una afrenta. El anillo debería haber sido usado por su legítima antecesora, la esposa de Roger Kent. Era aquel rostro el que debió haber estado en el medallón, pero no. Ese tonto Conde de Bedford lo había entregado por una calentura de momento a una cualquiera. ¡Con la que se había casado! Por fortuna, su madre había actuado con sabiduría y astucia rompiendo todo trazo y limpiando bajo la alfombra para salvarlo, y con él a la descendencia.

—¡Mamá!

Sintió que la llamaban y al levantar la vista vio que su hijo Travis avanzaba por el camino de grava, flanqueado por los rododendros y robles. Lo observó: tenía una prestancia indiscutida a la que contribuían su posición y su apostura. Y sin embargo... Ah, ella conocía las debilidades de su hijo. Así como había recibido el título nobiliario, había heredado también las falencias de los hombres Kent.

Lo hubiera preferido más organizado, más sabio, menos egoísta y arriesgado con los dineros de la familia. Era así y debía hacerse cargo ella también. De alguna forma, su propia postura displicente en la crianza del heredero tenía como resultado a este hombre, adorable ante sus ojos, mas débil.

—Hola, querido. Me alegro mucho de tenerte por aquí.

—Hola, madre. Un placer verte. ¿Este paseo tuyo es de esos que inicias cuando estás preocupada?

Él también la conocía muy bien.

— Algo así.

—Ven, tomemos asiento. El sol está picante hoy.

Él se encontraba un tanto nervioso y si bien de habitual prefería hablar de los asuntos de su madre más que de los suyos propios, ahora no veía opciones. Su economía no rodaba cómo debía y la solución que le había ofrecido aquel potentado aunque desconocido burgués del club era interesante. Las sumas que le había adelantado no era nada al lado de las que necesitaba,

—¿Qué te preocupa? —dijo solícito. No quería parecer un desconsiderado total.

—He hablado con Elvira.

—¿Todo va bien ahí? —se preocupó.

En el resultado de esa exploración, en definitiva, una apuesta más de las que rodeaban su vida, estaba la esperanza de recuperar dineros que pudieran ser destinados a los huecos por él abiertos en el capital de los Kent. Incluso dependía de eso para la devolución de la suma al gentilhombre que le había salvado el trasero en el último minuto, cuando ya sus acreedores apretaban el cuello y lo exponían al escarnio público. Sin duda las condiciones y el pagaré era oneroso, pero no se podía pedir prestado a un capitalista sin esperar que éste obtenga un rédito. Lo entendía.

—Ella está bien, no te preocupes. También la operación de rescate va excelente. Han comenzado a recuperar objetos importantes.

—¿Oro? —sus ojos brillaron esperanzados.

—Aún no, pero tienen las expectativas—refunfuñó Rosemary—. Por ahora, son objetos que serán sometidos a subasta y se puede presumir un valor estimado interesante.

—Esas son muy buenas noticias. ¿Qué te inquieta?

—Sabes que para mí esta es una arriesgada jugada económica que ahora veo puede tener devolución, y eso es bueno. Mas son las joyas de la familia las que quiero.

Él juntó sus manos e hizo un gesto compuesto. Nunca entendería esa obsesión. Eran unas joyas, y ya. Ni siquiera de un valor trascendental. Ni se le ocurría contradecirla, sin embargo.

—Y, ¿qué es lo que pasa ahora? ¿No me digas las han encontrado?

—Nada todavía y no parece muy probable. Y de hacerlo, me preocupa cómo evadir los controles del gobierno para poder traerlas sin hacer miles de

trámites y generar curiosidad que acabe en escándalo.

—Habría que hablar con ese hombre, con el rescatista.

Estaban en sintonía y eso la alegró.

—Eso le remarqué a Elvira, pero no es tan sencillo al parecer.

—Ese hombre no estaría haciendo su gran rescate sin nuestro capital— subrayó con aspereza—. Lo menos que podría hacer es facilitarnos las cosas.

—No dar cuenta de lo hallado es un delito, esto se lo hizo saber bien a Elvira y parece firme al respecto.

—Por Dios, ni siquiera saben que esas joyas están ahí—suspiró con exasperación.

Lo fastidiaban a morir los puristas de leyes y situaciones, perdedores de oportunidades.

—No es seguro que estén ni que las rescatemos. De hacerlo y no convencer a ese hombre, habría que encontrar el modo legal de reclamarlas.

—¿Y cómo haríamos eso?

—Lo que tenemos son muchos y antiguos escritos que proclaman su existencia y lo describen, retratos de algunas de nuestras antepasadas luciéndolos. Eso debería bastar.

—No lo sé, pero lo dudo.

—En algún momento le sugerí a Elvira que podríamos sacrificar una parte de nuestras ganancias en pos de la obtención de esos objetos.

Ella lo miraba expectante y Travis trató de no demostrar el disgusto que la frase le produjo. Recordaba haber leído el proyecto con rapidez y en este se especificaba que el naufragio correspondía a un barco de mediano calado. Era

muy poco factible que hubiera uno de esos tesoros con los que uno sueña. Sacrificar una parte era arriesgarse a ni siquiera cubrir los costos. Y se necesitaba mucho para salir a flote. Trató de explicarlo con racionalidad.

—Es complicado, madre. Hemos invertido una buena suma de dinero y necesitamos recuperarla. Obtener capitales nunca viene mal. ¿Qué tienen esas joyas que te obsesionan tanto?

Dijo esto último con impaciencia. Él se encontraba urgido por dinero y ella proponía perder más. Bien y justo era decir que su madre no conocía a fondo los números, por fortuna, y de ahí su política tan libre con los capitales.

—¡Forman parte de la mejor tradición de la familia! —señaló algo asombrada de que él no pudiera entender un concepto tan básico y eso que había luchado por implantarlo desde niño, sin éxito.

—Son objetos...

—¡Que simbolizan mucho y constituyen el legado de las Kent! ¡No deben pertenecer a nadie más!

El entendía de nobleza, pero lo apresuraba el vil metal. En cierta manera, creía que había algo patológico en ese intento de recuperar algo que había dejado de estar en la familia y yacía en el fondo del mar. No iban a ser unas joyas las que restauraran el estatus de la familia. Esto lo pensaba, pues ni en sueños contradeciría a su madre. Debía ser astuto.

—Yo soy de la idea que no podemos dar marcha atrás con los contratos. Elvira, si es tan inteligente como dices, debería encontrar la forma de convencer a ese hombre. Qué utilice sus encantos, que los tiene.

—¡Conde de Bedford, hijo mío! Me inquieta esa línea de pensamiento tuya —meneó la cabeza con reconvención—. Elvira es mi nieta, tu sobrina. Jamás le pediría que se arriesgara por obtener una joya. Me parece que estamos en

condiciones de soportar cierta pérdida o al menos no ganar tanto.

“No, no lo estamos. ¡Si supieras, madre!”

—Discrepo. Hay ciertas dificultades, pérdidas de capital por inversiones improductivas—señaló al pasar.—. No estoy de acuerdo con reducir nuestro porcentaje en ese rescate.

—Esas joyas son muy valiosas. Son importante para mí—lo miraba con desafío haciendo notar que su posición era irreductible.

—Lo sé, madre— quiso contemporizar ahora—. Pero quiero que pienses que los negocios no van tan bien. Hay atraso en el pago de impuestos en el condado y está siendo complicado cobrar las rentas de nuestras propiedades. Algunas inversiones no han ido tan bien como lo pensamos al comienzo.

—¿Qué quieres decir con todo eso? —lo miraba tratando de ir a fondo.

Debía tranquilizarla.

—Nada grave, estamos experimentando algunos problemas de liquidez. Nada que no se solucione. Se impone cautela.

—Mientes muy mal—lapidó todo su intento con el comentario—. Siempre fue así, siempre sabía cuándo pretendías engañarme o hacer algo que no era correcto. Y veo esa misma mirada en ti ahora.

Lo analizaba desde sus ojos claros, metiéndose en su mente y obligándolo a retraerse.

—Te lo digo de nuevo, nada que no pueda solucionarse.

—Espero por nuestro bien que así sea, mi querido.

—Te estás preocupando innecesariamente. Esperemos estar muy enterados de qué pasa con esas joyas. Si no las podemos obtener de la manera más

sencilla, veremos de hacerlo por la vía formal. No necesariamente tiene que ser un escándalo ni se tiene que enterar al resto de nuestros pares.

Ella asintió, mirando distraída ahora hacia el jardín y a lo lejos, hacia el horizonte. Dejaría fluir la situación al menos por ahora.

VEINTICUATRO.

Ya habían sido rescatadas las cajas más importantes, y entre ellas apareció una, la más pesada y la que más costó sacar, que contenía una suma muy importante en monedas de oro y plata de la época. El júbilo de ese día fue tremendo, solo parte de ella pagaba todo y dejaba ganancias más que interesantes. El hallazgo comenzó a ser reconocido por la prensa, que se acercó a la zona para tomar fotos y dar cuenta del trabajo de los rescatistas. Esto trajo también algunos curiosos y la necesidad de reforzar la guardia del perímetro.

Incluso algunos miembros de la Comisión local de Patrimonio comenzaron a llegar, algunos interesados en los objetos, por puro interés histórico, otros buscando tal vez alguna falla; solo habían podido felicitarlos por el buen trabajo. Todos estos eran motivos suficientes para estar satisfecho y emocionado.

Sin embargo, con las tareas a punto de finalizar, Sebastián tenía la intriga y la pequeña espina acerca de lo que tanto le interesaba a la familia de Elvira. Él sabía que era bastante poco plausible encontrar objetos tan pequeños en uno de los lugares de la nave que tal vez más daño había presentado. Y, aun así, sentía algo que podría traducirse como deuda.

Él no estaría en esta situación de plenitud de no ser por la inversión que había realizado la asociación que regenteaba la abuela de Elvira. Confiados probablemente en poder obtener lo que habían perdido hacía tanto tiempo, convencidos de recuperar objetos que al menos devolvieran algo que perteneciera a quienes fatalmente habían perdido la vida.

No ignoraba lo poco seguro que era intentar hallarlos, casi como una aguja en un pajar. “Peor, al menos en un pajar se puede buscar tranquilo”, sentenciaba para sí. Algo en su interior lo empujaba a intentarlo, desafiando la buena suerte que habían tenido hasta entonces. No sabía si esto tenía que ver con el deseo de satisfacer a esa bella castaña que lo tenía embrujado, pero era probable.

Había barajado posibilidades toda la noche, abrazado a Elvira, mirando su pecho respirar con calma y sus senos bajar y subir al compás de una respiración sosegada, luego de la intensa batalla sexual que habían protagonizado. Era tan bella como apasionada, tan dulce como pícara. Se colaba en su mente poco a poco, dejando espacio para poco más, como un veneno dulce y fraganciado.

Así que esa mañana, mientras comenzaban las tareas de empaquetado y sellado, tanto él como Paolo se sumergieron en lo que Sebastián catalogó como una expedición “por las dudas”, una rápida visión de otras zonas que no eran las de la bodega. Una exploración por curiosidad y una despedida a la nave.

Los haces de luz cortaron por última vez las aguas del río e iluminaron otra vez la embarcación que durante tres años lo había tenido obsesionado. La rodearon con lentitud, recorriendo la cubierta y atisbando por los agujeros de los camarotes. Sebastián se acercó a uno de ellos, pequeño, que ya habían analizado con anterioridad. Esta vez movió los maderos y logró con un poco de esfuerzo hacer más grande el orificio. El pelirrojo tocó su hombro inquiriendo con las manos qué hacía. Le hizo un gesto de que esperara.

Una vez que se aseguró de poder ingresar sin apremios, metió sus piernas y girando mientras se introducía le dijo a su compañero que lo aguardara fuera. Este intentó detenerlo, con preocupación en su mirada, pensando tal vez

en lo innecesario de tentar a la suerte. Le hizo un gesto de tranquilidad con el dedo. Sólo miraría, un breve recorrido visual que le dejara con la tranquilidad de que lo había intentado. Él mismo no se sentía cómodo, el lugar se veía más estropeado, más golpeado que el resto.

Una vieja litera, muebles semidestruídos, objetos por doquier. Movi6 levemente uno y otro, nadando con calma. Había arcones de lo que sin duda había sido un equipaje de mujer, los marineros no tenían tanto bulto. Y entonces lo vio, en un rinc6n caído, un pequeño cofre bastante labrado. Su corazón latió con fuerza. Ahí debía estar lo que buscaban. Parecía imposible, él mismo lo había dicho, y sin embargo las estrellas se alineaban para que todos estuvieran conformes y contentos con lo obtenido.

Probó abrirlo y no dudó en forzarlo. Lo que importaba era su contenido y si llevaba ese objeto sería uno más del inventario y se perdería para siempre en el mar de la burocracia y los remates. Elvira y su familia jamás lo tendrían o al menos no como lo merecían. Decidido ahora jugarse el todo por el todo, utilizó su navaja de emergencia y con algo de esfuerzo pudo hacer saltar los candados.

¡Ahí estaban! Un pequeño anillo, un medall6n y unos papeles. Metió con rapidez los mismos en una de las pequeñas bolsas impermeables que estaban en uno de sus bolsillos. Era tan pequeño el bulto que se hacía imperceptibles. Dejó caer el cofre y dio una mirada a todos los demás. Nada más que valiera la pena. Había probado suerte y la había tenido.

Volvió por donde había entrado y su compañero lo recibió algo nervioso. No había demorado más que unos minutos.

—Nada que valga la pena, colorado— le dijo por el intercomunicador y le hizo gestos para ascender.

Ya arriba se quitó con tranquilidad el traje, en un sitio más apartado de lo habitual. Se cuidó de ponerlo a secar de manera que no fuera objeto de la curiosidad de nadie, aunque la bolsa era imposible de percibir. Se sentía casi un ladrón y se repetía que era algo que hacía no por sí mismo, sino por sus promotores y sin que ellos se lo hubieran pedido, algo que iba contra las normas y reglas más básicas.

Lo sentía de justicia y a la vez un regalo. Pasaron varias horas recolectando los últimos enseres y objetos y haciendo la declaración jurada frente a las autoridades, todo con la pequeña bolsa ahora en su mochila.

Nada le dijo a Elvira, incluso cuando estaban solos en la cabaña, la dejó hacer. Mientras ella preparaba la comida, la observó, casi como catalogando si valía la pena, inquiriéndose si había hecho bien. Su pequeño juez interno lo hostigaba y fustigaba que se había torcido de la norma, pero sus impulsos y sus sentimientos lo perdonaban.

—Es fabuloso— le dijo ella, poniendo fin a su mutismo—. Has conseguido lo que buscabas y me alegro tanto por ti, Sebastián.

Le acarició la mano y se acercó un poco más para pegarse en su pecho y abrazar su cintura. Él recostó la cabeza sobre la suya.

—Así es, y todo ha pasado tan rápido que parece increíble. El tiempo me ha dado la razón.

—El trabajo duro lo ha hecho. Tuviste un impulso, una intuición. Buscaste información, hiciste todo lo que estaba a tu alcance para obtener la financiación que necesitabas y una vez que lo conseguiste trabajaste duro y sin enloquecerte.

—Es real también que nos espera un largo proceso de papeleo. Los objetos deben ser catalogados y valorizados por expertos, los gobiernos tienen

sus tiempos. Luego, la subasta.

—Son pasos que se irán dando solos y que, como tú dices, te acercarán aún más al objetivo.

—No tengo grandes ambiciones, sólo mantener mi barco y encarar nuevos proyectos.

—No te he preguntado. ¿Todas tus metas son así? ¿Tienes otras ideas acerca de tu futuro?

Lo miró con curiosidad.

—Siento que por fin puedo mirar el futuro con tranquilidad y con mayor responsabilidad. Han pasado los años en los que sólo quería aventura y emociones. Hoy me siento más seguro. Quiero establecerme, gerenciar mi negocio y que éste no dependa solamente de aventuras esporádicas y de tesoros. Algo sencillo, navegar. Transporte de personas y de mercaderías. Lo tengo que pensar mejor y con más tranquilidad.

—¿Vas a sentar cabeza, entonces?

—No soy un hombre alocado.

—Sabes a lo que me refiero.

—Voy a intentarlo. Ahora, deja de preocuparte por mi futuro y concéntrate que tengo algo que mostrarte.

Se incorporó y caminó hacia el mueble donde había guardado la bolsa con las joyas al entrar.

—Es mi sorpresa especial para ti—sonrió, dándose la vuelta y avanzando hasta ella, que lo miraba con expectación.

—No sabía que intercambiaríamos regalos, no tengo nada para darte.

—No hay nada que se iguale a esto.

—¿Qué es, una alianza de compromiso? —contestó con picardía Elvira.

Sebastián sonrió para sí mientras mostraba la pequeña bolsa

—Debo decirte que eres una excelente adivina, casi aciertas a la primera.

Los ojos de Elvira parecían dos monedas.

—No, relájate y mira.

Con cuidado extremo abrió y puso en sus manos el contenido. No lo había vuelto a mirar por temor a que alguno de sus compañeros lo percibiera y pudiera, aunque fuera de manera inocente, echar a correr el rumor de que se había quedado con algo de la expedición.

— ¿Esto es lo que pienso? No lo puedo creer...—balbuceó.

—Es el contenido del pequeño cofre de tu antepasada. Pensé que era imposible, pero igual lo intenté en un recorrido rutinario. Y ahí estaba, esperando. No quise traer el cofre porque, como verás, saqué los objetos a escondidas.

—¿Por qué lo hiciste? Puedes ganarte problemas serios—lo miró confundida y a la vez con un profundo agradecimiento.

Se había arriesgado mucho para traer algo que ella deseaba para su abuela. Era un gesto extraordinario, de una generosidad impagable.

—Ya está hecho y me cuidé bien de no correr ningún riesgo.

Elvira miró con atención cada detalle de las joyas. El pequeño anillo de oro blanco, con un centro de diminutos diamantes que lanzaban pequeñas chispas era una preciosidad. Suntuoso y a la vez sencillo. El colgante era de oro con un medallón muy trabajado, que incluía un pequeño zafiro en el medio,

como una especie de ojo que los observaba desde el fin de los tiempos. La muchacha contuvo la respiración e hizo una pequeña presión sobre lo que parecía el mecanismo para abrir y al hacerlo, dejó ver un pequeño retrato de una pelirroja muy bella.

Sebastián miró por encima de su hombro.

—No sabía que tenían pelirrojas en la familia— dijo.

—Tampoco yo, no creas que sé mucho de ella, solo lo que la abuela me contó.

No quiso entrar en detalles, no valía la pena interiorizarlo de las miserias familiares.

—Son muy hermosas. Mi abuela no va a caber en sí de gozo.

—Me hace bien pensar que con este gesto agradezco el apoyo infinito que ustedes han hecho conmigo.

—Sebastián, gracias. Me haces feliz de muchas maneras.

Dejó con mucho cuidado los objetos otra vez en la bolsa y esta sobre la mesa. Se sentó ahora en el regazo del hombre y envolvió sus brazos en el cuello, besándolo con enorme pasión. Se sentía tan contenta.

—De haber sabido que te conmoverías tanto y me besarías esta forma, lo hubiera buscado el primer día— dijo con picardía.

—No me importa nada de lo que digas. Te beso feliz, porque me gustas mucho y porque me consientes—sentenció mientras se incorporaba y lo tomaba de la mano para conducirlo al dormitorio.

Ya avanzada la noche, dos horas después, se negaba a dormir. No podía dejar a su abuela sin saberlo. Se incorporó y miró a su amante, que dormía plácido. Una oleada de ternura la envolvió. Nadie había tenido un gesto tan

dulce con ella, nada como esto. Al hacerla feliz a ella, lo lograba con su abuela.

En silencio, para no perturbar su descanso, fue hasta el living y se conectó, llamando a su abuela, que la atendió enseguida.

—¿Abuela? ¿Cómo estás? — la veía un tanto más pálida de lo habitual, casi cansada.

Igual le respondió con una sonrisa.

—Estoy muy bien, Elvira, gracias. ¿Cómo estás tú, cómo va todo?

—Muy bien, prácticamente todo ha terminado.

—Eso está muy bien, el rescate ha sido exitoso.

—Sí, todos están muy contentos. La mayoría de los objetos fueron encontrados en buen estado y creen poder obtener muy buenos réditos por ellos, como te dije antes. ¡Y aparecieron las monedas! Eso es un real tesoro.

—Eso es muy bueno para ellos y para nosotros.

—Abuela—quería decirlo lento y pausado, pero la ansiedad la ganó—. ¡Tengo en mi poder las joyas!

Era una bomba que soltó sin muchas más dilaciones y vio los ojos de la anciana distenderse y una gran sonrisa iluminar su cara. Dio un grito de alegría.

—Elvira, ¡qué felicidad!

Se alegró en el alma; nunca antes había visto a su abuela tan emocionada, normalmente era muy compuesta y serena.

— Sebastián, es decir el capitán, decidió probar suerte. Se introdujo por zonas complicadas y encontró el cofre. Como pensaste, estaba en el camarote

principal. Dejó el cofre y sacó las joyas.

—¿Y cómo es ahora? ¿Ya ha sido inventariado?

—No, abuela. Hizo todo bajo cuerdas. Le conté previamente todo lo que tú me habías dicho y eso lo impulsó a la acción. Los obtuvo y me los dio para que disponga de ellos.

—¡Eso es un gesto formidable de su parte!

—Ha arriesgado más que su seguridad para traerlos. También su reputación. Imagina que confianza le tendrían si supieran que se ha quedado con objetos que extrajo del barco.

—Lo debes haber impresionado muy bien, querida.

No quiso seguir el hilo del pensamiento de su abuela, que sin duda intuía que algo ocurría entre ellos.

—Tanto el anillo como el colgante están en mis manos. ¡Son tan hermosos y delicados! Hay una pequeña imagen pintada de esa mujer. Era bella.

—No lo dudo, debe haber sido muy llamativa—No era nada que le interesara, ese retrato volaría al llegar—. ¿Cuándo regresas?

Elvira sonrió; sabía que le iba a entrar la prisa por tener los objetos en sus manos, pero ella no podía abandonar todo así. Podría, no la ataba nada, mas no quería irse.

—Están en proceso de terminar los papeles, va a llevar varios días más, abuela.

—Me tranquiliza saber que lo tienes. Pero la angustia por tocarlos con mis manos me va a tener en vilo.

—Has esperado tantas décadas, de hecho, nunca soñaste con recuperarlos

¿Qué te pueden hacer unos días más? — sonrió.

—Es así. ¿Elvira? Me tienes orgullosa. Eres una buena nieta, una digna descendiente de las mujeres fuertes en nuestra familia. A veces pienso que somos las mujeres de esta familia las que sostenemos el legado y la tradición, incluso las únicas responsables.

Su mente se fue hacia otros pensamientos y se le notó la preocupación en la voz y en la cara.

—¿Qué tienes, abuela?

—Preocupaciones, las que me suele dar tu tío. Nada que no se pueda solucionar, la alegría que me acabas de dar opaca cualquier mal pensamiento que pueda tener

—Sabes que cuentas con mamá o conmigo para lo que necesites.

—Sí, claro que lo sé. No te aflijas, no es nada grave.

VEINTICINCO.

Londres, 2017

Sam O'Connell se encontraba distraído. Habían pasado varios días desde su última conversación con el conde de Kent y había sido bastante elocuente. El dinero que le había prestado tendía a convertirse en una gran suma y las prometidas devoluciones estaban lejos de llegar, mas él sabía desde el inicio que así sería. Por todos lados le llegaban los rumores que la racha de juego del Conde seguía siendo desfavorable.

“Sólo un poquito más y se ahogará en la pobreza”, pensaba. En ocasiones reflexionaba también sobre si valía la pena arriesgar parte de su capital y el de su familia, en definitiva, en un individuo tan poco valioso. “Esto se trata de justicia y de venganza”, se respondía, “se trata del tiempo cobrando deudas de honor”.

Sabía que la fuerte en esa familia era la matriarca. Era la que con su ala había protegido a ese hombre débil que lo único que podía hacer era jugar a ser político y negociante. Las mujeres Kent se caracterizaban por ser arpías y arteras.

Nunca había olvidado la impresión que recibió la primera vez que escuchó a su abuela relatar las memorias de la familia, que daban cuenta de la confrontación de uno de los suyos, Josh, con la matriarca Kent, la que había planeado el complot que culminó en la muerte de Kate, allá por la mitad del siglo XIX. Una mujer calculadora que no dudaba en despreciar a alguien de su

sangre por no tener un origen pretendidamente noble.

Las historias hablaban de cómo el Conde había mancillado el honor y desechado a Kate y a su hijo, olvidado y postergado por su familia paterna, y acunado y apreciado por el clan materno. A partir de allí, la descendencia había transmitido la afrenta de generación en generación, así como la promesa de Josh de quebrar a los Kent, a como diera lugar. Una deuda de honor que atravesaba el tiempo.

¡Los Kent actuaban como si las buenas costumbres, el honor, la lealtad y la pureza se obtuvieran junto con un título nobiliario! Tantos eran los ejemplos de depravación, tibieza y debilidad de esa familia, que era oprobioso solamente pensar que por algún mal juego de la naturaleza o del destino, o mejor dicho por el enamoramiento de una de las suyas, Kate O'Connell, parte de esa sangre también corría en ellos. Por suerte, primaba la escocesa.

A Sam la información le llegaba por varias vías, pero sin dudas su informante estrella no era otro que uno de los jardineros de la mansión de los Kent, donde vivía la anciana. Era este quien le había comentado que el Conde había visitado hacía tres días a su progenitora. Con seguridad a pedir dinero para solventar algunas de sus deudas más próximas a vencer. También, y esto era lo que en este momento le intrigaba más, le había informado que el rescate del barco donde su antepasada había muerto, había culminado con éxito. Sam sabía que la información era buena porque venía de adentro, ya que el jardinero tenía amoríos con una de las doncellas de las habitaciones.

Al parecer, habían rescatado una gran cantidad de objetos valiosos, así como monedas de oro y plata, todo lo cual sería sometido a subasta. Los Kent iban a obtener réditos de eso porque habían realizado una inversión importante. Esto podía jugar en contra de su estrategia. La gran señora estaba muy contenta y él estaba convencido de que si esa mujer había apostado tanto

dinero en la recuperación es porque algo más había detrás. ¿Justo jugar a una inversión tan extraña con un barco vinculado a la historia de su familia? No era casual.

Las viejas historias hablaban de joyas que le habían sido dadas a Kate O'Connell como muestra de amor por Roger Kent, unas emblemáticas que pertenecían al linaje. Eso era lo que debía querer esa vieja bruja. Vilipendiar la sepultura submarina para quedarse con objetos. Como meros expoliadores modernos.

“Esa familia no merece recuperar algo que debió estar enterrado en el fondo del mar, no les puede salir todo bien. Los suyos los perdieron en el momento que los regalaron. Es como si torcieran la historia tal como fue. Devolver esos objetos a sus arcas es como si no hubieran desaparecido, implica decir que nuestra Kate nunca existió y que descendemos de un fantasma”.

Así lo encontró su hijo Colin cuando le fue a llevar un tazón de sopa. Encerrado en su escritorio, los cabellos desordenados y las cuentas por doquier.

—¿Qué haces, padre? ¿Sigues empeñado en encontrar los caminos para arruinar a esa familia?

Le dijo con curiosidad e interés. Él, como buen aprendiz, entendía su obsesión con el tema, a diferencia de su madre, que siempre se fastidiaba. Ella no podía comprender que una historia tan añeja permaneciera envenenando la cabeza de las generaciones de O'Connell. Para ellos, era como una afrenta perpetrada hacía muy poco.

—Eso está en órbita, Colin. A ellos lo que más les duele es el bolsillo y por ahí estoy atacando. Nada es para esa gente el honor y la lealtad.

—Es probable que estos modernos Kent no tengan la idea de lo que ocurrió en 1840. Ha pasado tanta agua debajo del puente, ha muerto tanta gente que para ellos debe haber sido una situación que se resolvió por sí misma y nada más.

—No creo eso. Los escoceses somos memoriosos y los ingleses también. Una historia tan fuerte, que hizo temblar a la familia y puso en peligro el título nobiliario, no debe haber pasado desapercibida, máxime cuando saben que hay una rama impura como dirían ellos, descendiendo por ahí.

—¡Es tan injusto como ocurrió todo y sus consecuencias! Merecen más castigo, menos beneficios.

El rostro del muchacho se tornó serio y tormentoso, abrumado por el rencor sembrado por años. No conocía a esa gente, pero las odiaba desde pequeño.

—Eso está a punto de cambiar. Tengo rodeado al actual Conde. Me las he arreglado para ir comprando cada una de sus deudas, con el objetivo de arruinarlo. Es una apuesta arriesgada pero bien vale la pena. Es sólo dinero que va y retornará cuando deba pagarme con sus propiedades. Lo que me molesta es lo relacionado con la recuperación de las joyas del naufragio del barco donde iba Kate O'Connell.

—¿Cómo es eso? —resopló indignado e intrigado—. ¿Han logrado rescatarlo? ¿Cómo pueden ser tan afortunados?

Le contó lo que sabía, más que nada una transmisión de lo que había recibido. Su hijo asestó la información con rabia y se fue dando un golpe a la puerta. Tenía un genio por lo general pacífico, mas cuando explotaba era bravo. Lo entendía en esta ocasión, era indignante. No importaba, no se amilanaría. Les duraría poco la felicidad cuando él apretara el cerco y

exigiera la devolución absoluta de las deudas. No les quedaría nada de todo lo que les enorgullecía.

Colin caminó rápido y se encerró en la habitación que solía usar como sala de juegos cuando niño. Se sentía furibundo, la información que su padre le había contado lo había alterado más allá de lo que era normal. Era un chico sensible que había vivido toda su vida acuciado por la obsesiva idea de su padre de lograr hacer caer a los Kent. Buena parte de su infancia y adolescencia, en lugar de los diálogos típicos de padre e hijo sobre juegos, balones o mujeres, habían estado los relatos de las afrentas recibidas y el honor mancillado de los O'Connell.

De algún modo, en su cabeza se forjó la noción de que solo si obtenían satisfacción, la historia del clan se redimiría. La idea de que debía ser él quien lo hiciera o acompañara a su padre en el proceso, estuvo siempre. Ahora que veía el pesar y el desaliento en Sam, le tocaba encargarse. Sería la última vez que los Kent se beneficiarían de la memoria de sus muertos.

Con decisión, abrió la computadora y buscó, durante horas, todo lo que pudo sobre la familia, el Conde, el naufragio y su rescate. Observó la prensa local del Río de la Plata y apreció las tareas realizadas. Para saber más, empero, debería acercarse a la mansión Kent y contactarse con el informante que su padre tenía. Algo comenzaba a gestarse en su mente, algo grande.

VEINTISÉIS.

Río de la Plata, 2017.

Elvira estaba ya en la playa cuando vio a Sebastián llegar y estacionar rápidamente la camioneta al frente de la cabaña. Sabía que había estado muy molesto y no lo culpaba. La actitud del hombre representante del Gobierno era bastante imperativa y cuasi caprichosa, a su gusto. Su obcecamiento por llevar las cajas, delicadas reliquias, a unos galpones algo alejados contradecía los intereses de seguridad de Sebastián sobre los objetos. Él estaba preocupado y era lógico; que lo que tanto trabajo, tiempo y cuidado había llevado, corriera la posibilidad de perderse por la inoperancia o terquedad de un empleado público poco consciente de lo que estaba en juego, era indignante

Lo había escuchado en el barco, le había indicado al funcionario su molestia y había partido hacia el lugar de almacenamiento con el fin de supervisar de manera personal la seguridad. Le había gritado sin ninguna diplomacia:

—¡Sería inconcebible que objetos tan preciados y únicos se rompieran, perdieran o fueran objetos de robo! Si Prefectura no puede apostar algunos marineros de guardia, lo haré yo mismo todas las noches que sea necesario.

Ahora y desde la distancia, se lo veía más tranquilo. Mejor, ella había dispuesto todo para relajarlo y que pudieran pasar una hermosa tarde juntos. Había tomado de la cabaña lo necesario: algunas velas aromatizadas que estaban de adorno, pero ¿qué mejor destino podían tener que generar un clima

agradable para sus huéspedes? Además, copas, vino, fruta, pan y queso.

Del jardín pequeño sobre el costado, de un pequeño rosal que aparecía con tres o cuatro hermosos pimpollos, arrancó dos sin culpa y obtuvo pétalos con los que adornó el mantel sobre la arena, al lado de las velas. Algo frugal con unos toques de glamour. El resultado no era un restaurante de lujo, mas el escenario hacía el resto.

Agitó su mano cuando él miró hacia el lugar, luego de haber incursionado por la cabaña sin encontrarla. Él respondió al momento y luego avanzó, quitándose el calzado y remangándose los jeans. Era tan guapo, tan personal y varonil que no podía evitar sentir la sensación de que cada vez estaba más perdida por él. Cuando llegó hasta ella, le tomó el rostro con sus manos y le dio un beso dulce, largo y sentido que la hizo suspirar, para de inmediato rodear su cuello y colaborar con ansiedad. Era bello sentirse tan a gusto, protegida y querida. Esto último sin que le fuera dicho, lo soñaba o intuía.

—Has preparado una cena diferente.

Sonrió.

—¿Qué te parece?

—Genial. La tarde está preciosa y me encanta mirar el atardecer y la llegada de la noche en la playa.

—Sí, a mí también. ¿Cómo te ha ido?

—Como podía esperarse. Trabas y excusas. Pero les he hecho labrar un acta de todas las cajas y objetos, por medio de escribano. Que quede muy claro y certificado lo que está en posesión ahora de ellos y que tengan que responder si algo pasa. Eso les ha vuelto un poco más expeditivos y los superiores se ha comprometido a poner guardia permanente y transportar todo lo más rápido posible, para que esté a buen recaudo y luego iniciar el proceso.

—Esas son buenas noticias. Todo saldrá bien, ya verás.

—Eso espero—la miró ahora y cambió el tema—. Estás un poco desabrigada.

—El clima está precioso.

—En un ratito vas a ver cómo la temperatura desciende bastante.

—Pues entonces hagamos una fogata—sugirió con entusiasmo.

—¿Fogata? — miró a su alrededor—. Está bien, hay suficientes ramas. Tú las recolectas mientras voy y traigo algunos objetos más. Si vamos a estar cómodos, que sea con todas las letras.

Asintió y comenzó a juntar leña, acercándose a la parte más forestada. Cuando él volvió, con encendedor y algunas mantas, ya tenía una buena cantidad agrupada.

—¿Piensas pasar la noche aquí? —cuestionó señalando las frazadas.

—Se me ocurren algunas cositas para hacer en la arena y al lado de la fogata. Algunas escenas escabrosas comienzan a tomar cuerpo en mi mente.

—Puede ser que me gusten algunas de esas ideas—contestó Elvira.

Se besaron y abrazaron con ardor, degustando sus labios, robándose en cada beso gemidos y ternura.

—Paremos, veamos de alistar todo antes que la noche nos sorprenda—argumentó ella.

—Tampoco es que vas a preparar un menú de aquello. Pan y queso, más vino. Algo frugal para una velada romántica, ¿no lo crees? —se separó haciéndole una guiñada.

—Puede ser—sonrió—. Imagina que conseguir fresas y cualquier otra

comida exótica no es nada fácil por acá.

—Igual me gusta, lo que importa es el lugar, la intención y la mutua compañía. Voy a prender la fogata.

—Me imagino que eres todo un superviviente y lo harás al instante.

—Si esperas de mi virtudes de boy—scout, vas perdida, bonita. Por eso traje el encendedor.

—¡Qué decepción! Te imaginaba al estilo Survivor.

—Soy más urbano de lo que te imaginas.

—Ok, te creo. Dime, ¿es la primera vez que estás con una mujer en la playa, en solitario?

—Tengo un pasado un tanto díscolo, por decirlo así. Elvira, no pretenderás estar frente a un santo y casto varón—bromeó.

—No, claro. Pero déjame pensar que estás experimentando sensaciones nuevas junto a mí.

—Es así— la miró muy intensamente, tanto que ella bajó sus ojos.

Era difícil a veces tolerar la potencia de su mirada, casi la dejaba expuesta. Toda su desinhibición se trastocaba y él se apoderaba de sus fibras más íntimas, tanto que a esta altura sin duda tenía un lugar de privilegio en su corazón. Le provocaba curiosidad pensar si él sentía igual, aunque no le preguntaría ni loca. Si alguna vez debía decirlo, quería que fuera sin presiones ni chantajes de su parte.

—Cuéntame entonces ese pasado tan turbulento y mujeriego—mencionó para salir de sus pensamientos, más serios de lo necesario.

—He tenido algunos amores... O mejor dicho algunas relaciones, desde

luego algunas intensas. Nada que haya derivado en algo serio.

—¿Qué implica algo serio para ti?

—Lo mismo que para el resto, supongo. Formar una familia, asentarse, establecer una rutina.

—¿Te ves lejos de eso? — inquirió.

—No lo he pensado—contestó él.

Eso le generó un pequeño pinchazo de ansiedad. Había fantaseado con que tal vez, solo tal vez, la idea de concretar algo con ella podría haber asomado a cabeza. Ahí estaba, ese maldito sentimentalismo que temía cuando se limitaba de iniciar algo con él. “Madura, se están divirtiendo, sin presiones”.

—¿Y cuáles son tus intenciones a futuro? —tal vez su voz sonó un poquito más agria de lo que hubiera querido porque él la miró con algo más de atención y pensó, para contestar luego:

—Yo tengo muchas cosas claras. Me gusta la aventura, me gusta el mar. Tomar decisiones y poder ajustarme a ellas sin limitantes.

—Una vida ideal—le sonrió.

En verdad era un plan genial, para uno. No suele haber lugar para más con esas características.

—Esto está listo— sentenció Sebastián mientras tomaba algunas ramas y las agregaba, para generar unas llamas tímidas que luego cobraron más vigor.

±

A Sebastián le encantaba y le inquietaba por igual esta intimidad, ese estar juntos en la soledad y en la grandiosidad de la naturaleza. Ella despertaba en él sentimientos que no había experimentado antes: ternura, pasión, alegría y cierto dejo de tristeza que no acertaba a entender por qué. Las mejores cosas de la vida parecían coincidir: su trabajo era lo que quería, sus sueños y proyectos se habían corporizado y para completar el cuadro, el romance llegaba en forma de una mujer como Elvira, exuberante y pasional. “Y que pronto se irá”, fustigó su cerebro.

Ella le preguntaba sobre sus planes y su futuro. No los había tenido tan claros antes de empezar o mejor dicho tal vez sí: lograr mayor capital le permitiría dirigir por primera vez algo propio. En cuanto a la familia, su temprano irse de la suya propia lo había acostumbrado a la soledad. Los lugares en los que había trabajado eran bastante desapegados y en ellos sólo primaba la eficiencia y la amistad temporaria de las copas y la alegría del éxito de otros. Mirando ahora a esta castaña hermosa que echaba ramitas en la fogata y calentaba sus manos, las ganas de algo más se asomaban.

El sol bajaba ya y la brisa comenzaba. Se acercó y la cubrió, aprovechando para deslizar su mano por la línea del cuello, mientras ella posaba la cabeza en su mano. Se sentó a su lado y la instó a compartir la manta. Así, abrazados, miraron el atardecer y el ocaso apoderarse de la atmósfera, jugando con los matices de celestes, grises, rosas y ocre. Era un escenario tan perfecto que dolía respirar por miedo a romperlo. Al cabo de unos minutos, cuando la magia comenzaba a diluirse y las sombras a caer, la conversación se reactivó.

—Dime tú ahora, Elvira. ¿Qué esperas del futuro? ¿A dónde esperas que te lleve?

—Tengo mi vida y mi rutina instaladas en España, cerca de mis padres.

Visito a mi abuela de tanto en tanto en Londres. Mi círculo de amigos es bastante reducido. No tengo amores que me soliciten.

—Eso es un alivio, detesto ser el otro en las relaciones—dijo con tono de broma.

—Descuida. Siempre pensé que esos eran mis lugares en el mundo, pero te confieso que aquí me gusta mucho. Es tan pacífico, tan tranquilo. Otro mundo.

—Tú estás lejos de las responsabilidades, descansando y viendo todo nuevo. Eso siempre encandila. Es probable que cuando el efecto de la novedad pase, extrañarás un montón de cosas, además de tu familia. Esto es una zona del subdesarrollo, hay prestaciones y posibilidades que no tienes aquí.

—¿Me estás invitando a irme? —empujó con el hombro en una suave pulla.

—¡Para nada! A mí me va a encantar estar contigo todo el tiempo del que dispongas.

¿Así la veía él? Probablemente como un amor de verano. Tonta de ella que no se hacía caso a sí misma. Debía dejar de lado la idea de compromisos o de cambios de vida. Disfrutar el momento. ¡Pero cómo costaba dejar de ilusionarse!

La noche los encontró aún en la playa, ambos quietos y más callados, dejando que fueran sus brazos los que hablaran al acariciar las mutuas pieles. Y que se contaran en secreto lo mucho que ambos se soñaban. Las bocas apretadas una sobre otra, los labios y lenguas diciendo sin decir, gritando sin sonido, que lo suyo era más que algo pasajero. El mensaje de lo que los corazones querían no se transmitía a viva voz. Los cerebros calibraban no salir heridos, no intentar forzar al otro, no verse obligados a la humillación del

adiós y la lástima.

Hicieron el amor con intensidad, con ternura, con ardor, fundiéndose en el placer del encuentro mutuo y de las respiraciones al unísono. Ese día, y el otro y el siguiente, posponiendo la entrega de la cabaña aún a pesar que los trabajos estaban terminados y que perfectamente podían despedirse. La relación profesional terminaba y las excusas para estar juntos también. Y como la gran verdad que oprimía sus corazones no se expresaba, la parquedad comenzó a rondarlos.

VEINTISIETE.

Una noche, ya finiquitado todo el trabajo, él la invitó a un restó de la zona. Ella se emocionó y se acicaló lo mejor posible. Tal vez ese era el momento señalado, el de las declaraciones, el de dejar de lado los cuidados y apostar a más, a una relación en serio. Poco duró su ilusión y grande fue su sorpresa al encontrar en el lugar a todos los miembros de la tripulación. Trató que la desilusión no se hiciera evidente en su cara, porque además de desubicada sería grosera con la gente con la que había convivido tantos días.

—¡Bienvenida, Elvira! — dijo con alegría el pelirrojo, a la vez que le asestó un beso galante en la mano.

Le revolvió el cabello. Era tan simpático y agradable que le encantaba verlo de nuevo. El parco Mauro, como siempre, la saludó con la cabeza y levantó su copa en señal de bienvenida.

—No sabía que había una celebración— miró a Sebastián que le sonrió.

—Me pareció importante cerrar este ciclo y que todos los que participamos estuviéramos presentes. Será la última vez que nos encontremos.

“Uyy, así que así será nuestra despedida” se dijo mientras esbozaba una sonrisa cordial que no mostraba lo dolorida que estaba por dentro.

—Mi querida Elvira, estás en deuda conmigo— le señaló entonces Martín —. Ese café entre nosotros se ha pospuesto demasiado.

Le sonrió algo incómoda, pero a la vez le molestó la falta de interés que el rostro de Sebastián demostraba. “¿Así darás por finalizado todo? ¿Me soltarás la mano y me dejarás ir?” Era de una frialdad seria. Como fuera, no mostraría

la herida y el dolor que comenzaba a tajar su corazón.

Bebió muy poco, rio de los chistes y las anécdotas que compañeros de tantos años juntos y misiones difíciles hacían. Los platos de mar y la conversación y luego la música que comenzaba a sonar fueron tapando la conversación y esta se hizo más de a pares. Martin se le acercó y comenzó a ensayar sus frases seductoras las que sin duda debían ser su caballito de batalla.

—Vestida de mujer eres aún más impactante, Elvira. Lo sabes, ¿verdad?

—Te lo agradezco.

—Me gusta halagar, decir la verdad, porque no es más que eso. Me encantaría que tuviéramos momentos para conocernos.

—No te apures—lo cortó con la menor aspereza que pudo. No estaba para seducción barata—. Eres muy guapo y de seguro tienes muchas admiradoras haciendo cola. Yo no estoy interesada en una relación ahora.

Se sentía incómoda y triste, nada parecía ir mal entre ella y Sebastián, y era justo lo que la molestaba. Hubiera preferido que le dijera en la cara que no tenía mayor interés que el ocasional. Solo dilataba el dolor quedándose, se dijo, esta era la prueba final que la convencía de la necesidad de irse. Se había abstraído en sus pensamientos y por ello el nuevo comentario de su acompañante la sorprendió:

— Estás demasiado involucrada con Sebastián y eso no es bueno.

Lo miró con un poco de sorpresa. Él tenía una sonrisa un poco sarcástica que le molestó.

—No sé a qué te refieres—sostuvo con aspereza.

No le gustaban las intromisiones de aquellos a los que no daba lugar.

—Todos podemos leer los gestos. Los tuyos han sido inequívocos estas semanas. Te ha impactado y lo entiendo. Es casi soñado: un capitán que comanda un barco, un proyecto exitoso, etcétera. La típica historia de telenovela.

—Si tú lo dices—susurró.

Le molestaba la fanfarronada y el intento de psicoanálisis barato de ese hombre.

—No te molestes, no es mi intención ponerte mal. Me preocupé desde el inicio cuando vi lo que pasaba entre tú y él, pero no teníamos confianza como para decírtelo.

—¿Decirme qué?

Lo miró sin entender.

—Sebastián es un hombre excelente, honesto, valiente. Nadie puede negarle esas cualidades. Pero también es un picaflor. Acumula una y otra conquista. No tiene punto fijo. Detestaría que te hicieras falsas ilusiones con él y una relación, lo conozco hace años y jamás lo vi con alguien estable.

La sulfuró la chispa de conmiseración con la que le hablaba, casi como si fuera una boba, y trató de actuar con madurez e indiferencia.

—Yo creo que te equivocas en la forma en la que lo describes, aunque tampoco me importa particularmente. Estoy a punto de irme, debo volver a Europa y a mis responsabilidades.

—Me alegro, por un momento temí que te partiera el corazón.

—No te preocupes lo tengo sano y salvo— fingió una amplia sonrisa mientras levantaba su copa de agua y hacía gesto de saludo.

Los años de estudio y psicoanálisis impartido a otros le daban por lo

menos las herramientas para ocultar lo que en verdad sentía. Había algo de rastrero y embaucador en este hombre que no se resignaba a perder frente al otro, esa podía ser una interpretación. Mas había algo de verdad, un trasfondo de realidad que no podía negar.

±

Sebastián trató de evitar observar en forma constante como Martín rondaba a Elvira y trataba de poner en práctica sus tácticas de conquista, mientras ella sonreía y lo dejaba hacer. Si no hubieran tenido tantos años de conocimiento y trabajo juntos, con gusto le hubiera asestado un buen puñetazo para que se ubicara. Esa sensación de bronca e impotencia aumentó a medida que el alcohol ingresaba en su sangre y la noche avanzaba.

Por un momento esa tarde había pensado plantearle la posibilidad de intentar convivir un tiempo, darse la oportunidad de compartir algunas semanas, realizar algún viaje juntos. Algo que los acercara más y que les permitiera vivir con mayor intensidad y tiempo lo que a ambos les pasaba. O eso creía, porque ahora ella parecía ajena, probablemente ya pensando en su vuelta.

—Estás muy pensativo, Sebastián. ¿Qué discurre por esa mente tuya? Deberías estar festejando con mayor algarabía.

Martín se había acercado con soltura y se apostó a su lado. Refrenó las ganas de no responderle nada, después de todo eran amigos y solo hacía lo que siempre, ir a la conquista de las bellas.

—Me conoces bien, sabes que soy poco expresivo.

—Sí, bueno, pero este es un momento muy especial, mi amigo. Has logrado lo que soñaste. En mi tiempo de agradecerte que me hayas tenido en

cuenta. Tu éxito es el mío también.

Levantó su vaso y ambos chocaron, bebiendo hasta el fondo el tequila.

—Elvira ya se marcha—comentó como al pasar—. Me lo acaba de confirmar. Es un poco desapegada, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres?

Lo miró con sorpresa.

—Hubiera creído que estaba cómoda y divertida, pero me ha dicho que está muy cansada y aburrida de este país, que la aventura ha sido desgastante y que desea volver a su Europa urgente.

¿Podía ser qué hubiera pasado tan mal? Nunca dijo nada, por el contrario.

—Me parece lo más lógico. Dentro de todo, demasiado aguantó todo el proceso. Pensé que abandonaría los primeros días.

—Traté de tirarle los galgos a ver que podía lograr algo con ella. Ya sabes, para probar a ver cuán pasionales son en realidad estas inglesas. Mas me ha dicho que tiene alguien esperándola en Europa.

Esto fue dicho al pasar con mala intención y por el mero sentido de molestar y sembrar discordia. Era un hombre orgulloso y no le gustaba que lo rechazaran. Tenía cierta obsesiva competencia secreta con Sebastián, nunca declarada. Era obvio para él que ambos jóvenes estaban total y perdidamente interesados uno con el otro, y como solía pasar, por distintas circunstancias lo negaban a sí mismos. A su gusto, Sebastián no merecía una mujer tan bella y tan sofisticada.

Estas palabras fueron suficientes para arruinar a Sebastián lo que quedaba de la noche. Con cierta brusquedad se despidió de todos. Elvira, al ver que se marchaba tomó su bolsa y lo siguió.

—¿Ya nos vamos? Casi me dejas—reprochó la poca galantería, que la enojó sobremanera.

—Es que estoy muy cansado y he tomado algunas copas de más. ¿Manejas tú?

—Claro.

Tomó las llaves y encendió el vehículo y se dirigió con calma por el camino.

—Elvira, me imagino que ya tendrás pensada la vuelta. ¿Cómo harás con las joyas? ¿Las has guardado en un lugar seguro?

—Las tengo con las mías. No he pensado demasiado, aún no sé cuándo me voy a ir.

—Creí que te ibas estos días— susurró.

A ella las mandíbulas se le trabaron. Sí que tenía apuro por despedirla.

—Sí, mañana buscaré el vuelo más próximo a Londres.

Ahí estaba, pensó él, tenía razón Martín, no podía de las ansias de retirarse.

—¿Sabes qué? Tal vez lo mejor es que las use. Son importantes y valiosas, pero no excesivamente estridentes. Es lo mejor para no llamar la atención. Un buen pañuelo y listo.

El asintió, parecía lógico.

—Sí, no deberías tener dificultad alguna.

Estuvieron en silencio varios minutos ambos dolidos, ambos mudos e incapaces de abrirse y confesar el amor que sentían por el otro.

VEINTIOCHO.

Miró varias veces hacia atrás para saludarlo y llevarse la imagen en su corazón y en su retina. Se iba con renuencia, sin ganas, anhelando permanecer junto a él. Se había transformado en una necesidad y en una compañía inevitable y querida. Las semanas vividas juntos los habían conducido desde la mala onda del principio a la pasión arrebatada y al cariño de los últimos días y horas. Ella poco a poco se había ido convenciendo que podía tener un futuro con él, pero esto había naufragado y no había logrado ser para él algo más que un amorío.

Ella estuvo a un tris de confesarle su amor en dos ocasiones, pero se detuvo titubeante, y ahora lo agradecía, Solo hubiera sido ponerse en ridículo y exponerse. Había creído que la forma en que la miraba como si la acariciara, que la suavidad de sus abrazos y besos contaban de la pasión, pero también de cariño. Se había equivocado, tan fácil como eso.

Él estaba irremediabilmente en sus huesos, lo sentía en su piel, había colonizado sus pensamientos. “Como un dulce veneno, al que voy a tener que quitar como sea. La lejanía me va a ayudar. Y la cicatriz que me deje, que me sirva para no exponerme en bandeja cada vez que un chico lindo me mire”.

Se concentró en lo que tenía por delante. Llevar las joyas a su abuela la ponía feliz; le entibiaba el alma poder hacer algo por ella y devolver en ese gesto una parte de la contención, el cariño y las visitas que le había hecho cuando niña, dejando la comodidad de su mansión de Londres para vivir unos días apretada y sin mucama en la casa de sus padres. Portaba en su dedo y en su cuello los dos objetos, de incalculable valor sentimental para su abuela, y

eso la ponía de muy buen humor.

Esto no hubiera sido posible si Sebastián no se hubiera propuesto encontrarlos, si no hubiera hecho el esfuerzo, si hubiera evitado poner en riesgo su propia integridad e incluso su habilitación para el rescate y su proyecto, su sueño y su barco para darle lo que le había pedido. Solo por eso tenía su gratitud incondicional.

Se acomodó en su asiento, esta vez viajaba en avión de línea. El viaje sería largo y pensaba pasarlo durmiendo, escuchando música y leyendo. Observó el anillo en su dedo y sintió una sensación extraña. Le había pertenecido a quien sabe cuántas Kent antes que ella; había estado tanto tiempo sumergido acompañando la tragedia de su última poseedora.

Se preguntó qué habría pensado esa mujer, Kate, en sus últimos momentos y no pudo más que empatizar con el profundo terror que debió haber experimentado. Una vez más se inquirió cuál era su historia, su verdadera historia. ¿Había amado a ese hombre, el cuarto Conde? Miró otra vez la imagen dentro del colgante, el pálido y delicado rostro enmarcado por rizos castaño rojizos. Había sido muy bella.

Una de las cosas que haría sería sumergirse en los papeles de la familia, a rastrear lo que pudiera. Tal vez ojos menos prejuiciosos que los de su abuela y las anteriores Kent, encontraría las raíces y la verdad. “O tal vez te desengañarás y tu veta romántica, que te lleva a hundirte y confiar enseguida, se va a dar un buen golpe. Otra vez”.

Se concentró cómo pudo en su lectura de turno, dormitó en varias oportunidades, escucho música y al cabo de varias horas, se encontró aterrizando en Londres. Realizó los trámites correspondientes y con un gran suspiro de alivio se vanaglorió a la interna por no haber tenido problemas y haber logrado pasar sin dificultades las joyas.

Caminó por el gran vestíbulo hacia el exterior. Le había avisado a su abuela que llegaría pero que no se preocupara, que ella alcanzaría la mansión por sus medios. Justo cuando atravesaba una de las entradas, un golpe en su costado la hizo tambalear. Miró indignada al hombre tonto que la había empujado, el que a su vez clavó en ella su cara de pocos amigos. Cuando quiso protestarle, él señaló su bolsillo y vio un bulto que sobresalía. Se asustó e intentó moverse hacia atrás, pero la amenaza sonó seca.

—¡Muévase conmigo o le aseguro que le pego un tiro, no bromeo!

Se paralizó y el gesto decidido e imperturbable hizo que obedeciera.

—Camine a mi lado y abandone cualquier idea gritar o correr.

—¿Qué quiere, mi bolso? Aquí tiene, se los doy—intentó entregarlo, y nuevamente la voz helada la increpó.

—Avance— sintió el objeto duro contra su costado y no tuvo dudas que era un arma de fuego.

Estaba en shock, se suponía que el aeropuerto era un lugar seguro. La instó a seguir caminando hasta que salieron del área cubierta y en la zona de vehículos la hizo ascender a uno que los esperaba con la puerta abierta. Esto no parecía un robo, su mente no alcanzaba a entender que pasaba.

—Lleven lo poco que tengo, no hagan...

—¡Cierra la boca, tú no nos dirás que hacer!

—¿Dónde me llevan, que pretenden? —se movió con nervio.

—¡Cállate, lo sabrás cuando lleguemos!

El coche circuló por las calles londinenses y luego derivó hacia las afueras, donde ganó velocidad. Se alejaban de terreno conocido; Elvira no era una asidua visitante de la ciudad, aunque le gustaba. Lo que conocía de ella

era el círculo que su abuela manejaba, sus amistades y casas. Imposible saber dónde la llevaban.

Luego de más de una hora de trayecto en la cual su mente se enredó buscando causales que motivaran esta situación, llegaron a una casa de campo. Salieron del camino principal e ingresaron a una zona de caballerizas, donde el auto se detuvo.

—¡Baja! —le ordenaron.

Miró con temor y como se resistió, el más grande la tomó de un brazo y la empujó hacia delante. La hicieron pasar a una pequeña habitación donde había una cama, un sillón, una cómoda y poco más. Sintió pavor. ¿Qué buscaban? Nadie le respondía o le daban respuesta.

—Te quedarás aquí. No intentes nada ni gastes energías, no hay salida.

Sintió el cerrojo de la puerta y miró a su alrededor. Apenas una pequeña ventana en las alturas, con rejas. Estaba encerrada y esto era casi una prisión. No tenía forma de escapar.

Miles de preguntas se agolpaban en su mente, pensando lo peor. Había abandonado con dolor los brazos de Sebastián, con pocas ganas había viajado para encontrarse con su abuela y entregarle los objetos que tanto anhelaba y de pronto se encontraba secuestrada y en un lugar desconocido, rodeado de matones, sicarios o vaya a saber quiénes eran esos maleantes. ¿Tal vez la vieron como una heredera de la que podían obtener una buena recompensa? ¿La habrían confundido con alguien rico de verdad? Sus padres tenían un buen pasar, su abuela y su tío estaban bien pero no sabía cuánto.

Escuchó entonces la llave en la cerradura y se incorporó. El que ingresó era un hombre joven, alto y de un castaño muy claro, con tinte rojizo. La miró con seriedad y luego cerró la puerta tras de sí.

—¿Quién es usted? Exijo saber por qué me tienen retenida. Están cometiendo un delito muy grave y mi tío...—gritó incorporada ella, a dos metros del individuo que la estudiaba con seriedad.

—Ah sí, tu tío. El muy honorable Conde de Kent, heredero del título de Bedford, que hunde sus raíces en el lodazal que es esa familia desde hace tantos siglos. Si fuera tú, no utilizaría esa credencial como un elemento de presión aquí. Esa familia es tan detestada como ninguna.

—No entiendo qué quieren de mí, pero aún están a tiempo de devolverme y que nada ocurra.

—Te diré que haremos. Tú permanecerás retenida hasta que obtengamos de tu abuela lo que nos interesa.

No era un error, entonces.

—¿Qué es lo que quieren? ¡Demando saber!

—No está en situación de exigir nada. Ese derecho lo perdieron hace siglos. Seremos nosotros quienes impondremos las condiciones y obtendremos los que nos robaron, lo que le quitaron a nuestra antepasada.

La cara del pelirrojo se había transformado en una máscara de odio y furia que ello no lograba entender.

—¿De qué habla, a qué se refiere?

—Pertenece a una familia podrida, una que cometió muchos desmanes a lo largo de los siglos, aunque sin duda el más artero, el más terrible fue contra nuestra familiar. ¡Nos deben tanto, tanta vida perdida, tanto dolor y tristeza!

—¿De eso se trata? ¿Rencillas familiares, odios antiguos? Nada sé de eso y de seguro mi abuela menos.

—Se trata de recuperar lo que nos robaron, de hacer justicia.

—Tal vez usted cree que yo entiendo algo de lo que habla, pero no es así.

—No importa, nada de eso importa. Estoy seguro que quien tiene que entender, que son su tío y su abuela, sabrán perfectamente de lo que estamos hablando.

—¿Para qué me quieres usar? Soy un ser humano, ignoro y soy inocente de todo lo que me quieras acusar.

Hubiera querido decirlo más fuerte, increpar con rabia, pero le salió casi un sollozo ronco, que no inmutó para nada a su interlocutor, perdido en su propio delirio. No podía ser más que eso, un loco que creía en venganzas y complots del pasado.

—Tú serás la herramienta que nos permitirá obtener lo que por justicia divina le pertenece a nuestra antepasada. Esas joyas que recuperaron del naufragio eran tuyas por derecho. No importa que nada entiendas, no tienes por qué saberlo para sernos de utilidad.

Elvira había quedado muda; no conocía al sujeto y su alocado discurso de venganzas o justicias, pero tenía claro que estaban tras las joyas que ella estaba usando en ese momento, enfrente mismo del loco. Su estrategia para pasarlas sin ningún riesgo por la aduana hacía que estuvieran en la misma habitación sin que él se percatara. Agradeció que el anillo pareciera tan minúsculo al lado de los otros que tenía, aun cuando más valioso, y que el colgante estuviera debajo de su chalina. Aunque probablemente si se quitara esta, tal vez el zafiro sería visualizado como una piedra sin valor. Evitar que se percataran y se hicieran con los objetos era vital, no solo para conservarlos sino para mantener su integridad.

Ellos se presentaban sin reparos, con el rostro descubierto ante ella. ¿Quién sabe qué destino tenían pensado para su final, al obtener lo que

deseaban? Debía comprar tiempo a efectos de que su familia tomara recaudos o intentara salvarla. La cabeza le daba vueltas y por un momento se sintió mareada, a punto de caer al suelo redonda, por el miedo que la paralizaba. Tembló sin poderlo contener y deseó que su vida regresara unos días atrás para estar segura y calma en los brazos de Sebastián. Entonces el hombre se retiró con un portazo y ella quedó sumida en la negrura de sus pensamientos.

VEINTINUEVE.

Rosemary se encontraba sentada en su escritorio revisando su agenda. Pocos compromisos este mes daban cuenta de su declinante interés por la socialización, solo lo que fuera estrictamente necesario para los negocios o visitar a sus amistades más fuertes. El tiempo transcurría inexorable y sus pares iban marchitándose y desapareciendo. Eso no la molestaba tanto, no le preocupaban de manera especial la vejez y la muerte. Lo entendía como partes naturales de la vida y lo había asumido así desde muy joven. En realidad, sus obligaciones y el tener que sostener primero a su esposo y luego a su hijo le hacían creer que poca juventud había tenido. Siempre había sido la seria y adulta, la que contenía y sostenía.

Suspiró con una semi sonrisa. La verdad es que el balance de su pasado tenía bastante de positivo. La vida le había asignado un sitio de privilegio y pocas preocupaciones considerando que gran parte de la población vivía asolada por los asuntos materiales. A ella la desvelaban cosas más intangibles, como el mantener la posición o el privilegio de clase. Se reconocía esnob, mas no se podía ser perfecta.

Si bien no daba espacio a las dudas, estas muchas veces insistían en colarse en su rutina. En este momento en particular, sabía que algo importante se escondía detrás de la faz superada de su hijo, aunque no quería adelantarse. Por ahora sólo quería disfrutar de algo que había sido su sueño por décadas: tener esas joyas recuperadas para la familia, para ella. Pequeños objetos a los que había asignado una devoción y nostalgia aún sin conocerlos, simplemente por observarlo en retratos y leer sobre los mismos en las memorias de algunos

antiguos Kent.

Dados por perdidos en forma irremediable, el interés de un hombre desconocido los ponía ahora de nuevo en el lugar del que nunca debieron salir. Pronto estarían en su joyero para admirarlos y usarlos y hasta podría designar a quién lo entregaría, alguien que fuera capaz de continuar el linaje. De seguro no a su nuera, una tonta seducida por modas pasajeras y de conversación olvidable. Tal vez a Elvira, la única con bríos y talento para emprender vuelo sin olvidar su esencia. Un suave golpe en la puerta la hizo volver a la realidad y dejar sus pensamientos de lado.

—Milady—susurró la mucama—. Una carta.

La tomó e indicó con suave gesto que se retirara y le trajera un té. Observó buscando el remitente, pero nada encontró. Era anónima y esto era muy inusual. No se estilaba y la hubiera desechado al instante si la curiosidad no la hubiera empujado a abrirla. Mientras lo hacía, pegó un respingo. ¿Qué tal si era de esas misivas que contenían polvos venenosos? Lo había escuchado por ahí y no sería la primera persona que sufría un atentado. Aunque, ¿por qué a ella? Como sea, ya estaba en el proceso, sería lo que tenía que ser.

Desdobló la hoja y lo primero que notó fue que era muy impersonal, diseñada en una computadora. Las primeras líneas hicieron que su cara palideciera y la soltara como si picara, tomándose la cara con las manos y gimiendo. Respiró para tratar de tranquilizarse y recomponerse y nuevamente tomó la carta para leer otra vez las ominosas frases:

“Condesa de Bedford,

Tenemos a su nieta. Se lo haremos sencillo. Nada de policía, nada de ajenos a la familia. Lo que pasa es muy simple y se puede resolver con un sencillo intercambio. Las joyas que han recuperado del naufragio, esas que

usted debe creer que le pertenecen. Nada más lejos de la verdad. Hace muchas décadas ellas fueron entregadas a su legítima propietaria, la que murió por las intrigas de su odiosa familia. Debió haberlas dejado descansar en el fondo del mar. Pero su codicia y su deseo de corromper todo lo que la justicia impone han hecho que debamos movilizarnos.

No tenemos nada en contra su nieta, no nos interesa nada de usted, salvo que devuelva lo que no es suyo. La contactaremos en cinco días, en los que esperamos usted reflexione y tome la decisión que deje a su nieta en libertad. Es tiempo prudencial para que obtenga las joyas, aunque deba sortear los escollos legales de la exploración y obligar a ese rescatista a entregarlas.

No somos criminales, somos la herramienta de la venganza o mejor dicho de la justicia esa que ustedes se niegan a dejar descansar.”

La nota anexaba una fotografía de Elvira, una impresión mala de su nieta a la que vio desencajada. Su corazón latía a toda velocidad. ¿Qué maldita broma era esa? Le pedían las joyas que en teoría la propia Elvira le traería. Su mente daba vueltas y había poca claridad. Trató de calmarse acudiendo a las técnicas que había aprendido en yoga. Debía recuperar la lucidez para poder operar y proceder a hacer lo que fuera más lógico y seguro. Poco a poco logró acompasar su respiración a los latidos de su corazón, que descendieron.

Esa gente, quienes fueran, hablaba de venganza y de justicia. Clamaban que las joyas no eran de los Kent y hacían foco en una antepasada. No podían ser más que la descendencia de aquella mujer, de aquella escocesa. No había otra explicación. ¿Quién más podría tener interés en un anillo y en un colgante, valiosos sí, pero insignificante al lado de otras joyas de mayor valor monetario?

Habían secuestrado a su nieta, esos malditos criminales descendientes de

aquella mujer. Escoceses que creían que estaban en el siglo XIX, donde las cosas se resolvían en duelos y en enfrentamientos. ¿Qué acaso ignoraban que era un delito lo que hacían, que habían secuestrado a una mujer?

“Calma, Rosemary, están en juego la vida y la integridad de tu nieta. ¡¡Piensa!! Ellos quieren esas joyas. Eso significa que Elvira no las tiene en su poder. La única posibilidad es que las tenga el capitán o que hayan pasado al inventario. Debo hacer algo.”

Su primer impulso fue telefonar a su hija o al Conde, pero luego lo desechó. Sólo ocasionaría que desesperara la primera y una actitud irresoluta del segundo. Eso lo tenía que lidiar sola. Le daban cinco días; en ese plazo tenía que conseguir esas joyas y entregarlas a desconocidos.

Toda su realidad acababa de cambiar y su alegría de minutos atrás se había transformado en pesar y desesperación. Sólo rogaba poder obtener las joyas para hacer el intercambio, no le importaba perderlas si con ello aseguraba la vuelta de su nieta. ¡Malditos una y mil veces, escoceses de porquería, no dejaban de asediar a los Kent!

TREINTA.

La vibración del móvil lo despertó. Se había dormido tarde luego de tomarse varios whiskies, a modo de celebración solitaria del triunfo. Gusto a éxito, pero también a poco si pensaba en que había perdido la posibilidad de declarar sus sentimientos a Elvira.

El número era desconocido e internacional, lo que hizo que atendiera presto, pensando que tal vez ella había cambiado de idea y tenía algo más para decirle. La voz suave y pausada de una mujer desconocida lo desconcertó:

—¿Hablo con Sebastián Cortés? —inquirió.

—Él habla. ¿Quién es?

—Señor Cortés, le agradezco me atienda. Usted no me conoce, aunque tal vez ha escuchado hablar de mí. Soy Rosemary Kent, abuela de Elvira y presidenta de la ONG con la que ha estado trabajando.

Se sorprendió. No esperó jamás recibir una llamada de esa mujer.

—Señora, es un placer para mí. En principio me gustaría agradecer...

—Señor Cortés, dejemos las formalidades de lado.

Le sorprendió el tono algo metálico, en el que percibió tensión. ¿Qué era esto? Probablemente se había enterado de su relación con Elvira y llamaba para exigir cuentas o algo así. Solo pensarlo era ridículo por lo que de inmediato se propuso detenerla y no permitir la intromisión.

—Mire...

—Estoy teniendo una dificultad Me gustaría saber si mi nieta viajó de

regreso y sí es así cuando.

Esto lo puso en alerta. Elvira ya debería haber llegado.

—Pues sí, partió antes de ayer hacia Londres. Iba dispuesta a entregarle las joyas y quería sorprenderla. Ya debería estar con usted.

El silencio del otro lado fue revelador. Algo ocurría y no era bueno. Sintió que la cabeza le punzaba anunciando su propia tensión. Esperó.

—¿Dice usted que traía las joyas consigo? —el tono de alarma era inequívoco.

—Así es, no encontró mejor forma de llevarlas sin problemas que colocárselas como joyería propia. ¿Qué pasa, cómo es que no ha tenido usted contacto con ella?

La respiración agitada lo preocupó aún más, si cabía.

—¿Está usted bien?

—¡Estoy desesperada!

La anciana pensó haber envejecido diez años de golpe al escuchar a Sebastián. Si Elvira tenía las joyas encima y ellos no se habían percatado, la única posibilidad es que no quisiera decirles. Como si fuera la garantía para que no le ocurriera nada. Mas eso era una trampa mortal. ¿Cómo haría ella para entregar algo que no tenía?

—¡Señora! —La voz fuerte la hizo volver en sí—. Quiero que me diga inmediatamente que pasa con Elvira.

—Olvídelo, señor Cortés, no corresponde que ...

—¡No me diga lo que corresponde! Elvira y yo somos muy cercanos—eso era poco decir, aunque no hubiera sido lo suficientemente valiente para

hacérselo saber a ella—. Le ordeno, no, le imploro que me diga qué ocurre.

—Nada podría hacer usted ahora. Déjelo en mis manos, trataré de resolverlo.

—Si no me dice qué pasa, armo un escándalo internacional con la prensa que...

—¡No, no, nada de eso, sería la perdición de Elvira!

El estómago le dolía y la frase le detuvo la respiración.

—¡Dígame todo!

Rosemary suspiró. No sabía qué hacer o como proceder. Ella, una mujer acostumbrada a solucionar cosas, nunca había soñado siquiera enfrentarse a una pesadilla como la que estaba viviendo. Tal vez, confiar en este desconocido que decía preocuparse tanto por Elvira podría ayudar en algo.

— Señor Cortés, no sé qué hacer y créame que soy una mujer de recursos. Han secuestrado a mi nieta y me dan cinco días. Cinco días para que les entregue las joyas que usted rescató. Esas que me acaba de confirmar que la propia Elvira tiene.

Sebastián sintió que un enorme bloque oprimía su pecho. Esto parecía una mala película, de esas que son tan ajenas y entretenidas de ver pero que uno no sueña vivir.

—Viajo inmediatamente a Londres y no acepto un no.

Mal podía ella detenerlo cuando lo único que quería era alguien que la ayudara.

—¿Quién es? ¿Quién la tiene? Nadie debería saber de las joyas, no sé si Elvira le contó en qué contexto las extraje.

—Lo hizo y a nadie le comenté. Solo se me ocurre que alguien cercano lo filtró, al enterarse por casualidad o por espiarme.

En verdad esta última posibilidad recién comenzaba a dibujarse en su mente. Sin dudas alguien de su entorno había filtrado el dato y eso había ocasionado la catástrofe.

—Se equivocaron, pues no conocen las joyas y han de pensar que las tiene usted, o que me las ha enviado o que están escondidas—continuó.

—Voy a tomar el primer vuelo hacia ahí. No haga nada. No contacte a nadie.

Maldijo la distancia tan grande y lo que tardaría en llegar, pero como fuera hoy mismo o a más tardar mañana salía hacia Londres. No podía dejar las cosas en manos de la anciana, tenía que actuar. No sabía cómo, algo tenía que hacer para salvar a Elvira.

—¿Qué podría hacer usted, que no sabe...?

—Usted no me conoce—cortó con brusquedad. No aceptaría obstáculos—. Tengo algunos recursos y voy a usar todas las horas que me tome llegar hasta ahí para implementar o inventar algo que me permita ubicar a Elvira. Se lo prometo. No haga nada que comprometa su seguridad. Si la contactan otra vez, diga que me ubicó y me espera, que soy el poseedor de las joyas. Que no puede hacer nada hasta que llegue, gane tiempo. Y por sobre todas las cosas, no comente nada y controle su entorno.

—Me debato entre la duda y la desesperación. Tal vez llamar a la policía sería lo mejor.

—No, no. No saben hacer nada sin ruido y aparatosos movimientos. Espere que llegue y evaluamos qué hacer.

La anciana asintió y colgó. Se sentía tan cansada como nunca, el peso de la culpa la comenzaba a atormentar y pronto se encontró haciendo lo que jamás, sollozando.

±

No podía ser tan difícil, tan engorroso encontrar un vuelo directo. Con la cantidad de horas y kilómetros que lo separaban, con la urgencia por llegar y hacer algo por ella, los astros parecían alinearse en contra. Gritó e incluso insultó a los empleados del aeropuerto, y casi estuvo a punto de ser detenido. A último momento y por la voluntad de quitárselo de encima, consiguió un lugar en clase ejecutiva. Le costó un dinero que no hubiera podido pagar si aplicara la lógica, pero no lo dudó. Elvira peligraba.

Se maldijo una y otra vez. ¿Por qué no le declaró su amor cuando pudo? Tuvo la oportunidad y la dejó pasar. Debería haberla abrazado e impedido que se fuera de su lado. Pero no, permitió que su cerebro y hasta su orgullo y prejuicios se interpusieran.

Ahora estaba en una situación increíble y todo parecía conducir a esas joyas recuperadas, en mala hora. No entendía tanto esfuerzo y el secuestro por unas chucherías que sin duda tenían un valor sentimental y material, pero no de una magnitud que ameritara un delito así. Estaba claro que había algo más, algo que la propia Elvira no había logrado medir. Su abuela debería explicarle.

Tenía que calmarse y pensar posibilidades o estrategias. Su primer impulso había sido correr y llegar hasta ella, contenerla. Ella estaba prisionera de quién sabe quién, estaría aterrorizada. Y él que no conocía a nadie importante, no tenía contacto de ningún tipo en Europa. Carecía hasta de las habilidades básicas como para pensar en un salvataje al estilo película de acción. Nada de armas ni posibilidad de conseguirlas. Si era necesario esa

mujer debería encontrar la forma de proveerlo, aunque sea de cuchillo, que era lo que mejor manejaba.

En favor de Elvira jugaba el desconocimiento que los secuestradores tenían de esas joyas malditas que tenía sobre su cuerpo. Evidentemente sólo tenían información parcial. Ojalá la abuela tuviera joyas de mayor valor. Tal vez solo estaban usando a su nieta como carnada y manipulaban su entorno. Era vital no acercarse a su casa porque debía estar vigilada, aunque no lo supiera.

Lo mejor sería dejar fluir la información sesgada y convencer a quienes vigilaban, controlaban o lo que fuere de que las joyas estaban en camino y que tenían que ser flexibles con los tiempos. También, oh cielos, solo pensarlo se estremeció, debía pedir una prueba de vida. Un nudo en la garganta intenso lo apremió y casi le nubló la vista. ¡Qué no le pasara nada, solo rogaba eso!

TREINTA Y UNO.

Ya en el aeropuerto de Londres, la adrenalina lo seguía estimulando. Apenas había pegado ojo pensando y barajando posibilidades. Telefonó a Rosemary Kent y le pidió que se encontrara con él en algún lugar céntrico que ella misma eligiera. Le sugirió que solicitara algún vehículo, taxi o lo que fuera, pero que nadie de su entorno estuviera enterado de sus movimientos. Ella no entendió y se mostró reacia. Estaba acostumbrada a movilizarse con sus propios empleados y quiso imponer sus condiciones, no se sentía segura. No lo conocía más que de nombre, ¿por qué debía confiar en él? ¿Y si era una trampa y ella caía también en manos extrañas?

—Señora—se armó de paciencia porque si no le hubiera pegado cuatro gritos—. Entiendo sus objeciones. No es buen momento, sin embargo. Lo he pensado todo el viaje: alguien de su entorno filtra información a quien hizo esto. ¿Cómo sabrían de las joyas de otro modo?

Sonaba lógico y a ella la estremecía estar de manos cruzadas esperando lo peor.

—No deben saber que ya he llegado. Deje circular la idea de que estoy en viaje, de que traigo las joyas. Si no se siente segura, haga que su hijo la acompañe, o alguien de su confianza. Una vez juntos, pensaremos la mejor estrategia para lograr que Elvira regrese a nosotros sana y salva.

Las palabras de Sebastián y su actitud la convencieron. En el restaurante de un hotel de mediana categoría, Sebastián se encontró café de por medio con una mujer anciana muy elegante y envarada que lo observó y sopesó con la mirada. Sospechó más que notó cierto prejuicio en sus ojos inquisidores,

aunque esto fue tal vez producto de los suyos. Nunca se había acercado siquiera a alguien a quien se le notara tanto la alcurnia.

—Señora, es un placer conocerla. No las circunstancias.

—Es terrible— el gesto de su boca delató la angustia que procuraba disimular con una actitud de estricta etiqueta.

—Esas joyas están en posesión de Elvira y es vital que no lo sepan, porque entonces no les será de ninguna utilidad. ¿Comprende lo que digo?

Asintió amargamente.

—Cuando llegue a su casa, haga una falsa llamada, dejé caer la información de que demoro un poco más pero que las joyas vienen seguro. Si estoy en lo cierto, la van a contactar con rapidez y ahí usted debe hacerse fuerte y exigir algo que evidencie que Elvira aún vive.

El sobresalto de ella fue evidente y ahora sí el desamparo cubrió su rostro.

—¡Santo Dios, ¿dice usted que...?

—Ruego que no.

Apretó los puños y bajó la mirada. No quería quebrarse, no serviría de nada.

—Usted la ama, ¿verdad? —le inquirió Rosemary con la mirada fija en la suya.

—Sí—afirmó—. Elvira es la única mujer con la que podría pensar en un futuro.

—No sé si eso es bueno o malo, no me interesa ahora. Sólo quiero que mi nieta regrese sana e incluso si hay que entregar las joyas, que sea así. Tal vez nunca debieron estar en nuestras manos.

—Debe decirme todo lo que sepa en relación a ellas.

—¿A qué se refiere? Son una pertenencia familiar.

—Sí, pero el hecho de que esta gente pide expresamente por ellas habla de un interés muy puntual, concreto. Podrían haber exigido un rescate mucho más fuerte, me imagino que están en condiciones de pagarlo.

—También lo he pensado, le confieso. Y la única explicación que puedo dar o pensar es que los perpetradores deben tener que ver con la familia que descende de la mujer que murió en el naufragio.

—¿La Kent que naufragó?

—¡No era una Kent! Apenas una arribista que logró que uno de los tontos Condes de ese momento se casara con ella en secreto. Se pudo evitar que todo pasara a mayores.

Sebastián se impresionó de manera visible al escuchar que esto involucraba a la nobleza.

—¿Un Conde? Pero entonces, ¿usted...? ¿Elvira?

—No se lo dijo ella? Mi familia posee un título, sí. No me extraña, Elvira nunca ostenta o dice nada de él. Muy propio de ella.

Estaba asombrado, no podía negarlo, lo que no evitó que se rehiciera de inmediato. Importaba qué pasaba con Elvira, no quien era.

—¿Usted dice que esa mujer que murió en el barco se relaciona con los secuestradores?

Sonaba alocado.

—Por lo que dicen, sí. Mire—le extendió la carta que había recibido

Él la leyó y meneó la cabeza. Parecía cosa de locos, pero de esos estaba

lleno el mundo. ¿Honor, justicia? ¿Casi doscientos años después?

—Parece que tienen cuentas para cobrar con su familia. Algo muy malo les hicieron ustedes. ¿Se puede saber?

—¿Qué importa eso ahora? Usted no tiene por qué conocer trivialidades de mi familia—su voz sonó fuerte y hasta altanera.

En otro contexto la hubiera ignorado, la hubiera dejado con sus problemas. No era este el caso, podía soportar las frivolidades de una anciana si eso significaba ayudar a Elvira.

—Algo del pasado mueve este escenario. Voy a participar del mismo, no quiero estar ciego o ignorar a qué me enfrento.

Ella sacudió la cabeza y accedió, consciente que no podía hacer otra cosa.

—Esa familia, un clan de escoceses de apellido que ni recuerdo. Debería buscarlo. Creen tener cuentas que cobrarnos por una afrenta del pasado, por una mujer que murió. El apellido, se me pierde y es importante, Como dije, lo buscaré.

—Hágalo. Puede sernos de utilidad. Ahora, es tiempo de actuar. Haga lo que acordamos. Y roguemos que eso tenga la respuesta que pretendo.

La vio incorporarse y se levantó a su vez. Su fragilidad externa no condecía con el espíritu que se percibía en ella. Sin duda era una dama de temer, de mano dura y lengua afilada, que ahora estaba quebrada. Esperaba que pudiera con lo que le acababa de pedir.

TREINTA Y DOS.

La anciana se sentía un poco más tranquila, apenas. Haber podido contar, confiar en alguien, recibir instrucciones, alguien que le dijera que hacer, la quitaba de la inercia espantosa en la que había ingresado desde que había recibido esa carta.

Ese hombre, Sebastián Cortés, un completo desconocido para ella, aunque claramente no para Elvira, era un hombre atractivo, con cierta desprolijidad. Debía tener razón, había personal en su mansión que muchas veces pasaba inadvertido; traían y llevaban cosas. Era muy fácil que escucharan su conversación o los detalles de sus negocios.

Algunos de los empleados tenían décadas en la familia, pero había mucamas e incluso el chofer contratados por empresas externas. Jamás había pensado que sus ayudantes, su personal, al que honraba al dar trabajo, la traicionara. Tal vez alguien sutil había sacado la información a alguno de ellos, ni siquiera tenía porque ser de manera ex profesa. Quién se interesaba de tal forma por su familia, debía tener medios para contactarse, chantajear, investigarlos.

Es probable que hubiera una obsesión detrás, pues ¿de qué otra forma se podía entender un rencor de siglos? Tal vez de la misma forma que su idea fija acerca de las joyas y el honor de los Kent, le dijo una voz interna. Ese dueto justicia y venganza parecían de novela y sin embargo estaban presentes en muchas de las familias más tradicionales de la Gran Bretaña.

Rogó que pudieran hacer algo por Elvira, que las acciones que tomaran llegaran a buen fin. Lo primero que hizo fue tratar de actuar con naturalidad.

Sobre la media mañana del otro día, a pesar de haber pasado despierta toda la noche y reprimir hacerlo con las primeras luces, utilizó el teléfono y fingió hablar con alguien. Con voz calma y tono mediano pretendió un diálogo en el cual se hablaba de las joyas, de cómo iba a posponerse un poco la llegada del capitán con ellas, de que era necesario contactarse con las personas que tenían a su nieta y a la vez ella se lamentaba de no poder tener nada a su favor, un número para poder hacerlo. Tejió la trampa que el hombre le había dicho con lujo de detalles y esperó que tuviera razón, que él hubiera analizado correctamente la situación.

Hacia la tardecita, cuando casi no le quedaban tareas por realizar y apenas resistía la tensión, le comunicaron que tenía un llamado, que tomó con parsimonia. El temblor de sus manos demostraba lo que sentía.

—Habla Rosemary Kent. ¿Quién es?

—No importa quién soy, sí lo que tengo.

—Es injusto que usted me conozca y yo no tenga datos sobre usted. No me parece un trato justo, caballero.

—No hablemos de justicia ni de caballerosidad. No está en condiciones de hacerlo.

—Joven, porque su voz delata alguien de menor edad que yo, no creo entenderlo.

—No estoy llamando para socializar—la impaciencia se hizo evidente—. Sé que recibió mi nota y sabe, es consciente de lo que tengo. Su nieta está en mis manos y el precio lo tiene usted.

—Ese es el tema. No lo tengo aún. Sí he hecho las acciones para recuperarlos. El capitán del navío que las ha recuperado las traerá en persona, pero demora. Es vital que me dé más tiempo.

—Tiene 48 horas más. Sólo eso. Luego...

—Esperé, no me amenace. Es algo muy grave lo que hace. ¿Está usted seguro de que está dispuesto al asesinato? Porque eso es lo que me está planteando.

—Consiga las joyas.

—Se las daré sin ningún problema, cuando las obtenga. No hay objeto que valga la vida de mi nieta.

—Estamos de acuerdo, entonces.

—Necesito algo que pruebe que realmente la tiene, algo que indique que está en su poder y que no le ha hecho nada, que está en buenas condiciones, íntegra físicamente—demandó.

—No está en condiciones de pedir nada, anciana.

—Esto es así, funciona de esta forma. ¿Cómo le daría algo si usted no me asegura que mi nieta vive?

El silencio evidenció que el otro pensaba y al cabo de unos segundos vino el asentimiento.

—Está bien, en breve tendrá en sus manos la prueba, además de los detalles donde especifico cómo y donde será el intercambio. Nada de trampas.

—No habrá nada de eso.

El seco clic mostró que el hombre había cortado. Se sentó, agotada y en tensión absoluta. Cada uno de sus músculos se había envarado mientras la conversación se llevaba a cabo. Al momento, llamó a Sebastián Cortés y le detalló lo que había sucedido. Le reconfortó escuchar que estaba de acuerdo en que habían mordido el anzuelo.

—Es apenas el inicio. Esperemos por la prueba. Una vez seguros de su condición, veremos cómo hacemos con el trato. Paso a paso. Por ahora, nos acaban de confirmar que a usted la tienen vigilada y que siguen ignorando que las joyas las tiene la propia Elvira.

—¿Qué haremos entonces?

—Es menester que usted busque en su colección de joyas algunas que coincidan con las características de las que solicitan. Una vez listas, esperaremos y veremos dónde se hará el trato.

—¿Iremos solos?

Había desconfianza en la voz, también miedo.

—Sobre eso... Lo mejor es que usted no vaya. ¿Qué podría hacer allí? Póngame a mí en situación de intermediario. Yo no soy un policía ni agente, no tengo preparación especial, pero manejo bien un cuchillo y puedo sostener un arma. Deberá conseguirme una. Apuesto que deben tener algunas de colección.

—Viejas y algo oxidadas.

—Solo para amedrentar. Yo trataré de pertrecharme de cosas como gas pimienta en spray y esas cosas que no levantan sospecha, que son de protección personal. Cuando la hora de la acción toque, haré lo que pueda. Le aseguro que protegeré a Elvira con mi vida. No me van a importar nada las joyas.

—En este momento, eso es lo de menos. Pero le digo algo. Voy a ir. No arriesgaré nada y quiero ver en persona al bandido escocés que pone a mi nieta en peligro. Además, seguro él se sentirá más seguro si me ve. Después de todo, el trato lo hace conmigo.

La primaria intención de Sebastián de negarse quedó cortada. La actitud de

la anciana parecía irreductible. No perdería energías peleando con ella.

TREINTA Y TRES.

Ese Conde era una aspiradora insaciable de dinero y despilfarro, razonó Sam O'Connell. Gastaba en forma desmesurada; inmerso en su adicción por el juego dilapidaba la fortuna de su familia sin piedad. “Mejor, será más fácil arruinarlos”. El costo para él mismo, que había invertido en comprar sus deudas y se había convertido en pocas semanas en su principal prestamista, podía ser importante. Mas solo imaginar el oprobio que sentirían al ver hipotecadas sus propiedades y quedar arruinados sería suficiente recompensa y castigo merecido a tantos siglos de buen pasar.

Hizo algunas cuentas más en su vieja calculadora. Le gustaba sentir el ruido de las teclas, no se acostumbraba a las nuevas máquinas y registraba prolijamente en sus libretas cada movimiento de dinero. El ingreso de su esposa marcó la pausa necesaria. Le dedicó una sonrisa que no fue correspondida, como solía.

El gesto de seriedad y preocupación a la vez que el estrujar nervioso de sus manos le hizo comprender que algo grave pasaba. Se preocupó, su mujer no era de reclamos ni de problemas fáciles, una auténtica luchadora, escocesa de cepa, como él.

—¿Qué pasa, querida?

—Estoy angustiada por nuestro hijo.

Suspiró. Su Colin era un buen chico; algo callado, respetuoso y seguía sus pasos. No era muy expresivo, pero así lo había educado. No creía demasiado en eso de pasear con los sentimientos a flor de piel, eso solo debilitaba a las

personas. Había tratado de educarlo con firmeza, convenciéndolo de la importancia del linaje, del honor y respeto por los antepasados.

No era un alumno brillante pero tampoco él lo había sido y muy bien que se las arreglaba. Le bastaba conque entendiera la dinámica de los negocios y por dónde iban los grandes asuntos, y eso estaba seguro que lo manejaba bien. De hecho, manejaba ya con solvencia algunas de las cuentas, pequeñas pero redituables y con eso pagaba parte de sus estudios y le alcanzaba para sus gastos. La disciplina era fundamental para formar a los jóvenes.

—¿Qué hay de él?

¿Qué podría pasar por la mente de su esposa, que podría percibir que él mismo no viera?

—¡Es tu culpa, es tu culpa! ¡Lo he escuchado y está perdido!

Estalló en llanto de angustia desgarrada y la alarma se disparó en la cabeza de Sam. Esta no era su mujer, no era la actitud habitual y la forma en que afrontaba las cosas. Algo en verdad grave ocurría. Se incorporó y avanzó hacia ella, tomándola por los hombros y obligándola a mirarlo.

—¿A qué te refieres? ¿De qué culpa hablas?

—¡Tú y tu discurso interminable del honor, la familia, la justicia que reclama tu antepasada! ¡Tu odio hacia los Kent ha contaminado de tal modo a nuestro hijo que su cabeza ha colapsado y ha hecho algo tremendo!

—¡Dime qué, dime ya! ¿Está en peligro?

— Lo escuché, hace un rato. Fui por su ropa para lavar, sabes que no se preocupa por esos detalles. Estaba hablando por teléfono. Su voz... No parecía él. Era metálica, dura... No parecía nuestro muchacho.

Las lágrimas descendían por las mejillas de la mujer.

—¿Qué decía? Debes calmarte y decirme exactamente qué pasa—ordenó con voz firme. No llegarían a nada así.

—Estaba hablando con alguien de la familia Kent. Los mencionó expresamente y los amenazó, eso. Dijo que tenía en custodia y capturada una chica de la familia.

—¿Qué?

Su estupor no tuvo límites. ¿Secuestro, retenida? ¿De qué hablaba? No podía ser posible. Los O'Connell eran personas de honor, su hijo no era vulgar criminal.

—Exigía que le dieran unas joyas, que intercambiaría a la joven por ellas. Quedé tan helada, que no podía siquiera respirar.

El pecho de Sam comenzó a latir con intensidad y un ahogo lo invadió, haciendo que sus piernas no lo sostuvieran. A duras penas se sentó, ayudado por su mujer, que asustada por lo pálido de su rostro sólo atinó a masajearle el pecho. Trató de respirar, cerrar sus ojos y controlar su miedo.

Recordó que él mismo había contado a Colin del rescate submarino y le había manifestado su pesar y su odio por ello. Él sabía de los objetos y estaba tratando de recuperarlos. ¿Pero a qué costo? ¿Convirtiéndose en un vulgar ladrón, un chantajista sin escrúpulos, tomando a una mujer como rehén? No entendía nada.

—Por favor, ¡reacciona, tengo miedo! No sé qué hacer. ¿Qué será de nuestro hijo? ¡Debes arreglarlo, tú debes arreglarlo! Él jamás habría pensado algo tan loco de no ser por tu constante machaque en algo que está absolutamente perimido, que debió haber quedado enterrado hace décadas atrás. Esa resistencia tremenda de tu familia a laudarse una situación que prescribió hace tanto, ha sido lo que condujo a nuestro hijo, no hay otra

explicación, Sam.

Asintió. La interpretación que ella hacía podía tener lógica, pero él no podía entenderlo. Su hijo jamás había demostrado una actitud fuera de tono, fuera de sitio. Era tan respetuoso, tan preocupado porque todo estuviera en su lugar y su sitio, tan infatigable, tan comprometido con su familia y con el clan.

Y entonces lo entendió. Era eso, él debía pensar que recuperar esas joyas arreglaba parte de las cuentas del pasado. Era su culpa, tenía razón su esposa

—¿Dónde está ahora?

Su voz sonó monótona y monocorde. Trataba de mantener la cabeza centrada; le correspondía solucionar lo que había generado y salvar a su hijo del oprobio y el deshonor.

—Le pregunté a Víctor, el chofer, y me ha dicho que lo llevó hasta una finca, una finca de campo en Bedford.

Lo entendió. Tenía que ser el lugar donde había estado viviendo Kate O'Connell, donde todo había comenzado. Una especie de ironía, su hijo mantenía ahora a quien fuera de los Kent, retenida contra su voluntad. ¿Es que no entendía el peligro y el delito que cometía?

—Muy bien.

Se incorporó con cierta pesadez y evitó la ayuda de su esposa. No podía mostrarse débil, aunque por dentro el peso de la culpa lo agobiara. Años pensando en cómo estrechar el círculo sobre el Conde, en cómo arruinarlos, hasta que había cerrado la trampa financiera sobre él. Jamás pensó siquiera intentar otro camino. Cuando todo parecía a punto de caer y la ansiada promesa cumplirse, algo más grave interrumpía y ponía todo en jaque, hasta lo más sagrado. Las propuestas de los hombres no eran nada al lado del designio de Dios.

±

Sam detuvo su coche. Había manejado de forma personal evitando al chofer. No podía haber testigos que pudieran dar cuenta de lo que ocurriera y pudiera ser presentado como prueba ante tribunales, si esta situación aconteciera. A su lado su esposa con la cara llorosa y el alma estrujada, era una interpelación a su figura como padre. Él mismo sentía el peso de los remordimientos como una piedra.

Estaban en el Condado de Bedford, en la antigua casa de campo de los Kent, qué hacía ya muchas décadas fue adquirida por una de sus empresas. La solía alquilar para eventos, para sacarle algún rédito y pagar su manutención, cara, ya que realidad no le gustaba lo que representaba. Había sido una forma más de quedarse con algo de lo que le pertenecía a esa familia y que habían debido entregar, acuciados por las deudas.

Suspiró hondo, miró a su mujer y tocó su rodilla, buscando darle tranquilidad.

—Lo voy a arreglar, mi querida ten fe en mí. Sé qué piensas que he hecho mal y es factible que así sea; me doy cuenta ahora, que nuestro hijo está en riesgo. Espera aquí y cuando Colin venga, que así será, instalo a volver a nuestra casa. Hazle la necesaria contención e instruye a Víctor y los demás para que lo vigilen. Así deberá ser. Yo arreglaré todo para que nada malo le pase, solucionaré las cosas.

—¡Eso es tan difícil! ¿Te das cuenta la gravedad? —sollozó.

—Tengo medios para hacerlo— la miró con seriedad.

—Eso espero—se recompuso como pudo—. Y cuando vuelvas, debemos pensar y actuar para devolver el equilibrio a la mente de nuestro hijo.

—Así será.

Bajó del vehículo y se dirigió a la enorme casa. Era suya por derecho y sin embargo la sentía extraña. Tanteó la puerta principal, que estaba abierta, e ingresó. Se detuvo en el gran living desierto y escuchó. La voz de Colin se escuchaba un poco más lejos, por lo que se acercó a una de las puertas, la de la biblioteca. Estaba de espaldas y murmuraba mientras tecleaba en su ordenador. Lo miró hacer unos minutos buscando la forma y las palabras de encararlo.

Colin dio por finalizado el mail y cerró la máquina, para incorporarse. Al darse vuelta para salir, se detuvo con sorpresa y estupefacción al encontrarse con Sam.

— Padre— su voz sonó confundida.

No debía estar ahí, no pretendía involucrarlo. El miedo atenazó su garganta a la vez que el rostro de su progenitor se lo decía todo. No aceptaba su proceder y esto lo movilizó. ¡Él estaba haciendo algo! Algo concreto para recuperar lo que les habían quitado, para cumplir con aquella promesa antigua de casi doscientos años. Ningún O'Connell antes había podido modificar nada ni darle los merecidos a esos hijos de perra de los Kent.

—Papá, sé qué piensas, pero déjame explicarte...

Sam levantó su mano para detenerlo.

—Colin, no quiero que me expliques nada. Sé lo suficiente para entender que te has metido en un asunto sórdido y peligroso, que ha puesto a una joven en una situación imperdonable.

El muchacho demudó su rostro. No esperaba la reconvención, no tenía intenciones reales de dañar a esa mujer, que para él era mero objeto de intercambio. Las cosas estaban saliendo bien y a punto de finalizar: acababa

de enviar a esa vieja bruja la locación en la que se realizaría el intercambio. Todo acabaría; él le entregaría a la nieta y aquella las joyas. Nunca más volverían a saber uno del otro. En su mente sencilla eso cerraba todo el asunto sin mayores consecuencias. Había una ingenuidad extraña en él, que hablaba de problemas no tratados.

—Te pido que no te involucres, padre. Tengo todo cubierto y en pocas horas finalizará. Las joyas estarán en nuestro poder y...

—¡No me importan las joyas, Colin!!

Se lo dijo pausado pero fuerte, buscando impactar en la mente de su hijo, de traerlo a la realidad. Lo veía fuera de sí, casi un extraño y lo asustaba.

—¿Estás loco? Toda la vida me has dicho que...

—Me he equivocado. Mucho—se acercó a él, mirándolo a los ojos, procurando encontrar en ellos a su chico—. He sembrado en ti una idea que te ha trastornado. Yo mismo he estado perdido en la locura y la obsesión. No más. No más.

Colin sacudía la cabeza. Las palabras de su padre contradecían años de discursos y sonaban extrañas.

—Colin, no me importan los Kent. Al menos, no me importan ni cerca de lo que me importas tú, mi hijo. Eres mi heredero, mi hijo querido. Nada por encima de ti, muchacho. Muy mal he hecho las cosas como padre si piensas que preferiría arriesgar tu libertad y tranquilidad para obtener unos mugrosos objetos del pasado. Eres lo prioritario para mí.

Colin escuchaba por primera vez una declaración de amor paterno tan sentida y esto lo descolocó y aflojó. Siempre había estado buscando su aprobación, hacer lo necesario para ser visible ante sus ojos, siempre llenos de planes y negocios. Hasta ahora lo lograba, y era para pedirle que

abandonara la primera cosa independiente que organizaba.

—Con todo el amor que te tengo, te pido que abandones esta loca idea y dejes todo en mis manos, Colin.

El chico se revolvió; no sabía qué hacer, no era tan fácil. Dar vuelta todo, deshacer lo que estaba por concretarse con éxito.

—Padre, falta muy poco. Lo tengo todo arreglado y...

—No sólo te lo pido, ¡te lo exijo!—elevó ahora su voz Sam—. Tu madre está ahí afuera y espera por ti. Quiero que vayas con ella y olvides todo este asunto, hijo mío. Has equivocado mucho el procedimiento, los O'Connell somos dignos y no unos meros bandidos que se aprovechan de situaciones. Pero no te aflijas, todo esto es culpa mía y me haré cargo.

Avanzó hacia su hijo y lo abrazó, casi con fiereza, a la par que lo llevaba hasta la puerta principal y lo empujaba hacia el vehículo donde su madre lo esperaba ansiosa. La confusión se había apoderado del rostro de Colin, que miró hacia atrás varias veces y en sendas ocasiones, Sam lo obligó a irse con sus manos.

—¿Colin? —le inquirió antes que su madre lo empujara dentro del vehículo—. ¿Dónde está esa chica? ¿Y quién es?

—Es la sobrina del Conde de Kent. Está en las habitaciones cerca de la cochera.

La débil mente de su hijo se le revelaba ahora. Era casi como un niño grande, en definitiva. Tan ciego había estado que no se había percatado de su fragilidad. Por fortuna no había sacado a colación el mal temperamento y se había obcecado, como temió.

Suspiró con pesar. Le esperaba una tarea titánica con él. Ahora, tenía

tareas y obligaciones. Fue hasta la computadora y al abrir el último documento, le apareció una nota enviada que especificaba hora y lugar de encuentro. La implicancia de todo lo orquestado por su hijo lo alcanzó y agregó peso a sus hombros. La única forma de evitar que fuera a la cárcel era negociar con mucha habilidad con esa familia y asegurar la entrega de esa chica.

Lo pensó con delicadeza, procurando analizar todas las aristas de la delicada situación. Luego, se dirigió hacia lugar donde estaba esa muchacha. Tocó a la puerta y quitó el cerrojo y al ingresar recibió la acusadora mirada sobre sí. Furia y miedo en el rostro de una bella chica castaña, no mucho más grande que su propio hijo.

—¡Exijo que me libere! Están cometiendo un grave delito.

Él avanzó en silencio y se sentó en una silla de madera, bastante incómoda, y desde ahí miró a la joven.

—Señorita, quiero que me escuche ahora.

Elvira calló. Había algo muy diferente en este hombre al muchacho que la había secuestrado e increpado con dureza. La actitud quieta y su mirada triste la tranquilizó.

—Todo esto ha sido un gran error y pretendo compensarlo.

—¿Error? —se alteró otra vez ella—. Esto ha sido un acto criminal, secuestro, no hagamos juego de palabras.

—Lo tengo claro y quiero resolverlo. En pocas horas usted estará de vuelta con su familia, sin necesidad de intercambios por esas joyas.

—El otro individuo dejó muy claro que era lo que quería, me dijo quiénes son ustedes.

Sam asintió. Le creía; con el grado de desequilibrio que su hijo había actuado, era probable que había dejado fluir todo su odio y eso hacía más necesarios todos los pasos que había planificado.

—No sé si sabe usted realmente toda la historia, señorita. Si es así, tal vez desde el fondo de su mente joven pueda acordar que la serie de desmanes, que sus antepasados pudieron cometer, generó una semilla de odio bastante grande que se arrastra al presente.

—Yo creo que el odio se fomenta y se abona— contestó ella—. Y no surge en un ambiente sano.

La joven echaba sal en la herida sin saberlo; tenía que reconocerle razón. Debía empezar a aceptarlo. Lo que su esposa no había logrado en años de persistente parloteo, lo lograban las acciones de su hijo, fruto, en definitiva, de las suyas propias.

—Dejemos eso. Mi intención es devolverla y hablar con su abuela. Quiero que todo lo sucedido se borre, como si nada hubiera ocurrido.

—Para usted puede parecer fácil. ¿Cómo se sentiría usted encerrado por días, asustado, sin saber exactamente qué pasará con su vida?

—Entiendo todo lo que me dice y créame, le hubiera evitado todo este dolor y pesar. Le puedo asegurar que en este momento eso carga sobre mis hombros y mi espíritu. Le doy mi palabra y le pido paciencia. Yo mismo la llevaré hoy con su abuela.

—¡Hágalo ahora mismo si pretendes comprensión de mi parte!

—Quién la trajo ya no está, pero acordó los detalles del intercambio y por eso le pido estas horas. No tema, ya no hay nada que la ponga en riesgo. Yo debo asegurarme, como padre, de lo mejor para mi hijo.

Dicho esto, Sam se levantó y salió con pesadez. Todo él era la estampa de la tristeza y la derrota. Elvira quedó confusa y rogando que las palabras del hombre fueran ciertas. Todo daba vueltas y ella no entendía nada, salvo que quería estar libre y con los suyos.

TREINTA Y CUATRO

Las horas pasaron y el hombre maduro volvió. La invitó a salir y la guio por unos pasillos hasta salir a un gran salón y posteriormente al exterior. Un auto los esperaba. Él tomó el volante y le hizo gesto para que ingresara. Sin armas ni nada que la contuviera le hubiera sido fácil escapar, mas nos llegaría lejos y no tenía sentido.

—¿Dónde me lleva? —increpó.

—Con su abuela— contestó.

La mente de Sam en este momento discurría, buscando las palabras y el tono que le permitirán negociar con una mujer que presumía dura.

—¿Es verdad, sin trampas?

La voz de la joven temblaba por los nervios y la expectativa de poder volver sana y salva.

—No tema, es así como le digo. Confíe en mí palabra, sé que ha sido tratada con deshonor y le vuelvo a pedir su piedad.

Elvira no podía prometer nada, entendía que le llevaría mucho tiempo procesar lo que le había ocurrido, entenderlo siquiera. Hasta el desenlace era confuso: un secuestro que se auto diluía, un secuestrador que desaparecía y en su lugar otro la devolvía tan sorpresivamente como la habían raptado.

Al cabo de una buena hora de viaje, llegaron a una zona más poblada cerca del puerto, y él detuvo el coche en medio de unos galpones de trabajo desolados a esa hora en que la actividad había terminado. Quedó a la espera y

vio que ya no se preocupaba por su presencia. Entonces otro coche apareció y reconoció al de su abuela. El corazón le dio un salto y casi se le sale del pecho.

—¿Señorita? Sé que lo que más quiere es irse y así será. Le pido unos minutos para que pueda charlar con su abuela.

No había presión, sólo pedido. No sabía que pensar o hacer. ¿Y si atacaba a su abuela? Mientras dudaba vio descender del otro auto a Sebastián y sus ojos se salieron de las órbitas. ¿Qué hacía él aquí? No entendía; el corazón le latió en apresurado golpeteo y abrió su boca. ¡Había venido por ella, había viajado horas y aquí estaba!

Su cabeza era un caos de sensaciones y bajó del auto. A pesar del grito de Sam se dirigió como una tromba hacia Sebastián, que al verla corrió también, tomándola en sus brazos y abrazándola tan fuerte como pudo. Había tenido tanto miedo de perderla, tanto había sufrido pensando lo que le podría ocurrir. Pero estaba aquí, en sus brazos, era suya. Entonces él reaccionó y miró hacia el vehículo de Sam con sobresalto.

No vio movimiento, sólo un hombre mayor sentado, mirando y esperando.

—Elvira, ¿estás bien?

La miró entera, para ver si estaba en una pieza y la condujo atrás, por cualquier eventualidad. Todo era raro y puso una mano sobre el revolver que llevaba en uno de sus anchos bolsillos. Habría creído que el intercambio se haría de otro modo, le asombraba la inercia del otro.

—Sí, sí. Ha sido horrible. Son unos escoceses, los descendientes de la ahogada, ¿puedes creer eso? ¡Pero también ha sido raro! Ese hombre que me trajo ahora sustituyó al más duro del comienzo y dijo que me dejaría ir sin intercambios. Y así lo ha hecho. No entiendo nada, Sebastián, me quiero ir.

Él calmó con un gesto de su dedo la exaltación y el nerviosismo de su amada. Tocó sus hombros indicándole el auto.

—Ve con tu abuela, terminemos esto.

Ella asintió y corrió hacia el auto de su abuela, que la recibió con un abrazo interminable.

Sebastián observó adelante como el desconocido bajaba del vehículo con pesadez y se dirigía a él.

—No sé quién es usted. Quiero hablar con la Condesa.

Sebastián lo miró con recelo. No parecía portar armas.

—No voy a poner en riesgo la vida de las mujeres. Lo que usted quiera decir, me lo dice a mí.

Sam no tenía alternativa, entendía el celo y la desconfianza y no podía forzar las cosas.

—Esto ha sido un gran error, planificado por alguien inimputable, cegado por el desvarío.

—Sabemos quiénes son ustedes—señaló Sebastián.

No quería sonar amenazante, solo marcaba un elemento a su favor.

—Sé que lo sabe. Espero que se dé cuenta que, así como en un gesto de torpeza extrema se comete un delito, mis acciones acaban de eliminarlo.

—El secuestro, el tiempo retenida, el sufrimiento, el temor no puede quedar redimido sólo con esa acción—acometió Sebastián con dureza.

—Lo tengo muy claro. Pero hay tantos delitos del pasado que han quedado impunes. No me parece mal trabajar para que este, qué en definitiva no tuvo un resultado maligno también quede así.

—¿Qué pretende?

—Que renuncien a cobrar consecuencias. La muchacha está bien y de vuelta con su familia: las joyas, intactas en el lugar que ustedes creen pertenece. Y agregaré lo siguiente, que espero que usted trasmita adecuadamente. Si la señora acude a la policía, arruinara la vida de un chico desquiciado, pero también la suya propia. Me encargaré que todas las deudas del Conde, que son muchas y están en mis manos, se liquiden al instante, arruinando económicamente a la familia que deberá decretar la quiebra y vender todo. Cuando digo todo, es así. Todo lo que posee apenas sería suficiente para pagar las cuantiosas deudas de juego de Travis Kent.

Sebastián se sintió impresionado por la verdad que subyacía en las palabras bajas de este hombre.

—Así que usted quiere el silencio y el olvido.

—Eso es. Si hace lo que le pido condonaré alguna de las deudas más grandes, pero mantendré otras en custodia.

Sebastián se daba cuenta que estaba en el medio de una situación imposible de resolver por sí mismo. Asintió. No le correspondía tomar postura.

—Transmitiré lo que usted me dice, no soy de la familia. Pero tenga seguridad de que cada una de sus palabras llegará a la Condesa.

Ambos hombres se volvieron hacia cada lado y se retiraron. Sebastián suspiró y agradeció que nada hubiera pasado a mayores.

±

El regreso a la mansión fue pleno de alegría para Elvira y la abuela. La

primera no podía parar de hablar y contar lo que había sido su periplo, sus miedos, la incomprensión frente a lo que había ocurrido en el último momento.

—¡Eran esos hombres abuela, los escoceses! Querían las joyas.

—Lo sé, mi amor.

—¿Cómo se enteraron que las tenía, que estaban en nuestro poder? Aunque nunca supieron que las tenía sobre mí. ¡Aquí están, mira!

Reía y lloraba mientras mostraba el anillo y se quitaba el colgante de su cuello para entregarlo a la abuela, que los sopesaba con cuidado.

—Tan bellos— susurró—. Una parte de la historia de la familia, pero también objetos de discordia. Lamento tanto lo que has debido pasar. ¡Mi nieta querida! — acarició su rostro—. Si solo hubiera sabido, si hubiera podido prever...

—¿Cómo prevenir la locura? ¿La obsesión? — la tranquilizó Elvira—. El hombre que me llevó era casi demente en sus expresiones, hablaba del pasado como si lo estuviera viviendo.

Rosemary movió la cabeza.

—¡Esa gente tiene que pagar, debemos acudir a la policía!

Sebastián se había concentrado en salir del lugar y dejar que ambas mujeres se reencontraran y consolaran mutuamente. Recién le volvía el alma al cuerpo y comenzaba a tranquilizarse. Habían tenido demasiada suerte, si esos hombres hubieran querido, si hubieran sido más... No quería ni pensarlo. Era el momento de transmitir.

—Debe saber, ese hombre que trajo a Elvira, tenía un mensaje para usted y fue muy claro. Pretende que nada trascienda.

Los ojos de la mujer se desencajaron.

—¡Qué descarado! No tiene nada que pueda evitarlo ahora—señaló altiva.

—Me dijo que tiene en su poder la mayoría de las deudas de juego de su hijo, señora. Que estas son cuantiosas y que la puede arruinar económicamente, obligándolos a vender sus propiedades y dejarlos en la calle.

Vio por el espejo retrovisor cómo se transformaba el rostro de la mujer.

—Tranquila, abuela— se preocupó Elvira—. Debe ser una treta para evitar que su hijo, que fue el que realizó el secuestro, pague por su delito.

El silencio de la anciana le hizo entender a Sebastián que daba valor a la amenaza.

—Eso es algo que usted deberá chequear con su hijo.

Ella asintió. Los nervios, la preocupación de su hijo, tenían ahora fundamento. Había permitido que sus adicciones metieran a la familia en un camino muy complejo.

—Y es muy probable que haya razón y verdad en esas palabras—suspiró.

—¿Señora?

Rosemary lo miró.

—Hostigar y atizar el fuego sólo llevaría a acciones precipitadas y desesperadas como las que pusieron en peligro a Elvira.

Se lo decía para imponer su punto. De milagro todo había salido bien y Elvira estaba con ellos. Ojalá no hiciera nada para arruinarlo. A él le importaban un comino las rencillas inter o intrafamiliares, era un hombre sencillo y todas esas zarandajas de los títulos, el honor, la venganza y la justicia por acciones del pasado le resbalaban. Quería poner un poco de cordura.

—Esté tranquilo, señor Cortés. Valoro por encima de todo que mi nieta está sana y salva y agradezco de manera infinita el apoyo y ayuda a que usted me entregó.

—Debemos agradecer que todo se resolvió muy bien y nadie salió lastimado.

—Eso está por verse—murmuró Elvira, ahora más calma y probablemente comenzando a apreciar de afuera el peligro que había corrido—. El muchacho ese no parecía muy cuerdo y ese hombre se da cuenta. Y por lo que escucho, el tío ha hecho un desastre con las finanzas.

—Pero tú estás bien, qué es lo que importa —enfaticó Rosemary.

Dura tarea tenía por delante: hablar con su hijo y forzarlo a encargarse de resolver todo lo que tuviera que ver con las finanzas. Estaría detrás de él presionándolo para que así fuera y obligándolo, por una vez en la vida, a hacerse cargo como un hombre de las cosas de la familia.

Sebastián miraba a Elvira por el espejo retrovisor, ese rostro que tanto quería, a la vez que seguía las instrucciones de la Condesa que le indicaba por dónde ir y cómo llegar. Logró más de un bocinazo e insultos porque conducir en este lugar era muy diferente.

En la mansión, la Condesa bajó y mirando a su nieta le dijo:

—Sé que tienes mucho que hablar con este hombre—le dio un beso y se dirigió a su recámara.

La tensión comenzaba a pasarle factura, necesitaba descansar y pensar.

Ambos jóvenes apenas esperaron que desapareciera para bajar del vehículo y abrazarse y besarse con ansias y pasión.

—Elvira, tuve mucho temor. Traté de no demostrarlo, pero por dentro era

un flan.

—No te imaginas lo que pasé estos días. No me hicieron nada, nada físico. El temor de lo que podría pasar, todo fue una pesadilla.

—Tranquila—le tomó la barbilla y acarició sus mejillas—. Deja de pensar en eso.

—¿Cómo supiste?

—Tu abuela me contactó, quería saber de ti, quería las joyas. La obligué a decirme la verdad y salí volando apenas me enteré lo que te ocurría.

Lo miraba tan agradecida y esperanzada. Los ojos de él dulcificados derramaban ternura y amor, no podía confundirse con eso.

—Quiero decirte esto ahora y ya, Elvira. Que no pase un minuto más sin que sepas que te amo, qué quiero que estés a mi lado y no te despegues nunca. Solo pensar que apenas te fuiste de mi lado te pasó lo peor, me hace entender que sólo yo te puedo proteger.

La declaración de amor sin prolegómenos, le estalló en la cara y le llegó el corazón, haciendo que las lágrimas fluyeran. Eran de alivio por su libertad, el desagote de la tensión, pero también el encontrarse con unos gestos y frases que había esperado por semanas.

—Yo también te amo, Sebastián. No sabes cuánto esperé que me dijeras eso, las ganas que tenía de expresarte lo mismo.

—Fuimos dos tontos. En mi defensa, te dejé ir por no estar acostumbrado a dar rienda suelta a mis emociones. Temí que me rechazaras, quedar expuesto ante ti.

— Me pasó igual.

Se abrazaban y besaban alternativamente, acariciando sus rostros y dando

cuenta de lo intenso que los unía. La prueba que acababan de atravesar había sido el catalizador más eficiente para comprobar sus emociones y sentimientos y obligarlos a despojarse de cualquier barrera que lo separara.

—Me encantaría que vengas conmigo, Elvira, y aunque te suene feo, alejarte de tu familia.

—Esto es algo excepcional. Y no conoces a mis padres, la parte más bonita. Pero sí debo concordar que es toda una locura, es bastante enfermizo— sentenció ella—. Creo, sin embargo, que el amor de ese hombre por su hijo, que está mal de la cabeza, y el de la abuela por mí, así como las deudas de juego de mi tío van a hacer que la situación quede en tablas, empatados y sin ganas de verse más.

—Ojalá que sea así. ¡Todo lo que desenterré sin saberlo con mi proyecto y rescate! ¿Crees que las heridas de esa gente alguna vez sanarán?

—Creo que el amor sana. Ahora que se concentren en ellos, tal vez.

—A veces, el amor destruye— dijo él—. Mira a esa pobre Kate.

—No es el amor el que destruye, Sebastián. Son las ambiciones, los prejuicios, el odio de clase. No fue la historia de amor de Kate y Roger Kent la que los perdió. Fueron los prejuicios de su entorno.

—Tienes razón. No sé mucho de la historia, pero parece haber sido intensa.

—Me debo clarificarla— señaló ella.

—Lo primero que vamos a clarificar es la nuestra.

La miraba con el amor más grande del mundo y ella le correspondió.

—Necesito una ducha. Comer algo. Qué vengas conmigo y me ames—lo invitó.

Solo en sus brazos lograría la tranquilidad absoluta, olvidar la pesadilla.

—Me inhibe el lugar—sonrió él.

—No te preocupes —le guiñó el ojo mientras tomaba su mano y lo conducía hacia el interior de la mansión—. Conozco los recovecos de esta casa como la palma de mi mano. Si lo que te pone mal es lo pretencioso, hay unos rincones, más humildes que podemos aprovechar de la mejor forma.

FINAL.

Río de la Plata, 2017.

El desparramo de antiguos libretas de notas, diarios y cartas rodeaban a Elvira que, reconcentrada y con los pies cruzados, bebía de las fuentes escritas del pasado de la familia Kent. Había logrado que su abuela le entregara todos los documentos en su haber, que relataban en primera persona la vida de Roger Kent, de su madre y algunos otros descendientes de importancia. Con curiosidad y respeto, había leído, en varias noches de desvelo, los pensamientos e ideas de sus antecesores.

En Europa habían quedado las recomendaciones de cuidado de su abuela y las joyas rescatadas, guardadas otra vez en la caja fuerte familiar. La pequeña cabaña que los había unido en Rocha, era otra vez el escenario de la pareja. Ella no había querido otro para concretar la etapa más linda de su relación. Una que había nacido de la casualidad, que se había abonado por la pasión y que había hundido raíces sólidas en las almas de ambos.

Sebastián trajo el desayuno a la cama y meneó la cabeza al ver que no había lugar en ella para la bandeja con el café, las tostadas con mermelada y el jugo. Tomó la rosa amarilla del pequeño recipiente en que la había colocado con delicadeza y se la ofreció a Elvira, que con embeleso la tomó en sus manos y la olió.

—Gracias, mi amor—sonrió con un poco de embarazo.

—A ver, déjame lugar entre esos antiguos escritos y dame un beso que me haga linda la mañana.

Tomó su rostro, ni corta ni perezosa, y posó sus labios en los del hombre, en un beso suave, mientras acariciaba su calva, para luego despegarse y sonreír.

—Estoy emocionada con lo que descubrí. He contrastado y leído hasta el cansancio y creo que tengo la historia completa. Por primera vez, ya que no creo que ninguno de mis familiares se haya tomado el trabajo de averiguar bien qué pasó con Roger Kent.

—Esa es una historia que me gustaría escuchar—se preparó.

—Ese hombre amó de una manera profunda y entregó todo lo que podía a Kate O'Connell.

—Los familiares de esta no parecen pensar eso. Creen que la sedujo y abandonó.

—Nada de eso, me preocupé por leer y comparar, ver fechas, etc. Él la conoció cuando ella vino de Escocia a la casa de unos primos. Desde el primer momento se vio impactado por su belleza y su candor. Lo dice así en algunas frases de su diario. La siguió y persiguió como una abeja a una flor bella.

—¡Qué romántica te pones!

—No te haces idea como esas expresiones están en las cartas. Por fuera, la flema inglesa en toda su expresión. En la intimidad, volcaba su sentir por escrito.

—Te creo, sigue—la animó.

Le encantaba verla alegre y expectante, que olvidara lo mal que la había pasado. Varias noches posteriores al desenlace la había tenido que abrazar y consolar, asegurarle que nada le pasaría y entonces se enfurecía internamente

contra toda la parentela Kent y todos los escoceses del mundo.

—La sedujo, la amó haciendo caso omiso y borrando las convenciones de la época. Se entregaron a la pasión.

—Como nosotros—la besó en el cuello.

—Ella quedó embarazada. Entonces, Roger se vio asediado por su familia y sus primos que querían denunciarlo ante la Corte. Trataban de quedarse con el título nobiliario. No te olvides que era la época de la Reina Victoria y la moral se había vuelto muy ajustada.

—Mucha moral externa y puros desmanes, eran unos hipócritas.

—Suele ser así. La cuestión es que él buscó protegerla y esconderla. Se casó con ella al enterarse que estaba embarazada. La llevó a un lugar que creyó seguro. Buscaba la forma de que el tiempo hiciera aceptable la relación. Eso hizo que se distanciaran y en ese ínterin, ella dio a luz en forma anticipada y antes de verlo nuevamente. Como se sentía en riesgo, llevó a su niño a resguardo en su tierra, en Escocia, y volvió a esperar a Roger.

—Eso es complicado. ¿Cómo lo sabes tú? No puede estar en las memorias de Roger Kent.

—No, lo sé por lo que cuenta su madre. Al parecer esta intervino mucho para lograr la separación de los amantes. Aunque se enteró del hijo solo cuando los O'Connell de la época la confrontaron por la desaparición y muerte de Kate.

—¿Y por qué no directo a Roger? ¿Ese caballero nunca supo que Kate tuvo el hijo?

—El creyó que luego de casarse con ella y entregarle las joyas, Kate se fugó con uno de sus amigos, uno en quien había confiado para llevarla a

Francia, donde estaría protegida y donde luego él la iría a buscar. La falta de noticias lo convenció de la traición. En realidad, fue su madre quien hizo la manipulación y arregló que Kate fuera embarcada al Río de la Plata y no a Francia.

—¡Vieja bruja! ¿Y lo cuenta así?

—No, eso lo dice Roger, que lo investigó al final de sus días. El pobre murió joven, al poco tiempo de su madre. Las sospechas de todo aparecieron por las últimas palabras de su madre, que pedían perdón por engañarlo, aunque sin especificar. Entonces, empezó a mirar sus papeles, cuestionar a sus empleados más fieles. El panorama que obtuvo lo deprimió mucho y le hicieron ver que se había hecho una imagen de Kate y su desaparición que no era la real.

—¡Pobre hombre, qué madre! Lamento decirlo, era tu antepasado, pero era una mujer espantosa.

—Concuerdo contigo. La pobre Kate murió en forma trágica, su hijo creció sin padre y madre. Y todas sus manipulaciones llevaron a esa familia de escoceses a tener un odio que nosotros mismos pudimos respirar.

—El pobre Roger debió sufrir un desengaño atroz. ¿No hizo nada por recuperar a su hijo?

—Él se había vuelto un alcoholístico, alguien que hacía las cosas y vivía la vida de manera mecánica. Sus últimas páginas vuelven a recordar a Kate, el amor perdido, hablan de la intención de buscar a su hijo. Aparentemente, la muerte lo sorprendió antes de que pudiera hacer nada.

—Tal vez su corazón no resistió. Al menos murió sabiendo que Kate no lo había engañado, que lo había amado.

—Eso parece. Igual es una historia muy triste, ¿no lo crees?

—Demasiado—él sonó lacónico y entonces lo miró—. Elvira, ese es un buen ejemplo de las cosas que no se dicen y de cómo es peligroso dejar que otros hagan en nuestro lugar. No dejes nunca de decirme lo que piensas realmente, para bien o para mal.

—Tú haz lo mismo conmigo. Te amo y así será. Ningún tercero hará que la nuestra quede como una relación inacabada o un barco a la deriva.

—Yo te prometo quererte y protegerte, no engañarte. Cuidarte y apoyarte.

—No es necesario que seas tan expresivo verbalmente. Sé que haces un esfuerzo, pero la nuestra no tiene nada que ver con esa historia del pasado. No temas, nada nos va a separar.

—Es que veo lo que pueden hacer los nobles cuando no les gusta alguien que se relacione con los suyos y tiemblo—dijo, medio en broma y medio en serio.

—Deja la preocupación. Eso ya no se usa. Si la abuela pudiera o quisiera hacer algo, lo habría ejecutado hace mucho contra mi padre—rio—. Lo odia, pero lo soporta por mi madre y por mí.

—Gracias a Dios. ¿Cuándo los voy a conocer?

—Cuando quieras. Ahora, amor de mi vida, ven a conocer mis rincones.

Se fundieron en un abrazo que barrió cartas y diarios al suelo y se amaron con fervor, con placer y con amor. Dejando al pasado descansar, cerrado y ajustadas las piezas. Apostando al presente y al romance, perfilando un futuro intenso.

—¿Sebastián? —dijo de pronto.

—¿Qué ahora? Déjame seguir.

—¿Sería muy loco si le hago llegar una copia de lo que pasó a esa

familia?

—Lo que quieras estará bien.

—Merecen saber cómo fueron las cosas.

—No dejarán de odiarlos.

—Lo sé. No lo busco.

—Está bien. Ahora, ven aquí. Ámame a mí, que el tiempo es tirano y pronto seremos viejos.

Sus risas atravesaron la mañana y se elevaron al cielo azul. Eran felices.

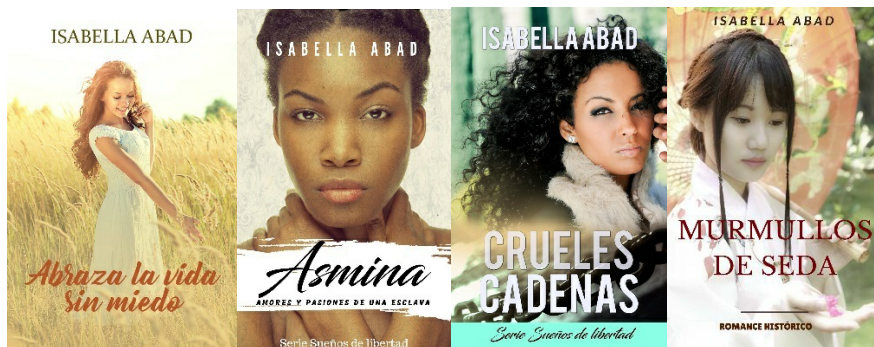
FIN

Querido lector,

Gracias por acompañarme en este viaje literario. Si te gustó, será un placer recibir tu reseña en Amazon o Goodreads.

Para seleccionar algunas de mis otras novelas:

amazon.com/author/isabellaabad



Si deseas suscribirte a mis novedades:

[http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?
u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920](http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)

